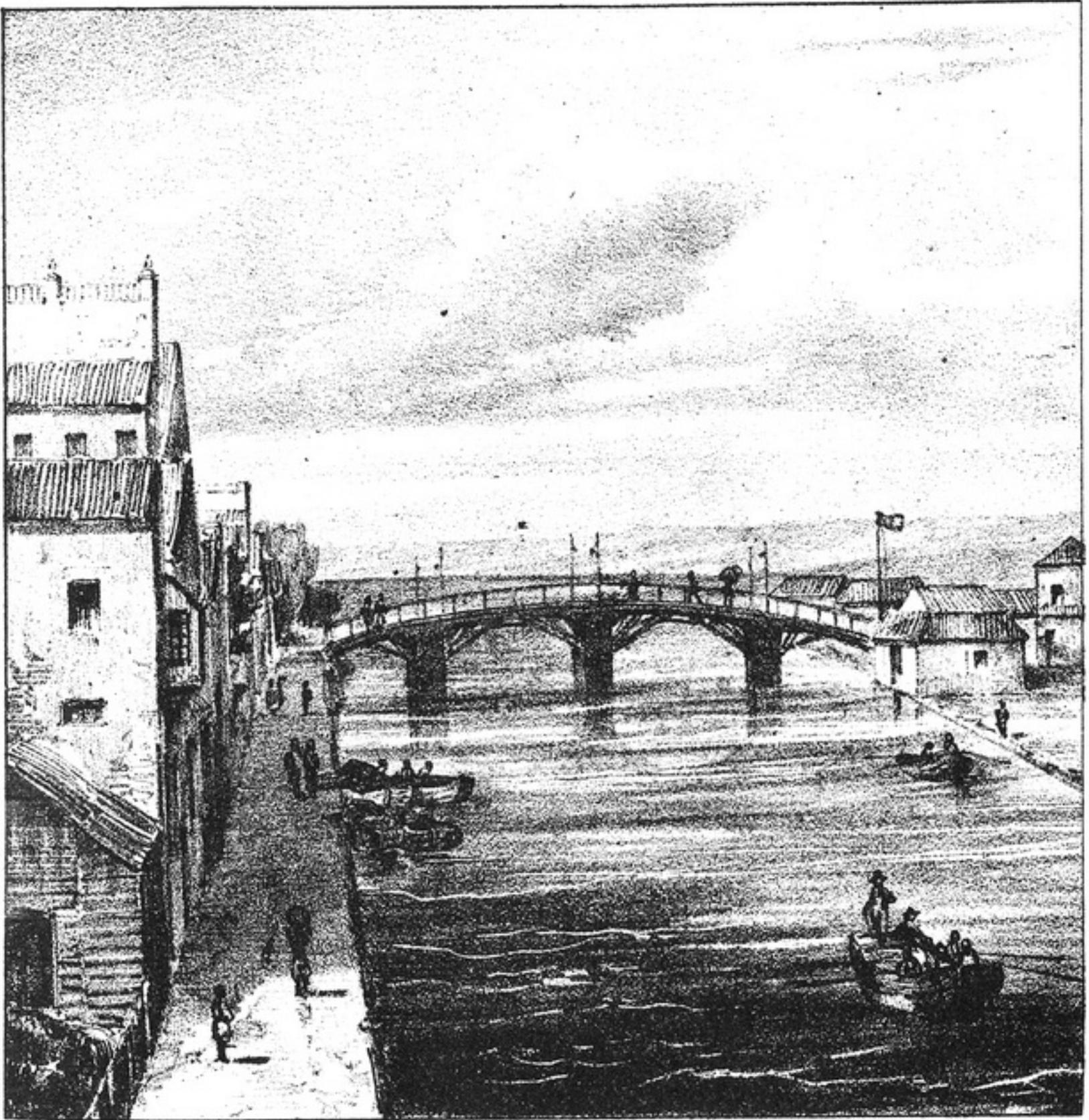


REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL JOSE MARTI



*Vista de la entrada de Matanzas por
la parte de Pueblo Nuevo.*



Revista

de la Biblioteca Nacional "José Martí"

TABLA DE CONTENIDO

| | <i>Pág.</i> |
|--|-------------|
| <i>Imagen del poeta Milanés, por Salvador Bueno</i> | 5 |
| <i>Estos versos dan a las estrellas, por Roberto Fernández Retamar</i> | 15 |
| <i>El Billetero en el siglo XIX, por Miguel Barnet</i> | 17 |
| <i>Tres expresiones literarias del conflicto renacentista</i> | 25 |
| <i>Documentos para la historia de las gentes sin historia: El viaje de los culies chinos, por Juan Pérez de la Riva</i> | 47 |
| <i>Confidencias del capitán de un Coolie-Clipper</i> | 58 |
| <i>Pasajeros peligrosos</i> | 60 |
| <i>El motín de La Encarnación</i> | 61 |
| <i>El motín del Norway</i> | 62 |
| <i>El naufragio del Flora Temple</i> | 67 |
| <i>Placidiana</i> | 71 |
| <i>En el ciento veinte aniversario del fusilamiento de Plácido</i> | 73 |
| <i>Bibliografía activa, por Aleida Plasencia</i> | 77 |
| <i>Bibliografía pasiva, selección</i> | 117 |
| <i>Biografía esquemática de Plácido</i> | 125 |
| <i>Crítica bibliográfica</i> | 131 |
| <i>Libros del trimestre, por Miguel Jiménez</i> | 144 |

DIRECTOR: JUAN PÉREZ DE LA RIVA

CONSEJO DE REDACCIÓN:

María Teresa Freyre de Andrade, Salvador Bueno, Argeliers León, Manuel Moreno Fragnals, Mario Parajón, Aleida Plascencia, Graziella Pogolotti, Amalia Rodríguez.

Secretaria de la Redacción: Luisa Campuzano.

Canje: Aida Quevedo.

ADMINISTRACIÓN Y REDACCIÓN:

3er. Piso de la Biblioteca Nacional "José Martí". Plaza de la Revolución. La Habana. Cuba.

Publicación al cuidado de Emilio Setién.

Imagen del poeta Milanés

Salvador Bueno

Este año conmemoramos el centenario de la muerte del poeta cubano José Jacinto Milanés. Murió el 14 de noviembre de 1863, a la una de la tarde, en su ciudad natal de Matanzas. Una semana antes, el 7 de noviembre, nacía en La Habana otro gran poeta nuestro: Julián del Casal. La fecha del nacimiento y de la muerte vincula a estos dos excelentes poetas de nuestra literatura nacional. Milanés sería como símbolo delicado de nuestro primer romanticismo; Casal ocuparía lugar señero como precursor zahorí del movimiento modernista. Ambos nombres son imprescindibles en la historia de nuestra expresión literaria.

En estos homenajes en recuerdo de ambos poetas la atención que se ha prestado a Casal ha sido mayor. Julián del Casal es figura que atrae por su obra donde germinan tendencias que después hallarán mayor desarrollo, hace vislumbrar en sus versos una tal capacidad de creación y una sensibilidad en extremo aguda que puede sin hipérbole considerarse el temperamento lírico más excelso —si exceptuamos a Martí— que reveló nuestra literatura durante el siglo XIX.

Pero no debemos olvidar a José Jacinto Milanés. Si su obra parece fragmentaria, si su labor entrega una impresión de árbol mutilado cuando aún no había ofrecido sus mejores frutos, no deja de atraernos la desdichada trayectoria de su vida, y las mismas dotes de sencillez, sobriedad y delicadeza que se asoman con timidez en sus mejores versos. Aunque de vida más larga que la de Casal, (murió a los cuarenta

y nueve años) sin embargo, más de veinte años hacía que su mente estaba obnubilada por una progresiva dolencia que lo sumiría en una casi total pérdida de su inteligencia.

Pocos años antes de su muerte fue visitado por Francisco Calcagno y Cirilo Villaverde. Los recibió el poeta en su casa modesta. Les tendió en silencio la mano. Realizaba ciertos movimientos respondiendo a indicaciones que le hacía su hermana. Desde hacía muchos años, desde aquellas agradables tertulias en casa de Domingo Delmonte, conocía a Villaverde. Calcagno era más joven. A las preguntas de ambos sólo respondía con leves movimientos de cabeza, con escasos monosílabos. No fue posible entablar una conversación con el poeta. Parecía sumido en profundo letargo. Una suave melancolía esparcía su penumbra sobre el rostro macilento.

Había publicado ya algunas poesías en el periódico "La Aurora", el joven matancero, cuando conoció en 1834 a Domingo Delmonte. Este había instalado su casa en Matanzas, recién casado con Rosa de Aldama, de rica familia. Cuando el matrimonio volvió a La Habana, Milanés comenzó a enviar al crítico numerosas cartas que se conservan en el "Centón Epistolario", esa magnífica cantera de noticias sobre la primera mitad de nuestro siglo XIX, donde Delmonte recogió la abundante correspondencia que recibía de sus amigos desde diversas partes del mundo.

La primera carta de Milanés que incluye el "Centón" es de diciembre de 1835. Devuelve adjunto el "álbum" de Rosita, la esposa de Delmonte. En sus páginas puso el matancero un poema. Escribe: "Puse la composición que V. oyó haciendo las enmiendas que verá V." Y explica el porqué de ciertas rectificaciones. A partir de entonces fue frecuente la correspondencia entre el poeta y el crítico.

A Milanés —como a muchos escritores de la época— le preocupa la forjación de una poesía cubana. Discutía con Delmonte los posibles temas y orientaciones de una lírica que se diferenciara de la española. Después de leer las "Rimas americanas", aquella colección donde Delmonte incluyó alguna obra suya, Milanés comenta "la invención de una nueva poesía, hermana de la española en cuanto al lenguaje y esencialmente americana en ideas". Le remite unos

tercetos “al bachiller Toribio Sánchez de Almodóvar”, seudónimo escogido por el crítico.

Milanés, por estos días, estaba componiendo un poema con tema africano, “mandinga” —como él dice— de cuyo plan también habla en otra carta Juan Padrines, escritor español que vivía en Matanzas. Escribe lo siguiente a Delmonte: “Yo imagino que Padrines también ha de escribir a V. y aun sobre los negros, porque convencido como yo que ellos son el minero de nuestra mejor poesía, trata de hacer también algunas composiciones”. Es de destacar esta declaración del poeta matancero. Anotaba así la importancia que tenía en nuestra expresión literaria el tema del negro, aunque sin subrayar, en este caso, que la adopción de dicha temática conducía al tratamiento del problema candente de la esclavitud.

En septiembre de 1836 vuelve Milanés al problema de la poesía cubana. Al comentar a Delmonte la lectura del “Romancero español” de Durán, le pregunta: “¿no podremos en Cuba, popularizando la poesía, hacerla un espejo de nuestros usos y de las mil quinientas preocupaciones arraigadas en ellos? ... ¿no es mejor que cada composición sea en primer lugar breve para no fastidiar, admita un tono sencillo, el que los cubanos tenemos, pinte nuestras cosas para que nos agrade? ... Y añade: ¿No cree V. que ganará esta clase de poesía ... por ser toda criolla?”

A principios del año 1838 Milanés prepara su drama “El conde Alarcos”. Comunica a Delmonte cómo dedica su tiempo a la redacción del drama. Se reúnen los matanceros en casa de Pedro Guiteras “a leer y discutir sobre asuntos puramente literarios”. La obra dramática fue presentada en el Teatro Tacón. Cuentan que la representación de la obra en La Habana costó al poeta varios días de crisis nerviosa y nunca quiso asistir a ninguna representación de su drama. Había tenido dificultades con la censura y la impresión de la obra salió con absurdas erratas. Eran sacudidas que la frágil constitución del poeta no soportaba. En septiembre del 38 Pedro José Guiteras escribe a Delmonte que se hace una suscripción en Matanzas para subvencionar un viaje de estudios de Milanés a Europa.

El mismo año que el poeta concluía su "Conde Alarcos", escribía Anselmo Suárez y Romero su novela "Francisco". No fue publicada hasta 1880. Sin embargo, Milanés pudo leer su primer capítulo. Le pareció correcta la figura del mayoral creada por Suárez, y comenta con Delmonte: "ha sido notable tino y donaire en el autor prestarle una manera de hablar tan criolla. Con efecto, nuestros campesinos tienen una lengua española propia de ellos, taraceada de tropos rarísimos, en los que vivamente se pintan la peculiar malicia de su ingenio, hecho desde la cuna a ver rozándose de una manera violenta las clases negra y blanca, la dominadora y la sometida".

Desde entonces comenzaban los escritores cubanos a observar atentamente la peculiar forma de hablar de nuestro pueblo, Suárez y Romero —como hizo también Villaverde por los mismos años— trataba de reproducir en los diálogos de su novela aquella manera de hablar que distinguía el idioma español que se empleaba en Cuba del que se usaba en la Península. Y no sólo se fijaba en peculiaridades léxicas, en variaciones fonéticas, sino también en ciertos matices sintácticos que ofrecen fisonomía particular al castellano que el cubano habla.

Al propio Suárez y Romero escribía Milanés para comunicarle sus impresiones sobre "Francisco". Ya discutía el carácter del protagonista. En carta de Suárez a Delmonte, transcribe a éste las opiniones del matancero: "¿Con que debía pintarse malo a Francisco para pintarlo con verdad...? Yo no hallo que V. faltase a la verdad pintando a Francisco de genio humilde y melancólico, pues, aunque ese carácter no sea muy común, existe, y aun su misma excepcionalidad debe excitar doble interés en la obra en que brilla. Además, ¿en qué descansa la simpatía de los lectores si V. no pinta a Francisco contrastando con el cuadro horrendo de los otros blancos entre quienes campea? ¿Píntelo V. malo, y ya todo el cuadro quedará de un color, y de un color negro, y desesperante hasta lo sumo, porque, según eso, todo será sombra en ese cuadro y nada, luz; y de quién se agarrará la sensibilidad del que lee u oye?" (III, p. 154).

Hemos de observar aquí estas notas de Milanés. Dice que ese genio humilde "no es muy común", lo que quiere decir seguramente que no es muy común entre los esclavos, opinión que lo situaría en un campo de prevención contra los negros sumidos en esclavitud. Por otra parte, es exacta su consideración que si el protagonista de la novela fuera pintado malo, (es decir, cruel o rebelde) no habría contraste con el resto del panorama humano que lo circunda. Pero lo cierto es que Suárez describe a su personaje con tales muestras de resignación ante su destino oprobioso que el lector solicita de él algún rasgo de altivez, de dignidad herida, no aquel sometimiento total a las circunstancias que lo aprietan y ahogan.

Talento de crítico literario tenía indudablemente Milanés. Esas dotes las advertimos en sus observaciones a la novela "Francisco" y en ciertos comentarios que incluía en su correspondencia con Delmonte. En otra carta, de mayo de 1838, glosa la novelita de Ramón de Palma: "La Pascua en San Marcos". Considera que no es tan "vaporosa y fantástica" como "La Peña Blanca" de Villaverde. Dice de esos personajes: "Esa Aurora es una doncella real cuyo tipo se encuentra en nuestras casas a cada paso; Claudio es un libertino habanero pintado maestramente". Emprende la defensa de la moralidad de esta novela que por los convencionalismos de la época había sido tachada de ciertas aparentes descripciones crudas.

Dificultades económicas las sufría José Jacinto Milanés por estos años. Había trabajado en una ferretería habanera en 1832, pero la epidemia de cólera en 1833 le hizo abandonar la Capital. Después trabajó en el "escritorio" u oficina del negocio de su tío político, don Simón de Ximeno. La amistad de Domingo del Monte le proporcionará ocupación más lucrativa. En carta de noviembre de 1839, Milanés admite la proposición de un trabajo que le sugiere el crítico: "Y crea V. que es de lo más que en ella me place saber que me dará lugar para seguir mi amada carrera literaria, porque esta es el primer amor de mi vida". La colocación será en la secretaría del Ferrocarril de Matanzas a Sabanilla. En otra carta del mismo mes, Milanés comunica a Delmonte

que “estaba pronto a tomar la acción de los 500 pesos, porque mi tío Don Simón (de Ximeno) . . . estaba pronto a facilitarme dicha cantidad”.

Pero, ese mismo mes de noviembre de 1839, Milanés cae enfermo. Dos meses está en cama. En enero de 1840 escribe a Delmonte: “a la hora de estas todavía estoy inválido, aunque espero que aquí en la cumbre donde al presente estoy, podré recobrar la apetecida salud”. Todavía está convaleciente, y pregunta a su amigo si podrá trabajar como Secretario del Ferrocarril de Sabanilla y al mismo tiempo laborar en un colegio como maestro, según proposición que le ha hecho José Antonio Echeverría.

Aunque está enfermo, cuando todavía no ha sido designado secretario, cierta intriga se cierne sobre el desdichado poeta. En febrero de 1840 escribe a Delmonte para aclarar que no ha renunciado a ser electo Secretario de la Empresa ferrocarrilera. La noticia la había transmitido Félix M. Tanco. Pero ¿cómo era posible que Milanés hubiera confiado tal decisión a dicho personaje si no lo había visto desde tres meses antes? “Sepa V. —escribe— que todo es falso; que yo ni renuncio, ni he pensado renunciar a la Secretaría, y que estoy agradecidísimo a V. por haberme proporcionado tan ventajosa colocación”.

Las gestiones de Delmonte favorecen a Milanés. Aunque muchos otros jóvenes aspiran al cargo y hay “mil intrigas por su plaza”, según escribe Gonzalo Alfonso al crítico, Milanés llega a ocupar esta plaza. En marzo del 40 escribe a Delmonte para darle las gracias, pero “Todavía no me hallo enteramente bueno, verdad que la ventaja de andar con una muleta sola no es poca, y yo espero que a fuerza de ejercicio pondré mis piernas en el estado de antes”. Había pensado ir a recuperarse a San Miguel de los Baños, pero decide cambiar las aguas minerales de aquel lugar, por los baños en el mar, “que me han pintado como cosa muy a propósito para recobrar las fuerzas”. Y ya mucho mejor embarca hacia La Habana “para recibir instrucciones” sobre su cargo, según carta de Francisco de la O. García.

Tiene ahora más tiempo el poeta para ocuparse de su obra literaria. La primera actriz de la compañía que actua-

ba en el Teatro Tacón, doña Vicenta de la Puerta, desea comprar el drama de Milanés para presentarlo en escena. El poeta discute con Delmonte cuánto cobrará por sus derechos de autor y tanto aclara la cuestión que le escribe: “se figurará V. que estoy muy mercantil y muy aritmético, pero a mí me parece, . . . que nosotros los literatos cubanos hemos dado en la simpleza de considerar muy bello el desinterés en la venta de nuestras obras: por este motivo no hay carrera literaria en Cuba: por esta causa se ríen de nosotros cómicos e impresores quienes, a costa de nuestras vigili- as, se llenan ampliamente los bolsillos”. Y sobre la misma cuestión le escribe dos cartas a Delmonte en agosto de 1840.

Pero, ¿por qué preocupa tanto al poeta la cuestión económica?, ¿por qué trata de obtener mejor trato de los empresarios? En septiembre de ese año le confiesa a Delmonte, de manera reservada, que el principal motivo es “hallarme tan pobre de bolsillo, hallándome en estrechas relaciones con una joven de aquí, a quien hace tiempo que amo y con quien pienso casarme en cuanto pueda hacerlo”. “Ella —continúa Milanés— es la causa de que yo cultive con tanta constancia la literatura, llevado de la esperanza (casi vana hoy para mí) de que pudiera hacer algún dinero con mis obras”.

Sólo en esta ocasión rompe el silencio en torno a su vida íntima el poeta matancero. En sus cartas habla mucho de su hermano Federico, pero nunca hallamos ninguna confianza sobre su vida interior ni referencias a su familia. Esa joven de quien habla a Delmonte era seguramente Dolores Rodríguez y Valera, parienta lejana del poeta y prima del escritor costumbrista José María Cárdenas y Rodríguez. “Era sumamente agraciada, de buena familia y muy pobre”. En la primera edición de las “Obras” del poeta, Federico, su hermano, decía: “Por lo que toca a los incidentes de su vida privada, que han hecho interesantes las dolencias morales que hoy padece (el poeta vivía aún en 1846) ni podemos ni queremos dejar de respetar el silencio que él se impuso”.

Gracias a las investigaciones del erudito José Augusto Escoto conocemos hoy los caminos de la fatal pasión que asoló la juventud de José Jacinto Milanés. Tenía más de

veinte años cuando conoció a Dolores Rodríguez y Valera. Llegaron a ser novios. Federico afirma que "cansado de amarla en vano, desistió de verla y hablarla; consagróse a cavilaciones tristes y a verter en sus composiciones poéticas un raudal de llanto y quejas por su soledad". Pero cuando el poeta tiene veinte y ocho años, se enamora de Isabel de Ximeno, su prima cercana, que tenía catorce años. Empezaron a surgir las poesías dedicadas a "Isa". Acaso los padres de la adolescente pensaban que debía tener un pretendiente de mayores beneficios que el pobretón primo al que le daba por la poesía.

¿Fue esta la pasión que condujo a Milanés a la total pérdida de la razón? Unos consideran que había un antecedente familiar, aquella tía Pastora, siempre silenciosa y hosca, quien huía al interior de la casa cuando sonaba el piano, porque le decía cosas poco decorosas. Los más estiman que aquel amor infeliz por su prima Isabel fue decisivo para desequilibrar por completo la frágil constitución del poeta. Pero, ¿no se ha pensado que mucho debió influir en el ánimo de Milanés la situación cubana por aquellos años, la terrible represión que representó la llamada "conspiración" de la Escalera?

Hay en el "Centón epistolario" de Delmonte una carta de Villaverde de septiembre de 1844. El crítico está en Europa, Villaverde le insta a escribir sobre los desmanes gubernamentales: "Escriba Vd. pues. Usted es el único que hoy se halla en la mejor aptitud y con mayor capacidad para revelar al mundo civilizado la verdad horrible de lo que aquí pasa". Matanzas era precisamente el lugar donde la represión fue mayor. Y agrega Villaverde este párrafo:

"Tal desaliento y tal pavor se ha difundido entre los pocos que cultivaban las letras después de la salida de Vd. y de los sangrientos sucesos de Matanzas que ni por casualidad se reúnen dos para hablar ni tratar de literatura. Principiando por Milanés que ha caído en la imbecilidad más lamentable, y acabando por Suárez, que no sale de sus pleitos, todos, todos andan esparcidos, mudos y cabizbajos; porque Palma, que es el único que hoy habla, está reducido a artículos de moda, bailes y teatros. El "Faro" yace en manos

de Bachiller y Vivanco que han hecho profesión de adular al gobierno y ensalzar los gobernantes". (VI, p. 100).

¿No se piensa lo que tal situación pudo influir en el desdichado Milanés? Junto a la influencia de aquella dolencia mental que pudo ser hereditaria, al lado de los desgraciados amores por su hermosa prima, hemos de considerar que el panorama político, la situación violenta y ahogadora de la Colonia española fue factor principal para sumir en la demencia al poeta matancero. Otra carta enviada a Delmonte, esta vez por José Antonio Echeverría, en noviembre de 1845, hace el balance desolador que ofrecen aquellos años para la cultura, las artes y las letras cubanas. "Plácido" había sido fusilado, Manzano salió absuelto de la tenebrosa acusación, pero su labor literaria en lo adelante escasearía hasta protegerse en el mayor silencio. "La memoria de Policarpo y de Manuel Garay me entristece —escribe Echeverría— y luego, Milanés muerto para la inteligencia, Pepe de la Luz enfermo y tibio con sus mejores amigos, Palma desapegado de mí para siempre, Saco y V. (Delmonte) expatriados, y tantos otros metidos cada cual en cosas de interés, como yo mismo". (VI, 266).

No volvió el pobre poeta matancero a recuperar totalmente la razón. Lo llevaron a médicos en Matanzas y La Habana. Le recomendaron que emprendiera largo viaje. Y fue don Simón, su tío político, el padre de Isa, quien facilitó los medios económicos para realizar el costoso viaje. Embarcó en 1848 junto con su hermano Federico para Estados Unidos y Europa. Pero todo fue inútil. Cuando regresó el poeta continuaban los mismos síntomas de demencia. Cuenta Calcagno que al publicarse en el periódico "La Aurora" una nueva poesía "A Lola", creyeron los lectores que el poeta reponía sus fuerzas, escapaba de la locura. No había lugar para aquellas esperanzas. Cada día se sumía más en su enfermedad, se aislaba y reconcentraba. El poeta había tenido ataques furiosos. Tenían que servirle la comida ya cortada para evitar cualquier peligro.

La locura segó cruelmente la vida frágil del poeta matancero. Había aquel amor oculto, aquel desprecio de la amada, aquel rompimiento de sus ilusiones. La crisis le

llevaba al delirio, a los ataques violentos. Cuando éstos pasaban quedaba el poeta ensimismado, melancólico, en un mutismo absoluto. Acaso en su interior palpitaba el sonido de sus versos: “¿Por qué te has ido?, qué fuga es esa/ cimarronzuela de rojos pies?”. Lola María —Dolores María de Ximeno y Cruz, la autora de las deliciosas “Memorias de Lola María” —recuerda cómo la hermana del poeta, Carlota, “pasaba noches enteras a su lado, tratando de distraerlo en sus insomnios. Esta mujer, al igual que sus otras hermanas, sacrificó juventud y amores en aras de aquel afecto. Para entretener las interminables veladas de invierno, a la luz de una lámpara y junto al sillón del enfermo —que, envuelto en amplia capa española con embozo grana, de nada se daba cuenta— escribía con la aguja en una finísima tela de lino, con caracteres pequeños, hermosas poesías en italiano, traducidas en otro tiempo por su hermano”.

José Jacinto Milanés representa la obra de carácter más íntimo, subjetivo, de la primera promoción de románticos cubanos. Su intimismo y criollismo es superior al de Heredia, quien está sobre el poeta matancero por el vuelo y la amplitud de su creación lírica. Milanés abre el camino a poetas posteriores, como Luisa Pérez de Zambrana y Zenea, señaladamente elegíacos y tiernos, y en ciertos aspectos precede a la creación poética de José Martí.

Pero cuando hoy, a la distancia de cien años recordamos su infortunada existencia y su breve pero valiosa obra, sentimos una inclinación fiel hacia el tierno poeta de “La Madrugada”. Cintio Vitier ha subrayado “cómo en el tono blanco y la monótona dulzura de Milanés, Zenea, Luisa Pérez, se esconden secretos irrenunciables de nuestra alma”. En sus mejores poemas, ya en “La fuga de la tórtola”, como en “El nido vacío” o en “Vagos paseos” encontramos, la expresión de algo que podemos definir como lo cubano. Y este asomo a lo esencialmente nuestro hace imperecedero dentro de la historia de la poesía cubana el aporte fundamental de José Jacinto Milanés.

Dic./1963.

Estos versos dan a las estrellas

*“Dumque coelum considerat
observatque astra...”*

Juan de Mariana

Roberto Fernández Retamar

1

Tú me preguntas, aprovechando que arden sobre nosotros
Los inconcebibles astros de aquellos tiempos;
Tú me preguntas: Roberto,
¿Es verdad que no crees?
Y yo miro las estrellas quemándose allá arriba,
Y hacia las que un viento mayor arrastra la pregunta
De tus labios que querría inmortales. [humeante

2

Cuando pongo mi mano joven,
Condescendiente,
Sobre el hombro tormentoso del anciano,
Es sólo una ilusión, sólo un instante,
El tiempo
De mirar a las nubes, a los astros,
Antes de que otra mano,
Generosa,
Se pose sobre mi hombro
Llamándome ¡oh anciano!

Esa luz en la noche,
¿Será un reflector nuestro?
¿Será un arma de ellos?
(Por un instante,
Había olvidado
Que hay en el cielo luna, que hay estrellas).

Abril-mayo de 1964.

El billetero en el siglo XIX

Miguel Barnet

La fuerte epidemia de romanticismo que azotó el siglo pasado ha dejado una imagen pobre, falseada, del billetero. Si los más ambiciosos escritores como Villaverde, Meza, Suárez y Romero, etc., padecían este mal con todas las de la ley, ¿cómo no habían de contagiarse los más mediocres que sólo aspiraban a escribir un artículo de costumbres en alguna revista cubana? Escritores éstos —o mejor costumbristas de lenguaje denso y retórico— que no deseaban otra cosa que endulzar las tardes habaneras. Y hasta Ramón Meza soñaba “la correcta silueta de un dios griego, echado muellemente en ebúrneo carro o las grandes alas irisadas que agitan en su vuelo, a través del espacio, los arcángeles católicos”. De ahí que por mucho que hurguemos en las bibliotecas no encontremos ni un solo cuadro que refleje al billetero de antaño con fidelidad. Sin embargo, la invasión de billeteros que inundó a La Habana durante todo el siglo fue tan poderosa que uno de los más serios costumbristas, Francisco de Paula Gelabert, decía con agobio: “podrá usted no encontrar cuando lo necesite un médico, una comadrona, un sereno y hasta un amigo a quien pedirle un favor, pero un billetero, jamás”. La pluma de Gelabert no era exagerada.

Este descuido voluntario de los testigos de nuestro siglo pasado, la insistencia de objetivar la sensibilidad en los dioses griegos y las ninfas del Parnaso, dejan una laguna inmensa para los que pretenden conocer en detalles la vida



Ilust. Landaluze. *Colección de artículos. Tipos y costumbres de la isla de Cuba...*
Habana, Editor Miguel de Villa, 1881.

diaria de la ciudad. Y para los interesados en el folklore el único camino, o al menos, el más seguro, es el de los archivos y las fuentes vivas. Los más avezados en las tareas investigativas tendrán la habilidad de leer entre líneas e inferir. No es difícil reconstruir un barracón con sus medidas exactas, pero, ¿qué podemos decir de la vida dentro del mismo, de las fiestas de los esclavos, de las prácticas religiosas detrás de los barrotes? Conocemos de la presencia del billetero en el barracón por relatos de un viejo centenario que aún conserva clara su memoria. Pero no porque algún escritor haya penetrado en el hedor de las cuarterías.

Es curioso, como apunta Calvert Casey, que los ojos extranjeros, libres de unos prejuicios y cargados de otros, nos observaban mejor algunas veces. Por eso los documentos más importantes con que contamos para reproducir la época son los libros de viajes. Exponente máximo de todos ellos el de Samuel Hazard donde como veremos se habla del billetero.

Ahora vayamos al grano. El sistema de juego que implantó la Lotería Oficial desde su fundación el 21 de Abril de 1812 hace que el Estado se convierta en banquero propiciador del juego, que desde el siglo diez y seis con la introducción de los dados, practicados por las clases más bajas, y los naipes por las más altas, como clérigos y oficiales, se había sembrado en la Isla.

Sabemos que Cuba en los primeros períodos de la Colonia no servía más que como trampolín para el Continente cuajado de oro, perlas, minas, etc. Esto determinó la llegada a la Isla de los más viciosos y corrompidos aventureros españoles. Ambiente más propicio para enraizar el juego en todas sus manifestaciones no pudo haberse dado jamás. Alguien ha dicho que La Habana de aquellos tiempos era un inmenso garito. No se equivocó. Las propias autoridades fueron las primeras en aprovecharse del juego; admitiendo primero los dados y más tarde los naipes.

Con estos antecedentes era de esperarse que la Lotería tuviera una exitosa aceptación. Así lo confirma Juan de Aguilar Amat en informe rendido al Ministerio de Hacienda, dice: "El día 11 de Septiembre de 1812 se celebró el

primer sorteo en La Habana, a cuyo serio acto concurrió un inmenso pueblo que desde luego manifestó su confianza y complacencia por la integridad con que se dispuso y ejecutó”.

A esto añade Ena Mouriño que todos los billetes reservados para el expendio en la ciudad de La Habana fueron vendidos y sólo sobraron algunos en los pueblos del interior.

Así prendió la Lotería en el pueblo sin que ningún gobernante español se mostrara hostil a ella. Todo lo contrario. Ya en la República el afán por modificar la vieja estructura colonial hace que Don Tomás Estrada Palma rechace su restablecimiento en 1904. Con este motivo se desató una enconada polémica entre el entonces Primer Magistrado y algunas figuras del Estado y la intelectualidad. Manuel Sanguily defendía la reimplantación de la Lotería con elementos insuficientes. Planteaba que la sociedad cubana quería jugar porque había sido educada en el juego. “Maceo jugaba con algunos de los mejores y más conspicuos revolucionarios...” Nuestro refranero se enriqueció con la expresión: “a quien no quiere caldo, taza y media”, que reflejaba el estado de opinión del momento y que iba lanzada contra Estrada Palma por haber vetado la ley.

Por fin en 1909 el presidente Gómez autoriza la ley reviviendo así una de las peores lacras del pasado colonial. A la sombra de la Lotería surgieron otros juegos tan nocivos como éste. Muchos de importación china como la charada, el paco pío, el botón, el tongao, el lon bichín, la bola, etc. Otros como las rifas, las chivichanas, el bingo, el parará, el gallo indio, el mamey, el traganíquel, etc., con diferentes orígenes. Hasta el juego de la ruleta, propio de la aristocracia que no podía faltar en los casinos de la ciudad.

El billetero no faltaba nunca en los barracones. Los negros esclavos compraban billetes con el dinero que recaudaban del producto de sus conucos o pequeños cultivos donde lo mismo sembraban yuca que criaban cerdos. A veces el contramayoral, por lo general un negro, era intermediario del billetero, vendiendo los billetes a precio elevado. Seguramente no faltó el contramayoral que se apoderase de algún billete premiado, engañando a los esclavos miserablemente.

El billeteo no sólo tenía acceso al barracón. El era junto, con el sacerdote, la única persona que podía abrir las puertas de cualquier casa y entrar hasta el patio sin ser requerido. Este privilegio sorprende a los viajeros como James Steele que lo comenta, añadiendo que se aturde con el ruido de los pregones de todos los vendedores ambulantes que colmaban la ciudad y especialmente con los de los billeteos. La forma tan directa en que se podían familiarizar los billeteos con las familias cubanas, convierte a nuestro personaje en un agente eficaz del chisme y la alcahuetería.

Espanoles, de procedencia isleña, eran la mayor parte de los billeteos en el siglo XIX. Así lo confirman unos versos populares publicados en "La Discusión" a principios de este siglo y que dicen:

*"Es por demás evidente
que desde un tiempo pasado
se había en Cuba sentado
y admitido un precedente
que por razones muy varias
aún mantiene aquí sus fueros
que fuesen los billeteos
nativos de Islas Canarias.*

*Para ser pues billeteo
precisaban condiciones
buen pecho, recios pulmones
y una garganta de acero
cualidades no ordinarias
cual saben los que me leen
y que de sobra poseen
los hijos de Islas Canarias".*

Veamos qué nos dice Hazard en la pequeña estampa en que recoge al billeteo:

"En adición a las mujeres suplicantes, los hombres gritones, os encontráis con el vendedor elegantemente vestido y de corteses maneras que os suplica le compréis el billete que os ofrece, asegurándoos que es el número que obtendrá el premio mayor. Imaginaos uno de estos ruidosos individuos ambulando por las calles, gritando en altos tonos de fuerte



RAMON.

Ilust. Hazard. Cuba with pen and pencil, Hartford, Conn., 1871.

entonación nasal estas palabras en la sonora y bella lengua de Castilla: "Lotería, lotería..." "¡Un buen número el 2595!" La Lotería es una institución oficial, prosigue Hazard, y produce al tesoro tanto como cualquier otro ramo, ya que ingresa en él la cuarta parte de su producto. La Hacienda emite anualmente unos 50,000 billetes, y a 17 pesos cada uno, en 19 series, cada serie de veintisiete mil billetes. En cada sorteo, unos veinte al año, las tres cuartas partes del Capital se distribuyen entre los jugadores en distintas proporciones".

Finaliza Hazard señalando que "los vendedores de billetes debían tener permiso especial y se les obligaba a llevar en un lugar bien visible una divisa de latón".

Una costumbre muy generalizada en la Colonia era la de cortar los pedazos de billetes con grandes tijeras. Pero ya entrada la República se empezaron a sustituir por los dedos, pues los pedazos eran más fáciles de cortar ya que el billete no venía en rollos como antes. En relación al uso de las tijeras existió la superstición en el pueblo de que si el billetero cortaba los pedazos con la misma, el comprador no se sacaría ningún premio. Por lo tanto el pobre vendedor tenía que pasar mil trabajos para cortar el billete con los dedos, cuidando no romperlo.

La tijera fue un instrumento peligroso en manos de algunos billeteros. En 1835 el Comisario del barrio de San Isi-

dro, emporio del hampa, denunciaba abusos cometidos por los billeteros con la misma. Decía:

“Un mal grave es que siendo prohibido por las Leyes y Pragmáticas el uso de armas, se ven por las calles un número crecidísimo de vendedores de billetes portando grandes y chicas tijeras de punta, so pretexto de dividir aquéllos para menudearlos, con cuyos instrumentos pueden causar heridas y atacar a cualesquiera en la tranquilidad de su mansión”.

Aunque aquí no se hace referencia a ningún caso efectivo de atentado, se infiere que muchas deben haber sido las víctimas de billeteros hampones. Otro hecho interesante que este cívico funcionario denuncia es la cantidad asombrosa de trabajadores de distintas ramas que abandonan sus oficios para dedicarse a este monopolio. “Como se experimenta en los trabajadores del muelle, particularmente en la gente de color”. De aquí la falta de artesanos de que se resiente la población en esa época.

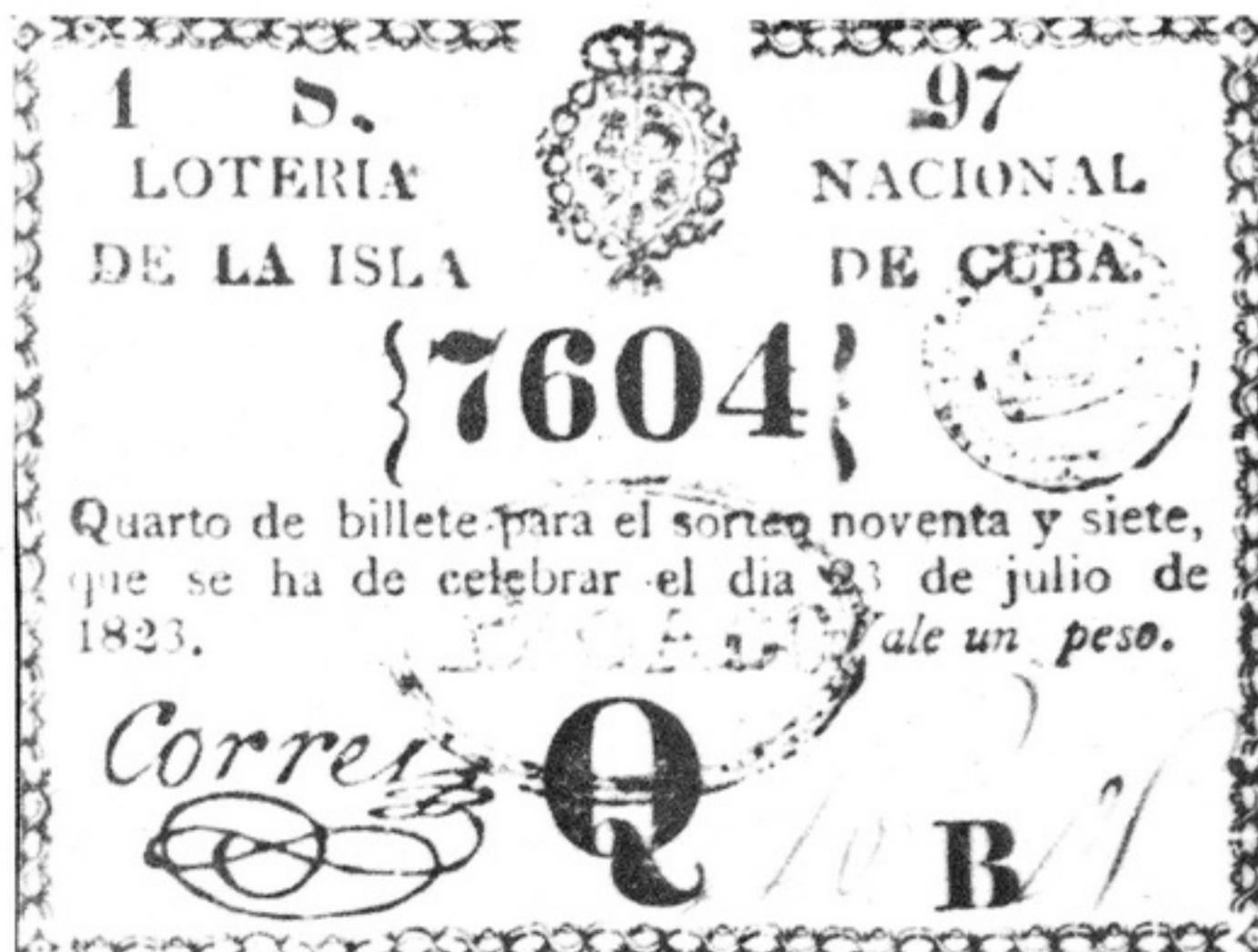
Esta falta de artesanos se recrudece más adelante —según señala Antonio de las Barras y Prado— con la incorporación de muchos de ellos a las incipientes sociedades de créditos fungiendo en ellas como corredores.

La figura del billeteo atrae al dibujante Landaluze, quien nos deja una estampa bastante elegante de éste, coincidiendo con la descripción de Hazard.

Por último, veamos lo que dice un costumbrista habitual de la revista “El Palenque Literario”, C. G. Valdés: “El billeteo, tipo importante que si no hace honor al país, por lo menos acaba con la paciencia de cualquiera y desmiente la frase de nuestros economistas de que nuestros campos necesitan brazos y sólo brazos, para el desarrollo y prosperidad de nuestra agricultura, pues él, el billeteo, tiene brazos muy buenos, es fuerte como un trinquete, robusto como una ceiba, sano como un berraco de Barracón, y desfachado como un gamin de París. Bien mirados parecen una horda de gitanos en el seno de un pueblo culto”. Sigue Valdés mencionando muy a la ligera que la cifra de billeteros de La Habana pasaba de 5,000. Esto sucede en 1882. Nuestro costumbrista parece haberse fijado cuidadosamente en

los billetteros, pues aseguraba: "...no van a los teatros, no juegan, no bailan, casi no fuman, son generalmente honrados, económicos, laboriosos y cargantes". Continúa Valdés con un argumento subjetivo y torpe. "Nosotros aborrecemos cordialmente la Lotería más por la plaga de billetteros que nos ha echado encima, que por lo que ella representa en el orden económico".

Los billetteros frecuentaban, por supuesto, los lugares donde podían tener comprador para su mercancía. Se arribaban al Louvre, pero eran rechazados en la entrada, iban a los teatros, pero no llegaban a los salones de espera. Sin embargo, andaban a sus anchas por los parques, en los muelles de los vapores, en los vapores mismos, en los ferrocarriles, en la Aduana, en las oficinas del Ayuntamiento, en carros de caballos, en las puertas de las iglesias, en las bodegas, en las fondas y posadas, en fin, oigamos para finalizar, el tono irritado de Valdés: "...como las plagas de Egipto, lo inundan todo, gritan a su antojo, cuándo y cómo quieren, y hasta van a la iglesia, no a orar, sino a vender... ¡Dios de Israel! ¿Dónde está el Moisés que ha de acabar con estos mosquitos, con estas ranas, con estas langostas, con estas...?"



Tres expresiones literarias del conflicto renacentista

Camila Henríquez Ureña

(Tiembla la floresta del laurel del mundo, y antes que tu hermano vago, Segismundo, el pálido Hamlet te ofrece una flor).

Rubén Darío

“Letanía de Nuestro Señor Don Quijote”.

El Renacimiento fue una época de profundos conflictos. A pesar del significativo redescubrimiento de la importancia de las letras clásicas, los hombres de saber y conciencia de aquel período no vieron su época como un retorno al pasado, sino como una revolución. Fue un período de transformaciones demasiado sorprendentes para que la mayor parte de los europeos las experimentaran sin ansiedad, duda y terror. Mucho más que un renacer de las actividades espirituales de la antigüedad fue un cambio radical, en el que nuevos sistemas e ideas sustituyeron a ideas y sistemas que hasta entonces se habían juzgado establecidos de modo inmovible en la estructura heredada de la Edad Media. Espiritualmente fue una revolución que en gran medida tuvo lugar en el hombre interior, y produjo en el renacentista —el primer hombre moderno— un estado ansioso, de manifestaciones a veces activas, a veces depresivas; el estado que Alberto Durero representó en su célebre grabado “Melancolía No. 1”. En él aparece una figura alegórica, sen-

tada, la frente doblada, la mano en la mejilla, sumida en honda meditación. En torno, mamotretos sabios, pergaminos, mapas, aparatos de cálculo, redomas y crisoles se amontonan hasta el techo de la habitación, sin lograr despertar ya el interés de la criatura pensativa, bajo cuya frente nos parece adivinar las preocupaciones de Fausto: "Filosofía, Jurisprudencia, Medicina, Teología, todo lo he estudiado, todo lo he escudriñado ansiosamente, y al cabo de tantos afanes ¿qué es lo que sé? Lo mismo que sabía". La desilusión sobre el poder de la ciencia incipiente, el convencimiento de la vanidad de los esfuerzos del hombre por conocer e intentar dominar las fuerzas que rigen el universo: ésa era la Melancolía No. 1; porque el Renacimiento había estudiado minuciosamente la "Anatomía de la Melancolía", como la designó Robert Burton, y la tenía clasificada en especies: No. 1, No. 2, No. 3, según su motivación.

Es que el conflicto renacentista presentaba numerosas faces. Muchos de sus aspectos se manifestaron en el mundo exterior: conflicto entre clases sociales, con la burguesía en desarrollo ascendente, afirmando su importancia por derecho y por fuerza; conflicto económico, debido al nuevo desarrollo industrial y la redistribución de la riqueza; conflicto entre la ciencia naciente y sus enemigos: la superstición y la autoridad de la teología; conflicto entre autoridad y libertad individual; entre el poder de la Iglesia y el de los gobiernos de las nuevas naciones; conflictos entre naciones; conflictos entre la Iglesia católica y las formas disidentes del cristianismo, y en el seno del propio catolicismo, entre la tendencia conservadora y las tendencias liberales...

Para los hombres de pensamiento, esta constelación de conflictos se agrupó en torno a un núcleo: el problema del concepto mismo del hombre y de la vida humana. La Edad Media concebía el universo como una estructura basada en un orden jerárquico impuesto por el Creador. En este orden, se concedía al hombre puesto prominente, inferior al de las jerarquías angélicas que rodeaban a Dios, pero superior al de los animales. Estos y el mundo en general, habían sido creados para servir al hombre y estaban sometidos a su dominio. Este cuadro brillante tenía un reverso oscuro: el

hombre, aunque esencial al sistema de la creación, había caído, se había mostrado indigno de la confianza de Dios, por el pecado original: había probado el fruto del árbol del bien y del mal, y por consecuencia su situación actual era de miseria, culpa y sufrimiento. A su vez, este cuadro oscuro adquiriría matices más suaves por la seguridad de que el hombre había sido redimido por Cristo, lo que le daba la esperanza de alcanzar felicidad eterna en otra vida. Los pensadores en el período del Renacimiento en que nació Shakespeare se expresaban con unanimidad sobre este problema. El molde de sus ideas era el mismo de la Edad Media, y sus fundamentos no se discutían: existía una ley eterna, un orden general que regía en el universo, en el rango de los seres creados y en la institución del gobierno, orden que los hombres de pensamiento debían descubrir y describir para que, por su conocimiento, el género humano pudiera cumplir la finalidad para la cual había sido creado: conocer y amar a Dios. Esta era la finalidad de la vida humana, según el concepto generalmente aceptado.

Dios no puede ser percibido materialmente; pero sí, como lo expresa Marlowe, puede ser aprehendido “en la maravillosa arquitectura del mundo”. “El universo no es más que la manifestación de Dios”, decía Nicolás de Cusa. En general, los pensadores del siglo XVI estaban de acuerdo en que para conocer a Dios —es decir, para alcanzar a realizar la finalidad de la vida humana— había que conocer sus obras en la naturaleza, y a través de ese conocimiento comprendería el hombre su propia excelencia. Se daba por sentado que el hombre no era nada aisladamente, sino sólo considerado como “una pieza del orden de las cosas”, según decía Raimundo de Sabunde. Era imposible considerarlo aislado del resto de la creación, pues así como el hombre fue creado para servir a Dios, el resto de la creación fue hecho para servir al hombre y permitirle cumplir su función; luego, a pesar de la pequeñez del mundo y de su propio ser, el papel del hombre es el más importante del universo, y se debía tratar de comprender el orden que regía todas las cosas.

El orden de la naturaleza regía en tres dominios que eran cada uno reflejo de los otros dos y parte de un conjunto ordenado: 1ro., el Cosmos; 2do., el mundo de las cosas creadas sobre la tierra, y 3ro., el mundo del gobierno humano, de la sociedad, cuyas leyes se consideraba que habían sido “descubiertas, no inventadas”.

El primer dominio, el del universo creado, era una gigantesca esfera, la de los cielos, con un puntito en el centro: la tierra, el más bajo de los cuatro elementos; luego se situaban los otros tres elementos, y más allá, por encima del elemento fuego, estaba la parte celestial con sus ocho esferas concéntricas, en que se hallaban los astros; más allá, el Primum Mobile, borde exterior del universo creado, y aún más allá, el Empíreo, eterna e infinita morada de Dios.

Theodore Spencer, en su obra *Shakespeare y la naturaleza del hombre*, nos refiere que, según la opinión general en la época isabelina, la naturaleza había sido creada en fecha no muy lejana: “los seis días de la creación habían comenzado un domingo de agosto o septiembre, 5,284 años antes del nacimiento de Shakespeare”. Y no había de durar mucho más: se creía que la vida terrenal había sido creada para durar 6,000 años solamente, al cabo de los cuales se terminaría por la conflagración del Juicio Final. Es decir, la vida terrenal debe terminar hacia fines del siglo XXIII.

Con todo, el hombre renacentista estaba, en general, seguro de la importancia de ser hombre. Sobre la tierra, el hombre ocupaba el lugar principal en la jerarquía de las almas, pues tiene alma racional, además de tener alma sensible, como los animales, y alma vegetativa, como las plantas, según las teorías que la Edad Media había recibido de la antigüedad y legado al Renacimiento. Por estar en el grado más alto de los animales y en el más bajo de los seres espirituales o intelectuales (por debajo de los ángeles), el hombre se consideraba un compuesto de dos naturalezas, lo que hacía que su posición fuera, a la par de importante, precaria, pues no siendo ni bestia ni ángel había de esforzarse por ser más ángel que bestia.

Así como la Tierra ocupaba el centro del primer dominio de la naturaleza, el hombre ocupaba el centro del segundo,

el de los seres creados para vivir sobre la Tierra; pero además tenía otra función que cumplir: la de gobernar y regir el mundo “no de otro modo que como Dios gobierna y rige los cielos”; ésta era la función del hombre como miembro de la sociedad y del Estado, y en este tercer dominio también existía un orden jerárquico, en primer lugar, de las clases sociales, desde el noble hasta el labrador, y en segundo lugar, de las leyes que lo regían, entre las cuales las más altas eran las leyes naturales que el hombre recibía al nacer y que debían gobernar todas las acciones de su vida. El monarca debía obrar como servidor de esas leyes y representaba el principio universal de la justicia, tan firmemente establecido como el orden cósmico.

Era corriente en el siglo XV y el XVI el uso de la analogía entre los tres órdenes de la naturaleza, especialmente entre el universo o macrocosmos y el hombre o microcosmos.

Como estaban tan estrechamente ligados los tres órdenes, esto constituía la debilidad del conjunto, pues el derrumbamiento o el trastorno de uno de ellos, representaría, por repercusión, el de los otros dos. Así había sucedido cuando, por el pecado original, la caída moral e intelectual de Adán y Eva había corrompido al hombre y al resto de la creación, de manera que los elementos y los seres vivos, que debían servir al hombre y ayudarlo, se mostraban adversos a él, y toda clase de accidentes, enfermedades y desdichas afligían al género humano por esa causa. Muchos creían que el universo envejecía y que la naturaleza se desmoronaba sin remedio, anunciando su próximo fin.

Señales son del Juicio
ver que todos lo perdemos,
unos por carta de más,
otros por carta de menos,

comentaba Lope de Vega. A principios del siglo XVII, la visión sombría de la situación del hombre en el universo parecía alcanzar su culminación. La Edad Media había reconocido la existencia de un conflicto entre el concepto de la dignidad del hombre y el de su miseria. (El hombre,

“cosa orgullosa y cosa digna de lástima”, como escribía John Davies en 1599). Pero al menos no se creía que las miserias de la condición del ser humano disminuyeran su importancia: el propio Dios había permitido que su hijo sufriera el martirio por redimir a la especie humana. Era un conflicto que podía ser resuelto por Dios a través de la gracia y de la redención.

Pero al avanzar el Renacimiento aparece un nuevo y perturbador elemento: el de la duda, que va a corroer las bases de la estructura del universo heredadas de la Edad Media, sobre las cuales hasta ese momento se asentaba el pensamiento europeo. Como lo expresa Theodore Spencer: “Copérnico plantea la discusión del orden cósmico, Montaigne la del orden natural, y Maquiavelo la del orden político. Las consecuencias fueron incalculables”.

Cuanto hemos dicho sobre los tres dominios de la naturaleza había sido concebido sobre la estructura del sistema ptolemaico, con la Tierra como centro del cosmos. Al poner al Sol en el centro y a la Tierra como simple planeta subsidiario, toda la estructura con sus interdependencias estrictas perdió su sentido. Cuando Galileo apoyó la hipótesis de Copérnico y dio al público sus descubrimientos de nuevos astros, un contemporáneo, Wotton, escribió: “Galileo ha derrumbado primero toda la astronomía anterior, y luego toda la astrología”. Y al hacerlo, había contribuido a derribar la teoría de los tres órdenes de la naturaleza y su interdependencia.

Montaigne se encargó de derrumbar el segundo dominio. Seguía una corriente ya en movimiento. En 1565, Telesio, que veía en los sentidos la fuente de todo conocimiento, había señalado que la diferencia entre el alma de los animales y el alma humana le parecía una diferencia de grado, no de calidad. La demolición llevada a cabo por Montaigne años más tarde fue completa y despiadada, pues hizo hincapié, no en la superioridad posible del hombre, ni en su pecado y su caída, sino en su insignificancia. Para él el hombre es un animal “de muy mediocre condición, sin ninguna esencial o real prerrogativa o eminencia”. No ve en qué puede basarse para pensar que es “el rey de la creación”. Eso

mismo podría pensar un ganso —dice—, podría argüir: “Todas las cosas del mundo se concentran en mí: la tierra me sirve para marchar sobre ella, el sol para alumbrarme, las estrellas para comunicarme su influencia, los vientos me benefician de una manera y las aguas de otra. A nadie mira la bóveda celeste más favorablemente que a mí. Soy el bienamado de la naturaleza. ¿Acaso el hombre no me mantiene, me aloja y me sirve? Para mí siembra y muele. Si es verdad que me come, también devora a su prójimo, y eso mismo hago yo con los gusanos que lo matan y devoran a él”. (*Ensayos*, I). Montaigne reduce al absurdo las pretensiones del hombre sobre su papel en la naturaleza, y niega la posibilidad de llegar a conocer la realidad por los sentidos, que son engañosos. “Nada llega a nosotros que no esté alterado y falseado por nuestros sentidos”. El alma racional es inútil al hombre, porque todo conocimiento de la realidad, puesto que tiene su base en los datos de nuestros sentidos, es totalmente inexacto.

Maquiavelo, a su vez, se encargó de demoler las nociones establecidas sobre el orden natural aplicado a la sociedad y al Estado. En primer lugar, colocó al Estado y al arte de gobernar en una esfera separada de la religión —excepto como instrumento para imponer la sumisión—, de la moral y del concepto de la justicia universal. Sus principios eran prácticos. El hombre es malo por naturaleza: sus actos lo prueban. La mejor manera de gobernarlo será a través de la fuerza y el terror. Las virtudes del príncipe nada tienen que ver con la justicia: deben ser las del león (la fuerza) y de la zorra (la astucia), según lo demanden las circunstancias. El gobierno humano no debía verse como un reflejo del de Dios, ya que el hombre es un animal incapaz de imitar a Dios, y Dios no parece preocuparse de cómo se gobiernan los hombres.

Así pues, en las postrimerías del siglo XVI lo que se debate no es el problema de la dualidad de la naturaleza humana, debida a la caída del hombre, ya que en éste el hombre conservaba en potencia su dignidad esencial; sino lo que se ataca y se pone en duda desde todos los ángulos es la existencia misma de la dignidad humana.

Una de las causas de esta reacción contra una idea tan arraigada hay que buscarla en la situación religiosa. El protestantismo, en los países en que prosperó, había roto con la organización romana de la Iglesia y había marcado nuevos objetivos y promovido nuevas ideas; pero lo que postulaba era una vida moral tan rígida y austera, ponía sobre el hombre tal responsabilidad al enfrentarlo a Dios directamente, que exigía de la naturaleza humana más de lo que ésta podía dar. El catolicismo, a su vez, en los países en que predominó, encerró al hombre en un círculo de hierro sin permitir el libre vuelo del espíritu ni aun en su relación con la divinidad; recordemos las persecuciones de que fueron objeto todos los místicos españoles. Muchas mentalidades empezaron a dudar de la posibilidad de ser leales en materia de religión; la duda y el escepticismo se extendieron. John Donne, en Inglaterra, escribía en 1594: "Todo puede ser malo; duda sabiamente".

La situación política era también, a principios del siglo XVII, incierta e inquietante. En Inglaterra, al acercarse el final del reinado de Isabel, no se veía con certeza quién podría sucederla en el trono; una sorda agitación dejaba entrever la amenaza de la futura guerra civil. En España, aún en su momento de hegemonía, la crisis que anunciaba la decadencia era ya un hecho que no podía pasar inadvertido a las mentes más avisadas. Bien podía decirse que la dualidad atribuida al hombre se revelaba en los Estados: bajo la apariencia de esplendor, había en su seno miseria y podredumbre.

Por otra parte, el desarrollo de la ciencia favorecía el escepticismo. Mientras la ciencia estuvo identificada con la magia, no se colocó en abierta oposición con la fe religiosa; pero a medida que evolucionaba hacia el concepto moderno, basándose en la observación y la experimentación, iba acentuándose su conflicto con la religión. Giordano Bruno ya pensaba que la ciencia era la negación absoluta de la fe. Al hablar de la naturaleza, ya no siempre se pensaba en Dios. Todos estos motivos de escepticismo contribuyeron a acentuar el conflicto que había de culminar en la destrucción de los conceptos tradicionales del hombre y de la vida.

En el primer período del Renacimiento, el período humanístico, se había afirmado sobre todo, que el hombre tenía la facultad de poder elegir, el libre albedrío. Según Pico della Mirandola en su *Discurso sobre la dignidad del hombre*, Dios había dicho a Adán: "Tendrás el poder de degenerar hasta la más baja forma de vida, la animal; y tendrás el poder, mediante el juicio de tu alma, de elevarte y renacer a las más altas formas de vida, las divinas". Pero ahora, en el siglo XVI, el hombre se veía considerado poco más que una bestia. Si había conseguido algo, parecía que era degenerar. Las potencias que el primer Renacimiento atribuía al hombre se habían corrompido. La desilusión, el desengaño, invadía los espíritus. Esta será la característica del período barroco, al avanzar el siglo XVII, pero ya se hacía sentir en la época de Shakespeare y de Cervantes. Al quebrantarse las bases de una estructura del universo que —aun siendo falsa e ilusoria— presentaba un modelo a la imaginación y al pensamiento, se había quebrantado la confianza del hombre en la vida; si aquella era una ilusión, le había servido para orientar su existencia. Sir Francis Bacon, el sabio isabelino, escribía en su ensayo *Sobre la verdad*: "¿Puede dudar alguien de que si se limpiase la mente de los hombres de vanas opiniones, esperanzas lisonjeras, falsas valoraciones y fantasías... muchas veces la mente quedaría como una pobre cosa disminuida, llena de dolor y melancolía, desagradable aun para sí misma?"

Dice Spencer que la tragedia necesita, para producirse como obra de arte, un orden de creencias y una línea de conducta firmemente establecida y una conciencia nueva de que ese orden y esa conducta pueden ser violados. Así vemos en la antigua tragedia griega la violación de leyes divinas, o de principios sociales fijados por el hombre, pero tan antiguos que tienen la fuerza de leyes naturales. En el Renacimiento, en el momento en que Shakespeare vivía, se sentía cómo se desplomaba un orden tradicional que abarcaba el aspecto religioso, el moral y el social. Del sentimiento de ese derrumbamiento nace, con Shakespeare, la tragedia moderna.

Al comenzar el siglo XVII hacía ya varios años que Shakespeare escribía obras teatrales que le habían ganado fama: comedias, dramas sobre la historia de la Gran Bretaña, y había probado en *Julio César* la dramatización de la historia antigua; había ensayado, con *Romeo y Julieta*, la tragedia romántica, basada en un cuento italiano, aunque por sus raíces el tema es muy antiguo y tiene carácter de mito. Pero a partir de los últimos años del siglo XVI, según todos los que se dedican al estudio de Shakespeare, se perciben en sus creaciones dramáticas rasgos de gravedad que van haciéndose más marcados, y se va revelando en su pensamiento una actitud pesimista ante el hombre y sus acciones. Hacia 1600 —la fecha no se conoce con exactitud— produce una tragedia que representa la creación del género en la época moderna: *Hamlet*.

En *Hamlet* Shakespeare presenta en una nueva visión de significado simbólico y universal, el conflicto espiritual de su época en su aspecto central: la contradicción entre las dos maneras de juzgar al hombre; por un lado, la visión optimista del “rey de la creación”, como lo concibió el primer Renacimiento; por otro, la visión pesimista de su propia época. Shakespeare realiza una creación psicológica de extraordinaria trascendencia al situar la conciencia de esa contradicción como núcleo del carácter de su protagonista, el príncipe Hamlet. Las creencias tradicionales, que anteriormente Shakespeare había utilizado en forma convencional en su teatro, en *Hamlet* forman parte de la conciencia del protagonista. Lo que produce en él los graves trastornos que conducen al desgarramiento de su ser interior, es que él descubre que esas creencias no se ajustan a la realidad, que hay un conflicto entre “lo que la teoría muestra y lo que la experiencia comprueba”.

Por boca de Ofelia, Shakespeare nos presenta a Hamlet como era antes de ocurrir la muerte sospechosa de su padre y el matrimonio indecorosamente precipitado de su madre con el nuevo rey, su tío. Nos lo presenta como el ideal humano del primer Renacimiento: “La penetración del cortesano, la lengua del letrado, la espada del guerrero, la flor y la esperanza de este hermoso país...” (Acto III, esce-

na 1).¹ Ha sido educado en las ideas tradicionales y su temperamento lo ha inclinado a tener fe en ellas. El descubrimiento de las flaquezas de su madre y el ver al reino gobernado por su tío, de cuya indignidad y maldad tiene la intuición primero, la certeza después, han quebrantado su fe en la naturaleza humana. Un desengaño de este tipo lo han sufrido, en todo tiempo, muchos jóvenes; pero en ellos ha constituido un problema individual. Hamlet lo generaliza; para él el mundo, el Estado y el individuo están afectados de un mal que los corrompe, y él transfiere ese mal al orden de los astros, fiel a la teoría de la estrecha interdependencia de los tres órdenes de la naturaleza. Cuando reprocha a su madre su infidelidad y aquel nuevo matrimonio que él juzga incestuoso, le dice que “una acción tal... inflama el rostro de los cielos, sí, y hasta esta sólida y compacta masa del mundo, con doliente aspecto, cual si se acercara el Juicio Final, se siente acongojada por tal acto”.

En varios momentos Hamlet expone los puntos de vista tradicionales: “¿Qué es el hombre si el principal bien y el interés de su vida consistieran tan sólo en comer y en dormir? Una bestia nada más. Seguramente Aquel que nos ha creado con una inteligencia tan vasta que abarca lo pasado y lo porvenir, no nos dio tal facultad y la divina razón para que se enmoheciera por falta de uso” (Acto IV, escena 4). Y en otra ocasión dice a Horacio: “Dame aquel hombre que no sea esclavo de sus pasiones, y yo le colocaré en el centro de mi corazón...” (Acto III, escena 2). Hamlet ha tenido y conserva en el fondo de su espíritu ese elevado ideal, y su desgarramiento interior proviene de que ha descubierto que el orden tradicional, según el cual la razón debe señorear a las pasiones, es sólo una apariencia, y la realidad es que los seres humanos, como lo prueba la conducta de su madre, no son más que bestias. Generalizando, él ve en los cielos, en el mundo y en el individuo la realidad del mal bajo la apariencia del bien. Esta era la condición característica del hombre atacado de melancolía, según los tratados de la época destinados a estudiarla. De ese estado, hace Hamlet un notable análisis: “De poco tiempo a esta parte... he per-

(1) Trad. de Astrana Marín

dido completamente la alegría, he abandonado todas mis habituales ocupaciones, y a la verdad, todo me pone de un humor tan sombrío, que esta admirable fábrica, la tierra, me parece un estéril promontorio; ese dosel magnífico de los cielos, la atmósfera, ese espléndido firmamento que allí veis suspendido, esa majestuosa bóveda tachonada de ascuas de oro, todo eso no me parece más que una hedionda y pestilente aglomeración de vapores. ¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Cuán noble por su razón! ¡Cuán infinito en facultades! En su forma y movimiento ¡cuán expresivo y maravilloso! En sus acciones ¡qué parecido a un ángel! En su inteligencia ¡qué semejante a un dios! ¡La maravilla del mundo! ¡El arquetipo de los seres! Y sin embargo, ¿qué es para mí esa quintaesencia del polvo? No me deleita el hombre...” (Acto II, escena 2).

La conciencia de la diferencia entre apariencia y realidad ha trastocado en Hamlet el concepto de la vida. El era genuino y verdadero. Cuando su madre le pregunta por qué *parece* que le afecta tan profundamente la muerte de su padre, ya que la muerte es la suerte común de todos los hombres, Hamlet estalla. “¡Parece, señora! ¡No: es! ¡Yo no sé parecer!” (Acto I, escena 2).

Desde el principio de la obra, Shakespeare destaca el aspecto político del drama: coloca a Hamlet en un ambiente político que da amplitud al concepto dramático. Algo está podrido en el Estado de Dinamarca. Para Hamlet la majestad real está envuelta en su desilusión. Claudio es un rey indigno y sin embargo, reina. La espléndida apariencia del poder real no es la realidad. La realidad es que el rey impone al pueblo una mentira que él hace aparecer como una verdad.

La utilización en la tragedia de uno de los conflictos fundamentales de la época, da a *Hamlet* una profunda significación como expresión de un estado de conciencia general. Su descubrimiento de la distancia insalvable que media entre la apariencia y la realidad es una expresión de la nueva serie de problemas, de los nuevos panoramas psicológicos y sociales que el Renacimiento estaba descubriendo al avanzar y que las primitivas teorías renacentistas no podían explicar

satisfactoriamente. El contraste entre la apariencia exterior y la verdad interior, en los albores del siglo XVII es un reflejo de una nueva conciencia, cada vez más rica y complicada. La tragedia de Shakespeare es una forma de expresar una experiencia, aún incierta y sin forma, pero de importancia vital para el hombre renacentista.

En *Hamlet* el efecto del conflicto entre la apariencia del bien y la realidad del mal es una desilusión que llega a paralizar en el protagonista las fuentes de la acción voluntaria. Hamlet no actúa, aunque cree que debe actuar para enderezar —según dice— su “época desquiciada”. Su trágico dilema es que se ve colocado en una situación en que la responsabilidad recae sobre él, pero su motivación interior no da impulso a la acción que se requeriría. No actúa porque ve la futilidad de todo cuanto pueda hacer; porque el mal, como él lo percibe, penetra todo cuanto existe. Aun en sí mismo lo descubre. No existe curso de acción que pueda satisfacer las exigencias de su inteligencia y de su sentimiento. Ninguna acción podría imponer el bien y erradicar el mal inherente al orden cósmico y a la condición humana. Finalmente Hamlet está dispuesto a aceptarlo todo de la suerte; pero no a actuar, sino a sufrir: de vengador se convierte en víctima que debe ser y es sacrificada.

La fuerza que impide la acción en Hamlet es su alienación del hombre y de la vida, como resultado de su desencanto de la realidad y el derrumbamiento de los valores para él sustanciales. Hamlet no niega esos valores, pero no cree que son realizables entre los hombres. Lo que se ha derrumbado en él es la fe en el hombre y aun en sí mismo; pero tampoco puede resignarse a aceptar otra escala de valores práctica y basada en la costumbre, como lo hace, en la obra, el príncipe Fortimbrás, que Shakespeare, en ese aspecto, opone a Hamlet.

En el mismo período del Renacimiento, más exactamente, en los mismos años, en un país diferente de Inglaterra hasta el punto de ser el baluarte del catolicismo y mantener un ideal imperial contrapuesto al del imperio isabelino, en España, otro gran creador literario, Cervantes, da expresión al conflicto interno del hombre renacentista en su libro im-

perecedero, *Don Quijote de la Mancha*. Rubén Darío, en la *Letanía* —que escribió— de nuestro señor Don Quijote, dice al Caballero de la Triste Figura:

Tiembla la floresta del laurel del mundo,
y antes que tu hermano vago, Segismundo,
el pálido Hamlet te ofrece una flor.

El conflicto de Don Quijote es, fundamentalmente, el conflicto de Hamlet, y el gran libro, aunque por su forma y composición sea una novela, es por su sentido una tragedia: el consciente enfrentamiento del hombre con su destino.

Don Quijote, como Hamlet, parte de un concepto ideal y absoluto de la naturaleza humana, y rechaza la realidad práctica que contradice ese concepto. Pero en Hamlet se ha realizado —antes de comenzar la obra— la destrucción de ese concepto como aplicable a la realidad concreta. Hamlet se ve situado frente al mal a través de un problema individual y generaliza hasta considerar el mal como la única realidad universal. Don Quijote opone su realidad ideal a la realidad concreta, voluntaria y libremente; se siente impulsado a actuar, no por un problema personal, sino porque la injusticia existe y se ejerce sobre otros seres humanos. Cree que el mal existe en el universo y en el hombre, pero no es inevitable; es posible luchar y destruirlo; quizás le parece que existe para que el hombre superior triunfe de él; el hombre puede y debe vencer el mal. Don Quijote sale por los caminos de la Mancha lleno de fe en la naturaleza humana, de esa fe que Hamlet había perdido antes de comenzar el drama de Shakespeare. Para Hamlet el mundo ideal es sólo apariencia, y la realidad oculta bajo él es toda podredumbre y maldad. Para Don Quijote es apariencia la realidad concreta, el mundo material en el que domina el mal y el hombre se ve limitado, aherrojado por cadenas de error. La realidad verdadera es la que él concibe en su mundo interior, y él actúa, él lleva su concepto de la realidad en sus “salidas” a confrontarlo con el mundo. Salvador de Madariaga, en su estudio sobre *Hamlet* (Londres, 1948) señala que el paralelo entre Hamlet y Don Quijote es una de las vías más seguras para acercarse no sólo al conocimiento

de ambos personajes, sino a la interpretación que la Europa de su tiempo daba a los problemas permanentes del hombre. El punto central de la comparación entre los dos personajes le parece a Madariaga que es el problema del equilibrio entre el individuo y la sociedad: Hamlet —según él— representa la presión de la sociedad sobre el individuo; Don Quijote, la presión del individuo sobre la sociedad. La excesiva presión social hace a Hamlet pasivo; la falta de presión social hace a Don Quijote activo contra los dictados del sentido común.

El concepto de la realidad de Don Quijote está inspirado en el ideal caballeresco medieval, sobre todo en lo que respecta al papel activo, de idealismo heroico, del caballero andante. Es un mundo de imperativos éticos absolutos. Al enfrentarse con la dualidad de apariencia y realidad, Don Quijote afirma como verdadera su realidad interior personal. El está consciente de que puede haber muchas realidades interiores diferentes: por eso explica que lo que a él le parece el yelmo de Mambrino, a Sancho le parece una bacía de barbero “y a otro le parecerá otra cosa”; pero la suya es la realidad de mayor valor, porque es la verdad ideal basada en el imperativo ético absoluto. Don Quijote avanza transformando a cada paso la realidad aparente en una realidad superior que ve dentro de sí mismo: la venta es un castillo, las mozas de partido son princesas, los rebaños, ejércitos, etc. Su misión ética demanda que él descubra y afirme la verdad. En la determinación de esa verdad entra su libre voluntad: él sabe, por ejemplo, quién es en la realidad concreta Aldonza Lorenzo; pero para él es Dulcinea del Toboso, por lo que la quiere él. “—Bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en lo del linaje importa poco, que no han de ir a hacer la información de él para darle algún hábito, y yo me hago de cuenta que es la más alta princesa del mundo”... (I. Capítulo XXV). Don Quijote es un creador, un artista con intención ética cuya materia es el mundo. Empieza por crearse a sí mismo como agonista, crea a Rocinante y a Dulcinea, y si no la crea, descubre la realidad superior de Sancho. Don Quijote cree que ésa es la misión del hombre

superior: crear la realidad, imponer los valores más altos de que está consciente, alcanzar las metas que vislumbra. De otro modo los seres humanos serían prisioneros de una condición inmutable como los animales. La Edad Media aceptaba que cada hombre recibía del Creador un papel fijo para actuar en el gran teatro del mundo; pero Don Quijote es renacentista: para él el hombre es hijo de sus obras.

Para Don Quijote como para Hamlet existen poderes superiores, por encima del hombre; pero son remotos. La relación entre el hombre y Dios no les concierne en primer término. Las fuerzas con las que tiene que enfrentarse Don Quijote no son grandes fuerzas demoníacas: son fuerzas malignas, "encantadores" y otras criaturas de la imaginación, que pueden ser vencidas por el caballero. Son conceptos vagos: puede observarse que en el *Quijote* los "encantadores" no causan en realidad ningún verdadero mal. Los males sobrevienen siempre por acciones realizadas por los hombres. Es posible que los "encantadores" puedan interpretarse como símbolos de vicios humanos. Don Quijote así lo expresa cuando habla de "matar en los gigantes a la soberbia, a la envidia . . . , a la ira . . ." (II, Cap. VIII). Los "encantadores" pueden afectar al hombre sólo indirectamente, transformando el mundo real (o sea el mundo ideal de Don Quijote) en un mundo de apariencias: gigantes en molinos, ejércitos en rebaños, a Dulcinea en una zafia labradora . . . Y esto lo hacen sólo para oponerse al caballero, al héroe que lucha por destruir el mal y devolver a la estirpe humana su plena dignidad.

La visión que Don Quijote tiene de la situación del hombre en el Cosmos implica la existencia de un orden necesario en las cosas, sin duda de origen divino, pero determinado prácticamente por condiciones inmanentes en la naturaleza y en nosotros mismos. Tanto Don Quijote como Hamlet no buscan en fuerzas sobrehumanas la base de su ética, sino se vuelven para hallarla a lo mejor de la naturaleza humana y a las más altas aspiraciones del hombre: Hamlet pierde pronto la esperanza de hallarla. El *Quijote* es la historia de la acción del héroe sobre otros hombres y la reacción de otros hombres sobre él. Este es el curso de su tragedia. Un golpe

tras otro lo castiga. Ve en torno suyo —con la excepción de la fe de Sancho— sólo la burla y el fracaso para sus proyectos. La realidad que para él es apariencia lo hiere sin piedad, y asistimos al lento proceso del desencanto en el espíritu del creador de realidades, hasta que se afirma en él el convencimiento de que la única realidad en que el hombre puede actuar es la que él juzgaba vana apariencia: una realidad cambiante, superficial e insatisfactoria, que no puede ser transformada para colmar nuestras aspiraciones. Don Quijote renuncia al fin a su soñada creación de una realidad superior. Y termina, al morir como Alonso Quijano el bueno, en la misma desesperanza que destruye a Hamlet.

Alonso Quijano muere en 1615. Veinte años más tarde aparece en España una obra dramática que va a plantear de nuevo el conflicto central para el hombre renacentista: ¿cuál es la naturaleza de la realidad y cuál es el puesto del hombre en el universo y el verdadero sentido de la vida humana? Esta obra es el drama de Calderón de la Barca *La vida es sueño*. Desde el punto de vista teológico, plantea el problema de la gracia y del libre albedrío, y le da la solución ortodoxa; pero al hacerlo, lo que ofrece es una expresión del conflicto del hombre del Renacimiento. La forma de presentarlo es original: El protagonista, Segismundo, es semisalvaje. Privado de relaciones humanas y de conocimiento de muchos aspectos del mundo, no ha podido, en el fondo de su silvestre prisión, desarrollar un concepto general de la realidad y de la naturaleza humana. Pero sí tiene concepto de la justicia, o más bien de la injusticia, y como desde sus primeras palabras se advierte, se rebela, como Prometeo, contra el mal que juzga implícito en el orden universal. El hombre no se le aparece como rey de la creación, sino como una criatura condenada al sufrimiento, aun en condiciones inferiores a las de los animales en ciertos aspectos. De poco le sirve su alma racional, dice, pues

teniendo yo más alma,
tengo menos libertad...

Segismundo, a diferencia de Hamlet y Don Quijote, no parte de un concepto filosófico más complejo que el de la

existencia de una injusticia impuesta al hombre por un poder superior. Empieza, pues, por una actitud pesimista; no ha podido forjarse un idealismo optimista como el que en un principio tuvieron Hamlet (antes de empezar el drama) y Don Quijote. Segismundo en el inicio de la obra no representa al hombre culto, sino al primitivo. La apariencia evidente de las cosas es hasta ese momento, para él, la realidad, sin dualismo alguno. La historia de Segismundo es, precisamente, la del descubrimiento de la dualidad entre apariencia y realidad; pero no, como Hamlet y Don Quijote, partiendo de la creencia en una realidad ideal, sino partiendo de una total ignorancia.

El rey Basilio, Clotaldo luego, son los primeros en enunciar el tema esencial de la obra. Si Segismundo es sacado de su prisión y luego tiene que ser devuelto a ella, creerá que ha soñado y no se equivocará, dice el rey,

porque en el mundo, Clotaldo,
todos los que viven, sueñan

(Jornada II, escena 1).

Cuando Segismundo se despierta en el palacio real, duda de la realidad aparente, pero la que le dan sus sentidos le parece prueba suficiente, unida a la conciencia de su propia identidad, y no hace caso de la advertencia de Clotaldo:

Y no, por verte ya de todos dueño,
seas cruel, porque quizá es un sueño.

(Jornada II, escena 8).

Tiene absoluta seguridad, Segismundo, de que la materia y las sensaciones del mundo con que está en contacto constituyen la realidad. Toma esta realidad como base para su conducta, pues no conoce otra, y se lanza por lo tanto a satisfacer sus impulsos: lujuria, violencia, venganza...

Así fracasa en la prueba ideada por su padre, y cuando se despierta de nuevo en su prisión y confronta una con otra las dos realidades que conoce, inmediatamente generaliza su descubrimiento, que es la duda de la existencia del mundo material y sensible. Se plantea el problema de la naturaleza y de la realidad. Será posible despertar de otros

sueños como de éste, y si la vida misma es un sueño, será posible despertar de la vida, de la apariencia, a una verdadera realidad más allá de la muerte. Segismundo tiene, para basar su conducta, los valores que le proporciona la doctrina católica de Contrarreforma, no lejana de la medieval: su conducta en el mundo ha de consistir en una preparación para el despertar definitivo y en esa preparación su voluntad bien empleada será lo primero, porque los poderes superiores inclinan, pero no obligan, y el hombre es libre y responsable ante Dios.

Cuando Segismundo se ve establecido en el trono, este nuevo despertar podría llevarlo a negar sus conclusiones previas; nuevas tentaciones de lujuria, de poder, de venganza, lo asaltan. La duda final sobreviene cuando se ve ante Rosaura, a la que ama, pero a la que en justicia debe renunciar, pues pertenece a otro. Segismundo está a punto de decidir que, puesto que no hay modo de distinguir la realidad de la ilusión, tal vez todo cuanto existe sea ilusión y el *carpe diem* sea la única filosofía aplicable a la vida. Segismundo, que ahora es ya el hombre aleccionado por la experiencia, se coloca así al borde del desengaño del mundo que hizo presa en Hamlet y en Don Quijote. Pero se domina por un razonamiento que a nosotros nos parece arbitrario, pero que para él es convincente: si todo cuanto vemos y conocemos es apariencia pasajera, eso mismo es segura prueba de que en otra parte existe un mundo de realidad permanente y eterna:

Acudamos a lo eterno,
que es la fama vividora
donde ni duermen las dichas
ni las grandezas reposan.

(Jornada III, escena 10).

La obra tiene un desenlace armónico; pero a pesar de ello, debe considerarse una tragedia porque opone el hombre a su destino. En Aristóteles no se requiere que la tragedia termine en catástrofe.

Calderón, como Shakespeare y Cervantes, destaca continuamente el tema de la relación entre apariencia y reali-

dad. En el monólogo de Hamlet (Acto III, escena 1) y el de Segismundo (Jornada II, escena 19) el tema del sueño conduce a diferentes conclusiones. Para Hamlet, el soñar puede venir después de la muerte; y no es una determinante de la acción, sino sólo de la evitación del suicidio, de la huída de esta vida. La duda de Hamlet se extiende hasta el más allá. Para Segismundo, sólo la vida terrenal es un sueño y el conocimiento de su vanidad basta para dictarle un curso de acción positivo. En la incertidumbre misma encuentra Segismundo la base de su seguridad. El mundo ideal es el verdadero; no puede realizarse sobre la tierra, pero el hombre debe actuar en esta vida con serena aceptación de sus limitaciones, positivamente, hasta donde sea posible, para alcanzar luego la realización del ideal en la otra vida; en ésta, siguiendo la doctrina medieval, para Calderón la misión más alta del hombre es amar y comprender a Dios. Segismundo tiene una escala de valores que ni a Hamlet ni a Don Quijote podrían haber bastado, porque ellos aspiraban a la realización de la realidad ideal en esta vida.

La solución que da *La Vida es Sueño* al conflicto, aunque se basa en la tradicional doctrina medieval, parece, de las tres que hemos considerado, la más positiva. Implica una aceptación de la realidad concreta, aunque pueda ser ilusoria.

Los tres protagonistas: Hamlet, Don Quijote y Segismundo, adquieren la certeza de que la realidad ideal es irrealizable sobre la tierra. Pero, ¿no será en cierto modo contribuir a crearla el seguir actuando positivamente, como Segismundo?

Nos parece que, en último término, las tres obras ofrecen una misma solución o un mismo renunciamiento; pero en Shakespeare y en Cervantes se presenta en forma irónica.

Hamlet no puede hacer concesiones a una realidad inferior a sus conceptos. Hamlet muere, y en su lugar Fortimbrás asume el poder en Dinamarca, purgada del mal que la infestaba. Este final es irónico. Fortimbrás no es más que un joven "normal", pues acepta las normas tradicionales; a este limitado príncipe es a quien se confía el porvenir del Estado. La tragedia de Hamlet ha terminado; de la de Di-

namarca, no sabemos si terminará; sólo que volverá a desarrollarse la vida del Estado dentro de los límites de la realidad concreta.

Don Quijote tampoco podría haber llegado a una transacción con una realidad inferior. Muere antes de morir el bueno de Alonso Quijano, el cual ha recobrado, según sus propias declaraciones, la razón. Sus antiguas aficiones, reconócelas por locura. Su herencia, de pocos dineros y mucha cordura, la deja a su sobrina: si se casa, sea con hombre práctico, que no lea libros de caballería.

Pero estas tres inmortales figuras literarias son grandes, no por el final resignado, sino por la capacidad para luchar y sufrir. Aprisionados en la dualidad conflictiva del concepto renacentista del hombre y de la vida, se rebelan contra los límites de las posibilidades humanas. Son culpables de *hibris*, de la demasía que necesariamente atrae la *némesis*. Sólo Segismundo se somete voluntaria y heroicamente, venciendo a sí mismo. Los tres son símbolos de la ilimitada virtud de la aspiración humana.

La Habana,
30 de junio de 1964.



*Documentos para la historia
de las gentes sin historia:
El viaje a Cuba de los culíes chinos*

Juan Pérez de la Riva

La travesía nada tenía que envidiar en horror a la de los esclavos: todo se hacía casi igual, pero en mayor escala, y a plena luz. Los clíperes que traían a los chinos, en la primera época del tráfico (1853-1861), eran fragatas de gran porte, de quinientas a mil toneladas; en tanto que los de los negreros que visitaban la costa de Africa en busca de bozales, eran goletas, que desplazaban sólo doscientas o trescientas toneladas. Pero la disposición interior tenía algo más que un aire de familia. Citemos a Lacroix, que es escritor autorizado en la materia: ¹ “Antes de embarcar los culíes, cuya presencia podía ser tan peligrosa a bordo, los capitanes tomaban varias medidas de precaución: el carpintero construía un fuerte mamparo con tablonés de roble de cuatro pulgadas de espesor, a prueba de balas y que desborda hacia afuera de la batayola, por lo menos de un metro, subiendo

(1) LACROIX, PAUL. *Les derniers negriers. Derniers voyages de bois d'Ebone, coolies et de morles du Pacifique*. París [1952] p. El autor que fue capitán de uno de los últimos veleros franceses que traficaron en aguas del Pacífico era nieto a su vez del capitán del clíper *Cimondef*, empleado en el tráfico de culíes. Este último se dedicó a coleccionar datos sobre los motines acaecidos en su tiempo a bordo de los *coolie-clippers*. Lacroix utiliza en su libro parte de este material así como las noticias publicadas en la prensa inglesa.

a más de tres sobre el puente. Había además una garita blindada desde la cual un centinela debía vigilar el puente noche y día. Las escotillas estaban cubiertas con pesadas rejas de manera de no dejar pasar a más de un hombre a la vez. La cocina de los culíes, sobre el puente, estaba separada de la de la tripulación por un grueso tabique forrado de planchas de hierro. La cámara de la tripulación bajo el alcázar estaba provista de aspilleras, y un cuarto, al menos, de la provisión de agua potable estaba estibado directamente bajo la toldilla para ser utilizado sin pasar por la cala si los chinos impedían bajar. Dos potentes bombas de incendio estaban dispuestas a la extremidad trasera de la toldilla". Finalmente, para completar este cuadro acogedor, "dos pequeños cañones de bronce cargados de metralla apuntaban continuamente a las escotillas y las panoplias de armas blancas se hallaban al alcance del oficial cuarto". Sólo faltaban los grillos, como se ve, para que la evocación del clásico negrero fuese completa, pero también los había, en reserva, y se usaban con harta frecuencia.

La Revolución industrial aportó algunas innovaciones en la técnica marinera, que tuvieron imprevistas consecuencias sobre los culíes. La instalación de una caldera de vapor en la cubierta para accionar los winches, permitió cambiar la forma del velamen y arbolar en goleta a enormes cascos de más de 600 toneladas. El buque perdía alguna capacidad de maniobra en caso de vientos contrarios, pero podía reducir gran parte de su tripulación y simplificar mucho la maniobra del velamen. Por otra parte un ingenioso dispositivo permitía dirigir directamente los chorros de vapor hacia la salida de los chinos por la escotilla del entrepuente. Con esta aplicación *sui-generis* del progreso técnico se podía despellar vivos a los culíes recalcitrantes y reducir los demás a la obediencia, mucho más pronto que con los medios convencionales. Todo lo cual ayudó también a disminuir la tripulación sin comprometer la "seguridad del buque". Otra aplicación importante del vapor a la navegación a vela de China a Cuba está relacionada con la provisión de agua potable. Era éste uno de los problemas más engorrosos a bordo, pues si no se quería hacer escala más que en Santa Elena

había que embarcar de 300 a 350 toneladas de agua dulce, la solución parcial la trajeron los alambiques instalados a bordo a fines de los años cincuenta. Estos ingeniosos aparatos permitían destilar de 1000 a 1500 litros en 24 horas, el agua no tendría muy buen sabor, pero a los pasajeros no se les daba a escoger.² La disminución de las cajas de agua en la cala permitió así transportar importantes cantidades adicionales de arroz como lastre.

Los clíperes, según los reglamentos de la época, podían embarcar un culí por dos toneladas de desplazamiento, de esta manera el "feliz" viajero disponía de apenas más espacio del que tendría en su sepultura: dos metros cúbicos aproximadamente.³ Recordemos que en tiempos de la trata legal los negreros franceses cargaban dos esclavos por tonelada y los ingleses cinco por tres toneladas, pero el viaje duraba la mitad del tiempo, y, desde luego, había motivos para esperar que un siglo de "progreso" trajese algún "adelanto", por lo menos en el papel. Abundan los ejemplos de buques que cargaban casi un pasajero por tonelada, y muy rara vez se les imponía la multa prevista, y sólo cuando la mortalidad en travesía había sido superior al 10%. Para evitar esta contingencia, los agentes del tráfico, se ponían de acuerdo con el cónsul de España en Macao y embarcaban un cierto número de chinos de más de los que aparecían en el manifiesto del barco; así las pérdidas en travesía, que sólo se calculaban sobre la cantidad oficialmente embarcada parecían "razonables", es decir, inferiores al 10%.

(2) Entre las infracciones al reglamento para el transporte de chinos que se notaron en los viajes a La Habana de los buques *Vasco de Gama* y *María de la Gloria*, consignados a *La Alianza* (Calomé, Ferrán, Dupierris y Co) se señalaba que el agua que se daba a beber a los pasajeros "estaba llena de pequeños animales que parecían lombrices" y aún así la daban con tanta escasez que los culíes llegados en el *Vasco de Gama* dijeron "que algunos de sus compañeros se habían arrojados al mar por no poder resistir los tormentos de la sed". (Gaceta de La Habana. 12 de mayo de 1867).

(3) Sobre esto véanse los distintos reglamentos vigentes publicados en el *Boletín de Colonización*. La Habana, 30 de enero de 1874 y sigtes.

En realidad de 1853 a 1860 sobre 56,335 culíes embarcados con destino a La Habana murieron en travesía 8,159, es decir, un 15%.⁴ Con razón se recordó en la Cámara de los Comunes, en Londres, que los marinos llamaban a estas travesías los *viajes de la muerte*.⁵ En el siglo XVIII los negreros tenían pérdidas muy inferiores (del 2 al 5%).⁶

Los viajes duraban un promedio de 110 a 150 días, aunque hubo travesías en 90 días y aún en menos, todo dependía de los vientos, y de los motines que hubiese a bordo. La ruta seguida era casi invariable: se aprovechaba el monzón de verano para dirigirse de Macao hacia el estrecho de La Sonda, entre Java y Sumatra, cruzar el Océano Indico por debajo del Ecuador para doblar el cabo de Buena Esperanza y recalar en la isla de Santa Elena. Luego de esta escala obligada, se dirigían hacia las Guayanas y entraban en el Caribe pasando entre Barbados y Trinidad. La travesía a La Habana ocurría por el sur, doblando el cabo San Antonio, pues aún en esta época muy pocos veleros de gran porte se arriesgaban a enfilarse el Canal Viejo de Bahama, cuya mala reputación aún no había aminorado. Si los buques salían de Macao de octubre a marzo, llegaban a La Habana de febrero a agosto, y se encontraban con un Caribe tranquilo sin nortes ni ciclones, cosa muy necesaria con una tripulación exhausta y unos pasajeros siempre próximos a la rebelión. Desembarcados los culíes, había tiempo de cargar azúcar y mieles con destino a Nueva York o Europa y salir del Estrecho de la Florida antes de la temporada ciclónica. Si no se perdía tiempo el viaje redondo podía durar un año, pero era frecuente que durase catorce o quince meses y aún más.

El periplo había comenzado siempre cargando armas, ferretería y textiles en puertos europeos con destino a China.

(4) Estadísticas de muertes en travesía en *Boletín de Colonización*.

(5) *The Times*, London, March 6th, 1866, p. 6.

(6) EDWARDS BRYON. *The history civil and commercial of the British West Indies*. Dublin, 1793, t. 2, p. 111-112. Ofrece bastantes datos, que se pueden completar con los de MARTIN, GASTON. *Nantes au XVIII^e siècle: l'ère des negriers. 1714-74*. París, 1931.

Esta navegación, como la trata, afectó la forma de un tráfico múltiple: productos industriales, hombres, azúcares. Las ganancias fueron también suculentas, hasta 80 ps. por tonelada por el flete propio, sin contar la utilidad que dejaba la venta del chino en Cuba, y que podía ser de más del 100% del capital invertido. Las ganancias fueron tales que por los años sesenta los esclavistas cubanos se transformaron en sus propios armadores, comprando magníficos clíperes o aun vapores en Estados Unidos o Europa, unidades que luego abanderaban en España, Portugal, Chile o El Salvador. La presencia cada vez más frecuente de vapores mixtos, después de 1865, cambió algo la ruta y disminuyó la duración de la travesía, pero no mejoró sensiblemente las condiciones en que eran transportados los emigrantes, y los motines siguieron acaeciendo, aunque con alguna menor frecuencia.

Sabemos que los chinos eran contratados en Macao mediante engaño y fraude y muchas veces raptados en la costa o en los canales del delta de Cantón por piratas a sueldo de los agentes habaneros; también se dio el caso, y por centenares, de que presos políticos, los taipings, fuesen vendidos directamente por los mandarines a tratantes. En esas condiciones siempre había peligro de motín a bordo en cuanto el clíper dejaba la rada de Macao.

La incompreensión de los capitanes y tripulantes, o simplemente su desprecio hacia el hombre de piel amarilla fue causa de la mayor parte de los motines, mucho más frecuentes que a bordo de los negreros del Atlántico. El doctor Bowring⁷ refiere un caso en el cual el motín fue provocado porque el capitán bajo pretexto de higiene le mandó a cortar la coleta a muchos chinos "lo cual era para ellos una vergüenza igual que cortarles la nariz y las orejas a un caballero inglés". "Yo creo, añadía este autor, que en los numerosos casos de motín en que han sido asesinados capitanes y oficiales y aun en que el buque ha quedado en poder de los culíes... hay pocos casos en que los capitanes no hayan sido culpables en alto grado por su conducta cruel y despótica".

(7) *The Anti Slavery Reporter*, 1855, p. 40, carta de mayo 17, 1852.

La información sobre estos motines suele ser muy escasa; se encuentran, es cierto, alusiones en documentos oficiales, expedientes incoados sobre todo en Inglaterra durante los primeros años del tráfico cuando participaban en él algunos buques de esta nacionalidad, pero luego todo se reduce a algunas alusiones en la prensa de Londres y a simples menciones en los diarios de a bordo. Nosotros hemos tenido sin embargo la buena fortuna de encontrar en la prensa de la época varias narraciones sobre estos trágicos viajes, y de poder reunir además los documentos oficiales que les dan toda la autenticidad deseable.



El primer documento que publicamos es una carta escrita el 8 de febrero de 1858 desde San Cristóbal (pequeña isla de las Antillas Británicas) a bordo del *Sir John*, por “un respetable hombre de color, esclavo fugitivo, a la sazón camarero en dicho buque”. F. W. Chesson, el destinatario y quien la publica en el *Anti-Slavery Reporter*,⁸ añade “que es un hombre perfectamente honrado y veraz”.

El segundo documento es el recorte de un artículo de un periódico de la Ciudad del Cabo (Africa del Sur) de la misma fecha, también publicado en el *Anti-Slavery Reporter*. El vapor *François* de 1,100 toneladas⁹ que se menciona, llegó a La Habana el 25 de noviembre de 1857 con 842 chinos a bordo después de 105 días de navegación desde Macao, 58 pasajeros murieron durante la travesía... Venía consignado a Campbell Hnos. y Rostan, agentes de la *Cie. Transatlantique Française* en La Habana. Al año siguiente realizó otro viaje para los mismos consignatarios llegando a nuestro puerto el 10 de febrero de 1859 con 835 culíes. En este viaje, de 88 días, que fue un récord de rapidez, hubo 164 muertos, lo cual hace suponer que hubo un terrible motín a bordo.

(8) *The Anti Slavery Reporter. Under the sanction of the British and Foreign Anti Slavery Society. V. 6. Third Series. London, The Society, at N^o 27, New Broad Street, 1858. p. 84-85.*

(9) *Diario de la Marina*, 18 de septiembre de 1859. *Boletín de Colonización*, Habana, 15 de agosto de 1873 y sig.

Todavía efectuó un viaje más en 1861 pero ahora consignado a Torices, Puente y Cía.¹⁰

A continuación publicamos otro recorte de periódico, pero ahora de *La Correspondencia* de España, del 28 de octubre de 1860¹¹ y relacionado con el motín ocurrido a bordo del buque español *La Encarnación*, de 500 toneladas, en el curso de su viaje de Macao a El Callao (Perú) cargado de culíes. *La Encarnación* efectuó varios viajes a La Habana transportando chinos; el primero el 13 de abril de 1854, consignado a Manuel B. Pereda y Cía.,¹² comerciantes españoles de esta ciudad para los que trajo 392 chinos en un viaje de 155 días. Después de su trágico viaje al Callao anclaba en nuestro puerto el 10 de mayo de 1861, consignado a Troncoso, Bustamante y Cía.¹³ conduciendo 290 chinos; el viaje había durado 150 días. Regresó a La Habana el 14 de marzo de 1865 trayendo ahora 264 chinos consignados al "patricio"

(10) D. Rafael Rodríguez Torices era agente de los navieros franceses Pietre Frères et Cie. Acaudalado comerciante importador y ex negrero, fue en 1854 promotor, junto con el Conde de Lombillo y Juan A. Calomé, de la *Empresa de Colonización o Colonizadora*, destinada únicamente a la importación de culíes chinos y a su venta a los hacendados. Don Rafael era también armador por cuenta propia y poseía entre otros buques, el Tinita Torices de 650 toneladas, abanderado en Perú, y el Teresita de 495, español.

(11) Reproducido en: *Proyecto de inmigración africana, para las islas de Cuba y Puerto Rico y el imperio del Brasil. Presentado a los respectivos gobiernos por los Sres. Argudín, Cunha Reis y Perdonés*. Habana, 1860. p. 498.

(12) Don Rafael Bernabé de Pereda era un portugués con relaciones en Macao que, asociado a un tal Machado, fue beneficiario del primer asiento de chinos concedido por Concha. Fue uno de los mayores importadores de culíes: 11,847 en total, y de ellos 10,868 entre abril de 1853 y junio de 1858.

(13) Narciso Troncoso opera a veces solo. Otras, según la razón social Troncoso, Bustamante y Cía. Se trata de un opulento comerciante peninsular, muy ligado a los intereses navieros franceses de Nantes. También uno de los grandes importadores de culíes; solo o en sociedad con Bustamante introdujo 8,184 culíes entre el 20 de julio de 1860 y el 23 de julio de 1868.

Miguel Aldama.¹⁴ Los viajes se repiten el 7 de julio de 1866 y al año siguiente ambos para Troncoso y Cía. La última travesía la realiza en 1871, descargando el 12 de julio 308 chinos para La Alianza y Cía.¹⁵

Se encontrará después la narración pormenorizada del motín del Norway según fue publicada por un pasajero, el joven Edgar Holden en el *Harper's Monthly* de junio de 1864.¹⁶

Este magnífico clíper desplazando 2,424 toneladas, era uno de los más grandes veleros a flote en su tiempo. Fue construido en los astilleros de Nueva York, especialmente para los viajes al Pacífico. En el otoño de 1859, bajo el mando del capitán Major, llegó a Hong Kong procedente de Liverpool, cargado con material de guerra destinado al ejército inglés.

En Hong Kong el "Norway" fue contratado por el representante de la casa Vargas y Cía., de Macao, agentes de Torices, Ferrán, Dupierris y Cía., de La Habana, para el transporte de un cargamento de culíes chinos destinado a los ingenios de Cuba. Como la Trata Amarilla estaba entonces severamente prohibida en Hong Kong, colonia inglesa, el gigantesco clíper atravesó el estuario del Río de las Perlas y vino a fondear en la rada de Macao, posesión portuguesa,

(14) El futuro "abolucionista" y agente de la República en Armas, tenía por esos años unos cuatro mil esclavos empleados en sus ingenios y los de sus hermanas, pero además importó por su cuenta propia 3,888 culíes entre 1865 y 1868. Aldama era su propio armador y tenía en Macao un agente particular, el poeta colombiano G. Sagüez.

(15) Poderosa sociedad de seguros y crédito bancario, sus socios eran, al decir del capitán general Valmaseda: "los capitalistas hacendados más acaudalados de la Isla". Su presidente era Juan A. Calomé, y entre sus principales accionistas figuraban Ferrán, el Dr. Marcial Dupierris y Carlos Zaldo. Entre 1861 y 1869, La Alianza importó 13,126 culíes, el 23% del total importado entre esos años.

(16) Por un error material, el grabado que acompañaba el relato de Edgar Holden en el *Harper's Monthly*, fue publicado en el número anterior de esta revista (p. 76), ilustrando otros documentos sobre el tráfico de culíes. Nos excusamos de este "inexcusable" error ante nuestros lectores.

y por lo tanto habilitada para toda clase de tráficos. Allí le esperaba una de las más grandes "cargazones" de chinos que jamás hubiesen surcado el Pacífico; cerca de 1,100 infelices culíes que con muchos cientos más se hallaban hacinados en el "Barracón" de los tratantes portugueses, en espera de ser embarcados para la isla de Cuba y la costa del Perú.

El último documento está relacionado con una de las más grandes catástrofes marítimas de aquellos años: el naufragio del *Flora Temple* con 850 culíes a bordo. Algunas circunstancias sospechosas y el hecho que dos días antes del desastre estallara un motín a bordo dio motivo a que la prensa inglesa relatara el suceso, en términos nada favorables para los tratantes cubanos a quienes venía consignado el clíper, y para las autoridades españolas que apadrinaban el tráfico. En nuestro Archivo Nacional están los despachos del Cónsul de España en Macao relativos al *Flora Temple* que son los documentos que publicamos a continuación.

La prosa oficial es tan cínica y desvergonzada que no merece realmente comentarios, pero sí puede resultar interesante añadir algunos pormenores. El *Flora Temple*, de bandera norteamericana, era uno de los más grandes veleros destinados a los viajes del Pacífico; fue construido en Baltimore en 1853, desplazaba 1915 toneladas y llevaba 50 hombres de tripulación. Este era su segundo viaje a La Habana, en el primero, finalizado el 12 de mayo de 1858 había desembarcado 852 culíes después de una travesía de 105 días desde Macao, venían destinados a Torices, Ferrán y Dupie-rris, gerentes de la compañía *La Colonizadora* a quienes también estaba consignada la cargazón de su segundo y fatal viaje.

El *Flora Temple* zarpó de Macao el 8 de octubre de 1859 y a los dos días se produjo un motín a bordo, los chinos mataron a un marinero pero fueron dominados por la tripulación después de varias horas de lucha. Poco después estalló una fuerte borrasca que duró varios días y el capitán tuvo que poner el buque a la capa; caía el crepúsculo del segundo día cuando el vigía de la capa mayor gritó de pronto: ¡rompientes a proa! Demasiado tarde para virar, el inmenso na-

vío cayó pesadamente sobre los arrecifes de coral, apenas cubiertos por las olas. El capitán ordenó largar las anclas de babor y cargar las pocas velas desplegadas, pero todo fue inútil, el casco tenía un enorme desgarrón a proa que las furiosas olas agrandaban por momentos.

¿Cómo explicar este accidente con tripulaciones tan experimentadas como las de los clíperes? Se impone la idea de que había estallado un segundo motín y que el capitán atento sólo a sofocarlo, descuidó la navegación. Sea cual fuere la causa, desde que el buque embarrancó, la tripulación sólo pensó en abandonarlo y al amanecer siguió arrió las únicas tres chalupas que el clíper tenía y que bastaban sólo para la tripulación. Una de ellas fue arrebatada por las olas en el momento de arriarla, en las otras dos se acomodaron el capitán y toda la tripulación, dejando encerrados en el entrepuente a los 850 chinos, que aullaban enloquecidos de terror mientras las gigantescas olas desguazaban el casco inmovilizado.

Una de las balleneras se perdió, la otra conduciendo al capitán y treinta hombres más llegó a la costa de Viet Nam cerca de Turane, después de 13 días de derivar hacia el noreste. Los demás detalles se encontrarán en el despacho del cónsul, que a continuación publicamos. Los periódicos ingleses, como ya indicamos, reportaron ampliamente este gran desastre marítimo, la prensa de La Habana fue desde luego mucho más discreta: *La Gaceta de La Habana* sólo le consagró dos líneas, el 21 de enero de 1860: "La Fragata *Flora Temple* que con 800 culíes navegaba para La Habana, naufragó en los mares de China". No alcanzó para más el espacio, después de tres columnas de prosa espesa dedicadas a glorificar una insignificante escaramuza en la guerra de agresión que entonces llevaba el gobierno de Madrid contra el pueblo de Marruecos; y otras tantas consagradas al nacimiento de la malograda princesa de Asturias. No se puede negar que la prensa habanera no tuviese entonces un peculiar sentido de la actualidad y del valor humano de los acontecimientos...

Muchos otros navíos se perdieron durante la travesía del Río de las Perlas a La Habana y en muchos más hubo trágic-

cos motines: en el solo año de 1866 Luis Lacroix ha podido contar veinte rebeliones a bordo de los *coolie-clippers*, pero ninguna fue tal vez más trágica que la del *Hong-Kong*. Este clíper batiendo pabellón español, pero con tripulación francesa pertenecía a la casa habanera de N. Troncoso y Cía. En su primer viaje, a pocas millas de la rada de Macao estalló un motín y los chinos se hicieron dueños de a bordo pero, incapaces de dirigirse, el buque encalló sobre un bajo de arena y cuando se hallaba inmovilizado fue abordado por piratas chinos, que hicieron horrible carnicería entre sus paisanos. Al día siguiente, cuando una corbeta de guerra inglesa dispersó a cañonazos a los piratas, se pudieron contar sobre el puente cuatrocientos cadáveres de culíes. Remolcado a puerto, el *Hong-Kong* realizó todavía varios viajes a La Habana.



CONFIDENCIAS DEL CAPITAN DE UN COOLIE-CLIPPER

St. Kitts, febrero 8 de 1858.

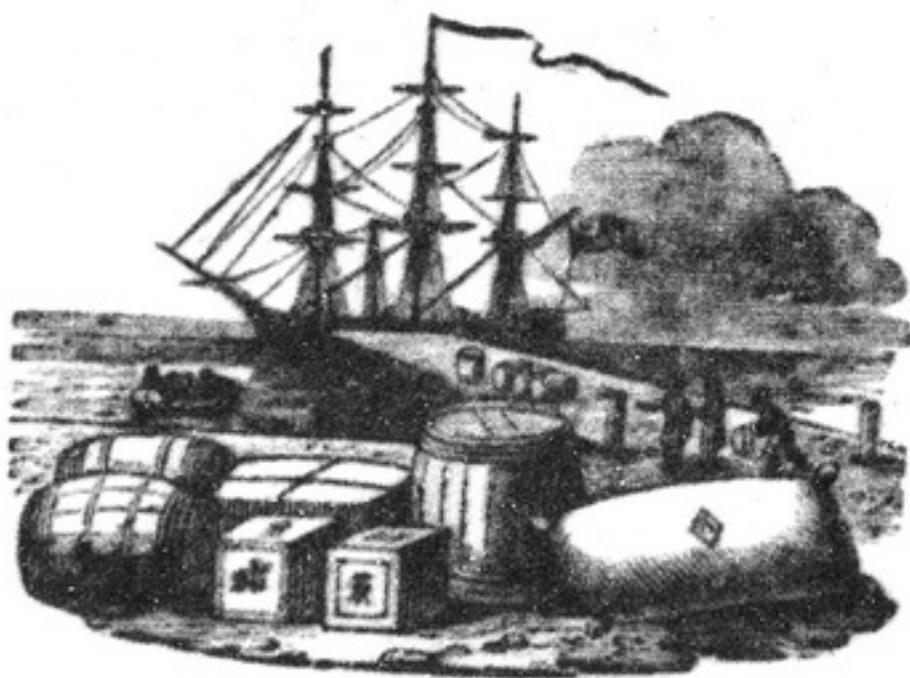
“Cuando estuve en Londres por última vez, usted me pidió que le consiguiera cuantos datos me fuera posible sobre el tráfico de esclavos chinos. No pensé entonces que en medio de un viaje como el que ahora realizo podría comunicarle algo merecedor de su atención, pero inesperadamente he encontrado la posibilidad de ofrecerle el testimonio de alguien comprometido en el tráfico, un tal Capitán Wilson, nativo de esta isla, y que ha estado traficando entre China y Perú durante tres o cuatro años. Llegó aquí hace unos tres meses con chinos a bordo, y después de permanecer unos días, partió. Posteriormente el Capitán Wilson regresó a St. Kitts, y comió la semana pasada a bordo del “Sir John”. Durante la comida me dijo que había dejado la nave a cargo del segundo para que la llevase de regreso. He aquí, lo más aproximadamente posible, el relato en sus propias palabras: “Llegué aquí de China con 200 chinos a bordo. Tenía 255 al partir. El espectáculo de estos cañaverales, unido al estímulo de un médico chino, que vivía aquí entonces, dió lugar a que planearan la fuga derribando al encargado de su custodia y nadando hacia la orilla; pero descubrí sus planes y rápidamente los detuve. Hice bajar las portezuelas, dejando espacio solamente para que subieran uno a uno. Quedamos apostados, y cuando hacían el intento de escaparse, los tumbábamos a golpes. Cuando todos estuvieron tranquilos nos fuimos tan rápidamente como pudimos, y después de vapulear a los cabecillas no tuvimos más problemas. Me fué fácil venderlos en Cuba a 250 dólares cada uno, lo que me dejó una ganancia considerable, pero el dinero no vale el riesgo a que nos exponemos, ya que solamente con las enfermedades, nuestras vidas están en peligro cada día y cada hora. A veces los hombres dan un terrible aullido y saltan

a mar abierto. Me ha sorprendido ver lo tontamente que proceden algunos capitanes americanos en tales ocasiones. Permiten que los centinelas les hagan fuego y los hundan. No veo que ganan con eso, puesto que una vez que los matan y acaban con ellos se convierten en una pérdida completa. Siempre pongo sal en las armas, que les da picazón. Entonces hago bajar los botes y los recojo. Hay pocos barcos en el tráfico que hayan tenido menos pérdidas que el mío. He sabido de algunos que han perdido hasta una tercera parte o más del cargamento. Cuando los compro a veces empleo medio día en escoger cincuenta hombres robustos. Por lo general me dan cuatro o cinco sanos y me intercalan uno con la dentadura mala, una rodilla anquilosada o una mano partida. Al rehusarlo se interrumpe la negociación por un rato y después continuamos. Consigo otros cuatro o cinco hombres saludables más, entonces uno viejo, narcotizado con opio, y cuando se le hace mostrar sus miembros y moverlos, los efectos del opiô le hacen parecer tan ágil como un joven, pero llevo tanto tiempo en el negocio que conozco todas estas artimañas. Las mujeres se cotizan bien en Cuba, pero las leyes de su país no permiten que se las lleven. Se exige a los chinos que sirvan a sus dueños en Cuba ocho años por cuatro pesos al mes. Un negro joven y fuerte vale entre mil y mil quinientos pesos y como yo deseaba hacerme de dinero rápidamente, llegué a St. Kitts con la intención de ir a las costas de Africa en busca de un cargamento de esclavos, pero los ingleses siempre se meten en los asuntos de otras naciones". No pude continuar escuchándole, pero el pensar que el silencio de mi parte era una cobardía, le dije, "Señor, yo he sido esclavo, y le ruego que respete mis sentimientos si no quiere ofenderme". Al llegar aquí la conversación terminó, y el traficante de almas comenzó a hablar de religión y de los deberes cristianos".

PASAJEROS PELIGROSOS

Parece que los culíes chinos a bordo del vapor francés *François* son considerados muy sospechosos por el capitán, la oficialidad y la tripulación. Se les mantiene en el entrepuente y se les hace obedecer las reglas de disciplina a fuerza de terror mediante insinuaciones que no dejan lugar a dudas, dándosele a cada marinero un par de pistolas y dos cañones (cargados con municiones y botes de metralla; protegido con un *chevaux de frise* de espigones) los cuales les apuntan desde el alcázar.

La carga de culíes chinos del vapor *François* no se presta a una descripción agradable. Hay en total más de 900 y ya han tenido lugar dos tentativas de motín. Cada miembro de la tripulación lleva constantemente un par de pistolas cargadas. Hay tres o cuatro cañones en la popa cargados con municiones, y tanto las barandillas como los aproches están protegidos con espigones para evitar que los chinos puedan llegar hasta los cañones, en el caso de un incidente serio.



EL MOTIN DE LA ENCARNACION

“Una sangrienta tragedia á ocurrido á bordo del buque español *Encarnación*, que salió de Macao con 325 emigrantes chinos para el Perú...” “El buque salió el 2 de agosto. Los emigrantes no dieron motivo alguno de sospecha al capitán. Todo marchó bien hasta la mañana del 6, cuando unos cincuenta chinos que estaban solos sobre cubierta cuando se estaba baldeando se lanzaron repentinamente á la cámara, cuya puerta estaba abierta, porque tambien la estaban limpiando, y los empleados estaban entregando combustibles, arroz y pescado para el almuerzo. Con esta sorpresa lograron penetrar en la cámara, matando al intérprete, que media hora antes los habia visitado y habia sido recibido por ellos de una manera amistosa. Entretanto otros chinos se fueron á proa y tiraron al agua al guardia del castillo. El capitán, que estaba á popa cuando comenzó el ataque, trató de penetrar en la cámara; pero, vencido por los repetidos golpes que sobre él llovian, con dificultad pudo mantenerse en pié cubierto de sangre; pero logrando meterse por la escotilla llegó á su camarote, donde se armó con un revolver, y auxiliado por tres hombres de la tripulacion que por casualidad se hallaban en la sala de armas hizo fuego á los amotinados, que al principio recibieron la descarga con gran serenidad y valor. Sin embargo por fin logró echarlos de la cámara. Los cúlis continuaron el ataque con machetes, haces de leña y tablas arrancadas de los camarotes sin hacer caso de la orden de retirarse á su departamento del buque: al contrario, volvieron á la carga instigados por uno de los suyos que colocado en un bote los animaba tremolando una bandera. La lucha duró una hora, y muchos de los cúlis se tiraron al agua por no rendirse”... “El capitán recibió siete heridas, pero ninguna grave. Hay además cinco heridos entre la tripulación. De los cúlis treinta murieron, y se tiraron al agua unos cuarenta más, de los cuales solo dos pudieron ser recojidos”.

EL MOTIN DE NORWAY

CONSULADO GENERAL
DE
ESPAÑA EN CHINA

(26 de noviembre
de 1859)

.....

tengo el honor de participar a V. E. que hoy salió de este puerto con destino a La Habana la fragata americana *Norway*, capitán Major, de porte de 2,424 tone-

ladas, con sesenta hombres de tripulación incluso un médico europeo y dos intérpretes naturales de esta ciudad, conduciendo a su bordo mil treinta y ocho colonos chinos contratados por la casa de Vargas y Cía agentes de los Srs. Torices, Ferrán, Dupierris, de aquella plaza. He visitado el buque en compañía del capitán del puerto y he quedado bien convencido de que sus cualidades y condiciones no pueden mejorarse para expediciones de esta clase, quedándole aún gran espacio para conducir cómodamente un número mucho mayor de pasajeros; lleva víveres y aguada de buena calidad y más que suficientes para el tiempo que probablemente empleará en su viaje, ... a su salida de este puerto todos los colonos iban en el mejor estado de salud, contentos y satisfechos, ...

Dios guarde a V. E. muchos años, Macao, 26 de Noviembre de 1859.

(firmado) Nicasio Cañete Morales.

¿Contentos y satisfechos? Veamos la descripción de esta "feliz" travesía según el relato publicado en el *Harper's Monthly*, junio de 1864, por Edgard Holden, pasajero del *Norway*.

Apenas tres días después de zarpar de Macao, violentas disputas estallaron entre los chinos y la tripulación; los oficiales del buque tuvieron que bajar al sollado para restablecer el orden, y cuatro chinos que se pensó fuesen los promotores de la algarada, fueron sacados y encadenados so-

bre el puente, mientras que otro, que había sido gravemente herido durante la asonada, era llevado a la enfermería de a bordo. Interrogado el herido, confesó que los chinos planeaban incendiar la cala para apoderarse del buque en la confusión provocada por el incendio.

Veinticuatro horas pasaron, sin embargo, en la más absoluta calma, cuando, al comenzar la quinta noche de travesía —una espléndida noche tropical, de magnífica luna y bella brisa, que permitía al majestuoso navío bogar a todo trapo, haciendo sus diez nudos— una enorme llamarada se alzó por la escotilla de proa, al tiempo que un clamor salvaje proferido por mil chinos desesperados, rasgaba el silencio nocturno.

Mientras el segundo de a bordo batallaba con algunos marineros para bloquear los portalones de las escotillas e impedir así a los chinos subir a cubierta, el Capitán ordenaba la maniobra usual en esos casos. Puso la nave al paio, y armó las bombas de incendio que fueron puestas en batería sobre la escotilla de proa, arrojando por ellas toneladas de agua. Los marineros, en tanto, tapaban con toldos mojados todas las aberturas del sollado, tratando así de ahogar el incendio por todos los medios.

Los culíes que no habían logrado forzar las rejas que defendían el paso a las escotillas, medio sofocados por el humo, se lanzaron al asalto del panel de madera que separaba sus dormitorios de la despensa y de la cámara de popa. No todos, sólo algunos rezagados, después de titánicos esfuerzos, lograron arrancar uno de los barrotes de la reja que impedía el acceso a la escotilla número tres, y antes de que el segundo pudiese bloquear el portalón, más de cien chinos podían regarse por el puente. Después de un furioso zafarrancho, los intrusos fueron acorralados por los marineros encargados de combatir el fuego, mas no antes de que hubiesen liberado a sus compañeros encadenados; los que, al tratar de franquear la barricada que dividía el puente, fueron muertos a tiros por los centinelas.

Empezó entonces una horrible matanza de chinos en la cual tomaron parte, junto con la tripulación, varias mujeres norteamericanas que habían embarcado como pasajeras en

Hong-Kong para La Habana. Estas "intrépidas viajeras" participaron en la "defensa" alcanzando armas y municiones a la tripulación. Hacía un calor sofocante y la marinería se hallaba sin agua que tomar, pues los chinos impedían el acceso a los tanques. El Capitán decidió echar a andar el condensador para suministrar un poco de agua potable a sus combatientes ya exhaustos por la sed. Para propagar más rápidamente aún el incendio, los chinos regaron sobre cubierta unos garrafones de aceite que hallaron en el cofre del carpintero, de cuyo taller se habían apoderado. Mas el humo acre y espeso producido por el aceite ardiendo en contacto con el agua salada arrojada por las bombas de incendio, los obligó a alejarse de las escotillas. Por otra parte, la succión provocada por el aire caliente detenía el incendio y sofocaba a los chinos que estaban abajo.

Y hasta la aurora se mostraba el espectáculo infernal del inmenso navío envuelto en llamas y densas nubes de humo, a la deriva sobre un mar en calma, mientras en su cubierta se libraba un feroz combate entre adversarios separados por rejas de hierro.

Al alba el Capitán comunicó a los rebeldes que estaba dispuesto a perdonarles el motín, a condición de que le entregasen los jefes. La respuesta que recibió fue a la altura del valor salvaje desplegado por los chinos: Venía escrita con sangre sobre un paño: ni castigos, ni pesquisas contra nadie. Los culíes pedían, además, que trescientos de los suyos fuesen autorizados a subir juntos de una vez al puente, y que el buque, bajo su vigilancia, se dirigiese a un puerto de Siam en lugar de La Habana. No se haría ninguna señal a otros navíos que pudiesen ser avistados y, una vez llegados a Siam, todos los que quisiesen abandonar el buque podrían hacerlo libremente. Si estas condiciones no eran aceptadas, concluían los rebeldes, el navío sería incendiado completamente.

Frente a este ultimátum, el Capitán puso el buque a la capa y se dispuso a arriar los botes acopiando provisiones y agua en ellos. Ya dispuesto a abandonar la nave mandó este lacónico mensaje a los amotinados: "váyanse al diablo y achichárrense". Confiados en el control de los tanques de

agua dulce, los chinos, que ignoraban que el buque tenía un alambique, pensaban reducir la tripulación por la sed; así solicitaron una nueva tregua antes que el Capitán y la tripulación se embarcasen en los botes. El armisticio fue aprovechado por la tripulación para controlar el incendio y poner fuera de combate a los chinos que se habían infiltrado en la toldilla en los primeros momentos de la refriega. Dando una prueba de valor y sangre fría, varios marinos bajaron al sollado en medio de los chinos amotinados para retirar a los muertos y los heridos, sin que nadie, bajo el puente, tratase de romper la tregua.

Llegada la noche los chinos, que no habían obtenido más respuesta del Capitán, se lanzaron de nuevo al ataque. En un intento desesperado y vano se arrojaron contra las rejas de las escotillas, tratando de arrancarlas. Luego, con antorchas fabricadas por ellos trataron de quemar el buque por los costados. Siguió otra noche de pesadilla igual a la anterior, pero la disciplina de la tripulación y la sangre fría del Capitán lograron contener de nuevo el incendio y mantener a los combativos chinos en el sollado.

Al apuntar el nuevo día los culíes, completamente agotados por dos días y dos noches de lucha sin dormir ni comer, se acostaron sobre el piso y se rindieron sin condiciones. El motín dejaba un saldo de setenta muertos.

Algo chamuscado pero aún en condiciones de navegar satisfactoriamente, el clíper siguió su viaje rumbo al Cabo de Buena Esperanza y, luego de una breve escala en la isla de Santa Elena, fondeaba en el puerto de La Habana el 10 de marzo de 1860, después de 104 días de navegación. A pesar del motín, había sido una travesía bastante rápida, y durante ella todavía murieron sesenta chinos más, víctimas de una epidemia de disentería.

Las huellas del motín eran demasiado evidentes en el casco de la nave, y los relatos que las pasajeras americanas harían de su aventura al desembarcar en nuestro puerto, obligaron, por esta vez, a las autoridades españolas, a realizar una investigación. Mas como era de esperarse, todo resultó pura comedia. El Capitán Major declaró a las autoridades de inmigración tener a bordo 935 culíes y haber per-

dido en la travesía 130, lo cual ponía de manifiesto el descarado fraude cometido por el Cónsul de España en Macao, quien al despachar el buque declaró 27 culíes de menos, con el evidente propósito de ocultar la mortalidad que pudiese haber en travesía. Pero este pequeño detalle no fue mencionado en las diligencias oficiales.

La Sección 4a. (Fomento) de la Secretaría Política del Capitán General, quien a la sazón era Francisco Serrano, el futuro Duque de La Torre, ordenó al Comisario de Policía del 5o. Distrito (Cerro), que procediese a interrogar a los chinos desembarcados.

La diligencia se cumplimentó el día 15 de marzo. De los 935 culíes encerrados en el Barracón fueron escogidos 15 que, interrogados por un intérprete declararon unánimemente que "ni con ellos ni con los demás se había ejercido ningún acto de violencia para traerlos a esta isla, ni se había usado de ningún medio reprobado en la formulación de las contratas, las que han sido arregladas a los convenios que han hecho y que ellos están contentos y conformes con sus cláusulas, sin tener que hacer ninguna reclamación sobre el particular".

Y con esta reconfortante declaración se dio por terminado el asunto. Los culíes fueron vendidos por el Dr. Marcial Dupierris y sus socios a razón de 400 a 425 pesos por cabeza. Había sido un buen negocio, felizmente concluido.



EL NAUFRAGIO DEL "FLORA TEMPLE"

CONSULADO GENERAL
DE
ESPAÑA EN CHINA

20 de Enero de 1860

Al expediente de su referencia, mas según noticias ha naufragado toda la expedición.

(fdo.) Mantilla.

americana "Flora Temple", capitán Johnson, de porte de 1,722 toneladas, conduciendo a su bordo ochocientos cincuenta colonos chinos, un cirujano europeo y un interprete macaense contratados en este puerto por la casa de Vargas y C^a, agente de los Srs. Torices, Ferrán y Dupierris de aquella plaza. En el embarco de estos hombres no se ha omitido ninguna de las formalidades ni requisitos de los que exige el Capítulo 1º del Real Decreto de 22 de Marzo de 1854, observandose al propio tiempo todas las disposiciones consignadas en el Reglamento de esta Colonia de 5 de Junio de 1856.

Y tengo la honra de trasladarlo a V. E. para su debido conocimiento. Dios guarde a V. E. muchos años.

Macao 6 de Octubre de 1859.

Excmo. Sor.

(fdo.) Nicolas Cañete Morales.

Excmo. Sor. Gobernador y Capitan General de la Isla de Cuba, &c, &c.,

En el siguiente despacho el Cónsul da cuenta del naufragio del "Flora Temple".

(Macao, 25 de Noviembre de 1859).

Exmo. Sor., Muy Sor. Mio:

En cumplimiento de mi deber tengo la honra de hacer presente a V. E. que la fragata Americana "Flora Temple"... naufrago el dia 14, a las 7 1/2 de la tarde cerca de las costas de Cochinchina, estrellandose contra una piedra a los 10°-19' Latitud Norte y 113°-34' Longitud Este, según el calculo hecho a bordo del vapor de guerra frances "Gironde"... De esta horrible desgracia apenas se han salvado algunos individuos de la tripulacion, aunque todos ellos se embarcaron en los botes, abandonando el buque y a los 850 chinos, sólo el bote donde iba el capitan, su hermana, el medico del buque y otros veintiocho compañeros, componiendo el numero de treinta y un hombres en todo, pudieron llegar a Turana, el dia 28 de Octubre, rendidos y exhaustos de quince dias de hambre, fatiga y tribulaciones. De los otros dos botes donde iban diez y nueve hombres restantes de la tripulacion ninguna noticia se ha recibido, juzgandose que se habian perdido pues los mismos que se han salvado estan convencidos que ha sido casi milagrosamente.—Luego que llegaron los naufragos a Turana fueron acogidos por el Almirante frances Mr. Page y por todos los oficiales con la mayor benevolencia y cordialidad, dispensandoles todos los auxilios que su triste situacion exigia, e inmediatamente rogaron al Almirante que mandase un vapor al sitio del naufrago, a cuya demanda accedió desde luego, haciendo salir el vapor "Gironde", que desgraciadamente ya no encontro quien salvar, pues apenas quedaban pequeños vestigios del buque. De consiguiente es seguro que se han ahogado todos los chinos y muy probable tambien que hayan tenido igual suerte los diez y nueve hombres de la tripulacion que se embarcaron en los dos botes. —Parece que dos o tres dias antes del naufrago hubo un conato de sublevacion a bordo de parte de los chinos que intentaron apoderarse del buque, pero fue contenido por la firmeza y energía del capitan y del resto de la tripulacion. No es facil adivinar lo que daria motivo a esta intentona de parte de unos hombres que tan pacificamente se habian embarcado y que a bordo eran tratados con la mayor dulzura y humanidad, yendo muy bien

alojados y perfectamente mantenidos.—Esta catastrophe dara sin duda motivo a que los periodicos ingleses redoblen sus declamaciones y guerra contra la emigracion para la Isla de Cuba, como si un accidente de estos pudiera evitarse; y como si los mismos ingleses no confiesen que los coolies destinados a la Habana van mejor acomodados y tratados que los soldados ingleses que se transportan por mar de un punto a otro. — El capitan Johnson y algunos de sus compañeros de infortunio llegaron a Manila a bordo de la “Gironde” y desde dicho punto cada uno se fue a su destino. Saliendo el capitan para America y viniendo el medico a Hong-Kong. Es cuanto puede poner en el superior conocimiento de V. E., acerca de este desgraciado negocio...

Placidiana

En el ciento veinte aniversario del fusilamiento de Plácido

Mucho se ha discutido y se discutirá aún sobre la personalidad de este infortunado poeta, y sobre su actividad conspirativa; pero lo trascendente no es lo que él fuese, o lo que pudo ser y no fue, lo esencial para nosotros debe ser lo que sus contemporáneos pensaron que había sido. Los mitos tienen un extraño poder en el tejer y destejer de la historia, y nosotros, materialistas, sabemos que forman parte de la superestructura cultural y que responden a vivencias que tienen a veces tanta realidad como los hechos mismos.

La conspiración de La Escalera quizás no existió como tal, pero el deseo de libertad entre los hombres de color era unánime y angustioso. En el momento histórico en que a Plácido le tocó vivir, los negros no podían luchar por su liberación sin enfrentarse a los blancos. Nuestra patria se hallaba entonces dividida en castas y por lo tanto era imposible la lucha de clases en su aspecto moderno. Entre los blancos, los abolicionistas eran pocos y menguados, y muchos de aquéllos a quienes se nos enseñó a considerar como tales, eran racistas y deseaban la abolición de la trata pero no la de la esclavitud, querían "blanquear" a Cuba, por odio y desprecio hacia el hombre de color, pero muy pocos eran los que soñaban con elevar al negro a la categoría de hombre.

Por los años cuarenta se desató en el Norte una verdadera ofensiva ideológica tendiente a demostrar que el negro era un ser racialmente inferior, y que era sencillamente absurdo el querer igualarlo al blanco. La abundantísima literatura racista que entonces circuló en Cuba servía a maravilla a los intereses de los negreros a la par que cohibía a los cubanos progresistas, a quienes en el fondo repugnaban tales

teorías. Plácido, víctima inocente o culpable del ansia de liberación de los cubanos de color, fue escogido inmediatamente por los abolicionistas sinceros y militantes como bandera; y no sólo como mártir en la lucha por la igualdad humana, sino también, y más importante aún, como ejemplo de la igualdad de capacidades entre hombres de piel diferente.

Bueno es recordar, sin embargo, que Gabriel de la Concepción Valdés no era negro sino mulato, hijo, como se sabe, de una española y de un pardo. Desconocemos cuál fue en realidad el verdadero color de su piel; según las facciones que reproducen los retratos que de él se conservan, no tenía más de africano que Alejandro Dumas o Pushkin, pero sus contemporáneos lo consideraron no-blanco y lo discriminaron como tal, y después de muerto, los abolicionistas lo "oscurecieron" aún más, consciente o inconscientemente, utilizando su asesinato legal como poderosa arma para luchar por la igualdad interracial.

Apenas un año después de su fusilamiento, el doctor Robert Richard Madden, un distinguido escritor inglés que había sido durante más de dos años representante de su país en la Comisión Mixta de La Habana, escribía a Domingo Del Monte (Lisboa, 22 de julio de 1845) "Escribí algunas líneas sobre su muerte, poco después de su ejecución... y también el epitafio para un monumento a su memoria que propuse a la Sociedad Abolicionista inglesa para que fuese levantado en Jamaica".¹ Algo más se habló de este generoso proyecto, que no llegó nunca a ejecutarse, pero tres años más tarde Wilson Armistead publicaba en Manchester un bello libro: *A Tribute for the negro being a vindication of the moral, intellectual and religious capabilities of the colored portion of the mankind*,² en el cual se consagran varias páginas a Plácido y se inserta el texto de la Plegaria junto con su traducción.

El mártir de Matanzas, como el Campeador, batallaba aún después de muerto. Plácido fue desde entonces un símbolo

(1) *Centón epistolario de Domingo Del Monte*. t. VI, p. 217.

(2) Manchester, William Irwin, 39, Oldham Street, 1848.
564 p. 21 cm. ilus.

para unos y un baldón para otros. Inocente o culpable, lo fusilaron por ser poeta y negro. Porque, para la tranquilidad de los esclavistas, el peor crimen de un negro era ser "un negro despierto".

La Colección Cubana ha pensado que la mejor manera de conmemorar el ciento veinte aniversario de su inmolación era realizar un trabajo erudito sobre su producción literaria: la compañera Aleida Plasencia lo ha llevado a cabo de una manera exhaustiva, y no dudamos que rinda inapreciables servicios a cuantos interese la figura de Plácido. El grupo literario que dirige Cintio Vitier estableció, además, la bibliografía pasiva y facilitó la cronología trazada por Itzhak Bar-Lewaw, que publicamos a continuación. Estos trabajos se complementan, y junto con la reedición del ensayo de José Luciano Franco que acaba de publicar la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, mantendrán alerta el interés de los investigadores por una de las figuras más discutidas de nuestra historia.

El 9 de mayo de 1844, en medio del pánico desatado entre los hacendados por la supuesta conspiración de La Escalera, Miguel Aldama escribía a su cuñado: "es imposible poder permanecer aquí sin envilecernos y desmoralizarnos más aún que los mismos esclavos".³ Este era el impasse al cual conducía a la clase dominante, la contradicción antagónica de la sociedad colonial. Superados estos tiempos atroces, hoy en nuestra patria liberada de la discriminación racial y de la explotación del hombre por el hombre, recordamos con emoción al poeta fusilado por mulato y por poeta.

J. P. R.

(³) Centón epistolario de Domingo del Monte. t. VI, p. 29.

POESIAS

DE

PLÁCIDO.



MATANZAS.

IMPRESA DE GOBIERNO Y MARINA.

1838.

Bibliografía activa de Gabriel de la Concepción Valdés, Plácido

Aleida Plasencia

- (1) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Poesías de Plácido*. Matanzas, Impr. de Gobierno y Marina, 1838. 244 /2/ p. grab. viñetas. 16 cm.

Primera edición de las poesías de Plácido, a cargo de J. J. Romero, a quien Plácido menciona en su testamento, junto con Sotomayor, como comprador de sus poemas. Calcagno afirma que en Palma de Mallorca se imprimieron con gran anterioridad los poemas de Plácido, por Feliú Perelló, quien después de conocer al autor en La Habana, se llevó, de vuelta a su tierra, los primeros poemas de Valdés (Calcagno, *Poetas de color*, p. 19); pero esto no parece probable, pues Plácido no lo menciona y además la edición de Feliú Perelló no se publicó hasta 1847. (Véase ficha N° 9).

Se anunció este ejemplar en *La Aurora*, de 17 de diciembre de 1838, por J. J. Romero, quien insta a los matanceros a suscribirse en su imprenta para este tomo de 250 páginas, que costará 12 reales. No parece, por el anuncio, que esta edición circulara en el mismo año de 1838, pues Romero notifica que se halla en prensa el primer pliego de esta obra, desde el 7 de noviembre al 31 de diciembre, e incluye un *Poema a la muerte de la Señorita D. Juana Ruiz de la Plaza, acaecida el 5 de enero de 1839*, de las p. /182/-185. Eligio de la Puente describe un ejemplar con la fecha 1839 en la cubierta, pero ninguno de los que hemos visto la conserva.

Carece de índice. No tiene prólogo.

Tiene fe de erratas.

Incluye tres grabados alegóricos en acero, ilustrando tres de las composiciones que representan, respectivamente a: Cupido cabalgando en un carnero con las patas delanteras en alto, entre las p. /68/ y 69; un Cupido ofreciendo flores a una joven, entre las p. 142 y 143; y Cupido semiarrodillado sosteniendo una esfera en su mano derecha en alto, entre las p. 160 y /161/.

No todos los ejemplares llevan los grabados. En la Biblioteca Nacional hay tres ejemplares de esta 1a. ed. y solamente uno está ilustrado.

CONTIENE: 91 piezas: 1.—Cumpleaños de S. M. la Reina Gobernadora de España, Doña María Cristina de Borbón: "El Angel de la Gloria", octavas. 2.—A S. M. la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbón, en su día: La sombra de Padilla. 3.—A la proclamación de S. M. la Reina de España Doña Isabel II, oda /e/ himno. 4.—Diadema regia. A la jura de la princesa heredera, octavas. 5.—A S. M. Doña Isabel II, en su día, soneto. 6.—A los días de S. M. la Reina Gobernadora, soneto. 7.—A los días de S. M. la Reina Doña Isabel II, oda. 8.—A los días de S. M. la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbón, soneto. 9.—A los días de S. M. la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbón; "La Ambarina". 10.—Al señor D. Manuel Francisco de Jáuregui, en su día; La Guirnalda. 11.—A la Resurrección, oda. 12.—Duelo de la Amistad a la muerte del capitán de caballería D. S. O.: "El Ciprés". 13.—A mi amigo Doris, soneto. 14.—A mi amada, en su día, soneto. 15.—A mi amigo en la muerte de Fela, soneto. 16.—En los días de Fela, después de su muerte, soneto. 17.—La Atala, canción. 18.—Décimas. 19.—A la resurrección, soneto. 20.—El llanto de despedida. 21.—A la ingratitud de Zelmira, canción. 22.—Al aniversario de la muerte de Napoleón, soneto. 23.—A Don Eduardo Torres en el aria de Asur, soneto. 24.—Al señor Don Francisco Chacón, por la protección que dispensó a un amigo durante su prisión, epístola. 25.—A mi amigo Nicolás Ayala, en la muerte de Fela, soneto. 26.—Las faltas, soneto. 27.—A Don Eduardo Torres, en justa celebridad de su mérito artístico: La concha marina. 28.—A las señoras Pantanelli y Rossi, soneto. 29.—Quintillas. 30.—El eco de la gruta.

31.—Al perjurio de Celia. 32.—A mi amigo J. de la E. E. en la muerte de Fela, anacreóntica. 33.—A la muerte de mi amigo G. de C., décimas. 34.—Epigramas. 35.—Letrilla: La luna de enero. 36.—A la ausencia, octavas. 37.—A D. Antonio Hermosilla, soneto. 38.—A P. G. en la muerte de Fela, quintillas. 39.—A los ojos de mi amada, octavas. 40.—Las venturas del trabajo. Dedicada al Dr. D. Manuel González del Valle, octavas. 41.—Al cumple-años de S. M. la Reina Gobernadora, cantata. 42.—La sombra de "Mina" delante de Bilbao, soneto. 43.—Compañía peligrosa, romance. 44.—A los natales de Delio, romance. 45.—Letrilla. 46.—Al nacimiento de N. Chacón, soneto. 47.—A mi amigo en la muerte de su niña, soneto. 48.—El amor pescando. 49.—Al señor D. Antonio Buitrago y Blake, en su nombramiento de "Mariscal de Campo": La sombra del Cid. 50.—Lo que yo quiero, soneto. 51.—A mi amigo A. A. R. en la muerte de Fela, epístola. 52.—El evangelio, romance. 53.—A los días de S. M. la Reina Doña Isabel Segunda: La sombra de Pelayo, oda. 54.—El sueño: A Desval, en su día. 55.—Octavas: A un amigo que pide consejos para ganar la voluntad de una dama. 56.—Al señor Don Francisco Chacón, en su día, oda. 57.—A la Escma. Sra. Da. María Francisca del Castillo condesa de O-Reylli, en su día, oda. 58.—El pescador de San Juan: Romance primero; romance segundo; romance tercero; romance cuarto: La fragata y la barquilla; romance quinto: las dos olas. 59.—Al señor Marqués de casa Calvo, en el restablecimiento de su salud, epístola. 60.—El amor con el mundo, décima. 61.—A la muerte del Redentor, dedicada al Sr. Cura Párroco Dr. Don Manuel Francisco García. 62.—A T . . . en su día, soneto. 63.—A los días de S. M. la Reina Doña Isabel II, soneto. 64.—Soneto. 65.—Décimas. 66.—A mi amigo Doris de la prisión, epístola. 67.—A la muerte de Jesucristo, soneto. 68.—A Dorila del Almendar, en su día. 69.—El cernícalo y la abeja, fábula. 70.—El año nuevo. 71.—A la sentida y prematura muerte de la señorita Doña Juana Ruiz de la Plaza, acaecida el 5 de enero de 1839. 72.—Décima. 73.—Consejos a Fabio, soneto. 74.—Décima. 75.—Un remedio. 76.—Muerte de Gesler, soneto. 77.—Cora, romance. 78.—El cólera en la Habana. 79.—Sobre la sepul-

tura de Rocinante, soneto. 80.—Los amores mosquitos. 81.—Gicotencal. 82.—Imitación de una poesía castellana de incierto autor. 83.—Al cumple-años de S. M. La Reina Gobernadora de España, Doña María Cristina de Borbón. 84.—Al señor Don Fernando de Rojas, residente en la villa de S. Juan de los Remedios, epístola descriptiva. 85.—Las flores del sepulcro. A la sentida prematura muerte de mi mas cara amiga María de las Mercedes Socarraz. (Acaecida el 10. de agosto de 1838). 86.—A la señorita Doña Virgina Pardi, por su inimitable ejecución de los caprichos en el arpa. 87.—A mi cumple-años, soneto. 88.—A Doña Inocencia Martínez, dama joven, por su inimitable desempeño del papel de María, en la comedia "La Niña abandonada": El suspiro. 89.—A la señora Teresina Rossi, por su inimitable desempeño en la ópera "Nina loca por amor". 90.—A mi amigo Don Buenaventura Romero, en la muerte de su hijo. 91.—Muerte de César, soneto.

(2) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *El veguero*; poesías cubanas. Dedicadas por Plácido a sus amigos de Villaclara. Matanzas, Impr. del Comercio, 1841. 48 p. En octavo.

Cuaderno dedicado a la Trigueña de Villaclara, contiene décimas, romances, etc., de carácter popular.

CONTIENE: 1.—El eco (dedicatoria). 2.—El veguero. Glosas. 3.—Triste estoy . . . 4.—Un hortelano. 5.—Aprended, flores de mí. 6.—En la margen de una fuente. 7.—Celia. 8.—Tocando la lira Orfeo. 9.—Un hortelano de amor. 10.—Inés y Rosa.

Las glosas no han sido reproducidas en otras ediciones en español, pero sí en francés en la edición de Fontaine. (Véase ficha No. 19), las numeradas 3, 5, 6 y 9 en el *Contiene*.

El Eco, el Veguero, y el romance *Inés y Rosa* sí aparecen en colecciones posteriores.

Los datos sobre esta edición los hemos tomado de Trelles (*Biblioteca placidiana, Cuba y América*, julio 3, 1904, p. 18); Manuel García Garófalo Mesa (*Plácido, poeta y mártir*, México, 1938, p. /71/-78) y José María Eligio de la Puente

(Introd. a Poesías selectas de Plácido, Habana, Cultural, 1930, p. xx).

No hemos encontrado ejemplares de ninguna de las ediciones de *El Veguero*, ni en La Habana ni en Matanzas.

(3) EL VEGUERO, por Plácido /seud./ 2a. ed. Matanzas, Impr. del Comercio, 1842. 31 p. En 8o.

Apareció una crítica en *El Noticioso* y en *El Lucero*, de enero 14, 1842.

Eligio de la Puente (*op. cit.*) cree difería de la primera edición.

(4) *El veguero*. 3a. ed. Matanzas, 1854.

Según Trelles (*op. cit.*), es un cuadernillo que apareció en enero.

(5) VALDÉS GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Poesías escojidas /sic/ de Plácido*. Matanzas, Impr. del Gobierno, 1842. 96 p. 14 cm.

Doble portada.

Impreso en papel de colores. Cada pliego tiene un color distinto.

Breve prólogo por los editores, Salinero y Comp., que termina con la estrofa:

Flores son de un ingenio sin cultura
cual las que dan los campos de mi patria
ricas de olor, de tintes y hermosura.

Parece apareció en noviembre (Trelles, *Bibliografía cubana del siglo XIX*, t. II, p. 177).

Es la segunda edición de las poesías de Plácido.

Carece de índice.

Según Trelles (*Bib. placidiana, Cuba y América*, julio 3, 1904, p. 17), en 1846 se hizo una segunda edición, sin cambiar la fecha. Guiteras dice que se imprimió realmente en 1846, con fecha atrasada (Pedro J. Guiteras, *Estudios de literatura cubana, Gabriel de la Concepción Valdés*. En *El Mundo Nuevo*, New York, v. iv, no. 60, 61, p. 22-23 y 42-43).

Contiene 26 composiciones en su mayoría de carácter ligero y en cuanto a calidad, bastante pobres. No hay ni una de las grandes composiciones de Plácido aquí, pero sí algunas nuevas populares, como *La Flor del Café*. Los sonetos

A Polonia, A Grecia y A Venecia, son los únicos publicados anteriormente (en la ed. de Veracruz) si suponemos que esta última es anterior, (véase ficha No. 7).

CONTIENE: 27 piezas: 1.—A Amira. 2.—A un criticastro. 3.—Especulación moderna. 4.—Nueva jeneración /sic/. 5.—La flor de la cera. 6.—La escuela del diablo. 7.—El zorro orador. 8.—El cántaro de Juana. 9.—El jaquetón. 10.—Epigramas (5). 11.—Despedida. 12.—Un usurero, soneto. 13.—Los bobos. 14.—El pastor y el mico. 15.—La inocencia. 16.—El perro. 17.—Al Sr. D. Ignacio Valdés Machuca: dedicatoria /y/ Al Yumurí. 18.—Cada uno arrima la brasa a su sardina. 19.—El canario, a los días de Selmora. 20.—El grumete retórico. 21.—La luna de octubre, en el cumpleaños de Fela. 22.—Anacreóntica. 23.—La rosa inglesa. 24.—A el pan. 25.—Epígrama. 26.—La flor del café. 27.—El cementerio ideal.

(6) VALDÉS GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *El hijo de maldición*, poema del tiempo de las cruzadas, por Plácido /seud./ Matanzas, Impr. de Gobierno por S. M., 1843. 45 p. 19.5 cm.

Poema fantástico que imita los de Zorrilla, fue publicado previamente en *La Aurora*.

Consta de 21 partes: I.—El caballero. II.—El laud. III.—El castellano. IV.—El castillo. V.—La cita. VI.—La procesión. VII.—Los esqueletos. VIII.—El entierro. IX.—El árbol negro. X.—El fantasma. XI.—La petición. XII.—La cena. XIII.—El presajio /sic/. XIV.—El desafío. XV.—La batalla. XVI.—La muerte. XVII.—El entierro. XVIII.—El anjel /sic/. XIX.—La despedida. XX.—Las ruinas. XXI.—El poeta.

(7) *Poesías de Plácido*. Veracruz, Impr. del Censor, 1845. 144 p. En 8o.

Esta edición, al igual que la de New Orleans, 1847 (Véase ficha No. 8), se supone impresa en Matanzas. El pie de imprenta falso, se hizo para evitar que se prohibiera su circulación por el gobierno español, quien ya había fusilado a Plácido, acusado de participar en la Conspiración de La Escalera.

Datos tomados por referencia, citados por Trelles, Calcagno, etc.

No hay ningún ejemplar de la obra en la Biblioteca Nacional.

- (8) VALDÉS GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Poesías de Gabriel de la Concepción Valdés*. Nueva Orleans, Impr. de la Patria, 1847. 128 p. 26.5 cm.

Parece que esta edición fue hecha en Matanzas y en ello están de acuerdo casi todos los bibliógrafos. Posiblemente el editor fuera Salinero, por entonces a cargo de *La Aurora*, quien para evadir la persecución de la censura, que prohibía las obras de Plácido, la imprimió con pie de imprenta falso. Como señala Guiteras, "comprende obras escogidas con muy poco gusto", y algunos poemas no incluidos en las dos primeras colecciones. (En *El Mundo Nuevo*, t. 4, p. 43). Comprende 47 composiciones, 11 sonetos y 19 epigramas, todas inéditas, con excepción de los sonetos *Al aniversario de la muerte de Napoleón* y *Las Faltas*, publicados en la ed. de 1838 (Véase ficha No. 1), el soneto *Un usurero* y los versos *A El Pan*, incluidos en la edición de 1842 (Véase ficha No. 5).

Carece de índice.

Hay un retrato en la cubierta, rodeado por una orla, que dice Gabriel de la Concepción Valdés.

Tiene una nota al lector en que, quizás si para congraciarse con la censura, elogia a Plácido como poeta, pero se lamenta de lo que llama "su crimen", que le ha hecho desmerecer "del cariño y estimación pública de que gozaba".

CONTIENE: 1.—A el Pan. 2.—La fortuna del malo es ilusoria. 3.—Letrilla. 4.—La poma-rosa y el canistel. 5.—Romance morisco. 6.—La estrella del Pan. 7.—El loro maestro. 8.—Fantasmas, duendes y brujas. 9.—Una ocurrencia. 10.—La rosa de Trinidad, dedicada al señor Don José A. Hernández. 11.—Letrilla. 12.—El desengaño. 13.—El rruiseñor y el cerdo. 14.—La satisfacción, romance cubano. 15.—Un cuento. 16.—Letrilla. 17.—La partida del pirata. 18.—Mi prisión. 19.—El león y el cordero. 20.—Letrilla. 21.—El pensamiento de Inés. 22.—El parará. 23.—La veguera inocente. 24.—El invierno. 25.—Nuevo entretenimiento. 26.—El consejero mentido. 27.—Los hombres y las aves. 28.—Romance morisco. 29.—Letrilla. 30.—Mi barquilla. 31.—Letrilla. 32.—Los

dos zapatos. 33.—Letrilla. 34.—El juez advertido. 35.—La estrella del diablo. 36.—Otros tiempos. 37.—Mi casa. 38.—Modas. 39.—Un consejo a las bellas. 40.—La malva y la palma. 41.—El conde y su arriero. 42.—El hombre de la guagua. 43.—Contra tristeza abundancia. 44.—La flor de la caña. 45.—A mi trigueña. 46.—El gallo letrado. 47.—El acreedor advertido.—Sonetos: 48.—Una lágrima de sangre. 49.—A Celine. 50.—A Polonia. 51.—A Grecia. 52.—A una joven. 53.—A Venecia. 54.—Recuerdos. 55.—Al aniversario de la muerte de Napoleón. 56.—A la primera sensación de amor. 57.—Las faltas. 58.—Un usurero. 59.—Epigramas (19).

(9) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Poesías de Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido) /seud./* [Palma, Impr. de Pedro J. Umbert, 1847] /4/ x, /404/ p., retrato, viñetas. 16.5 cm.

Portada grabada. A la vuelta de la anteportada aparecen los versos:

Flores son de un ingenio sin cultura
cual las que dan los campos de mi patria
Ricas de olor, de tintes y hermosura.

que aparecen en la ed. de 1842 (Véase ficha No. 5).

Esta es la edición costeadada por D. Pedro Feliú Perelló Carrió, que Calcagno creyó erróneamente anterior a la edición de Matanzas de 1838. Se supuso también que esta edición fue impresa en Barcelona, y durante años se le llamó edición de Barcelona, sin que hubiera ningún dato cierto que corroborara esta afirmación. Así Trelles, Figarola y Calcagno hablan de una edición de Barcelona, de 1854. Anteriormente se le adjudicó la impresión a J. S. Boloña, quien se sabe preparó una edición de las poesías de Plácido, que no fue aprobada por el poeta, pues Boloña pretendía acompañarla de una foto de Plácido con casaca que no era del gusto de éste. La edición de Mallorca tiene en la portada un retrato de Plácido, de traje, por lo cual es posible se creara la confusión. El ejemplar que posee la Biblioteca Nacional fue enviado desde Mallorca por el Cónsul de Cuba en ese lugar, quien remitió toda la información necesaria para identificar la edición, que tomó de José María Bover, *Biblioteca de Escritores Baleares*, Palma de Mallorca. 1868,

p 689. También visitó a los hijos del impresor Umbert, quienes le corroboraron estos datos y le informaron que el retrato de Plácido fue hecho por un tío suyo. (Coronado da esta información en su artículo Las ediciones de Plácido, en *La Discusión*, marzo 20, 1909.

El prólogo de esta edición tiene tantos errores que demuestra un desconocimiento total de la vida y medio en que se desenvolvió el poeta, por ejemplo: dice que Plácido nació en Matanzas, hijo de madre negra esclava y de un personaje; y que su libertad fue comprada por amigos influyentes, lo cual demuestra lo confundieron con el poeta Francisco Manzano.

Las viñetas están firmadas por M. Martí.

Circuló esta obra en Cuba clandestinamente.

No incluye *La Siempreviva*, pero sí la *Plegaria a Dios*, y las otras poesías escritas en capilla, menos la décima *A la justicia*, lo que prueba que esta edición es posterior a la muerte de Plácido. Reproduce todos los poemas incluidos en las ediciones de 1838 y 1842 y otros no publicados en colecciones anteriores: dos sonetos al Sr. D. M. de A.; tres composiciones a la señora doña C. E.; la décima *Bajen del Olimpo amores*; el poema *La transformación* y el soneto *El juramento*.

CONTIENE: 1.—Cumpleaños de S. M. la Reina Gobernadora de España, Doña María Cristina de Borbón: El Angel de la Gloria. 2.—A S. M. la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbón, en su día: La sombra de Padilla. 3.—A la proclamación de S. M. la Reina de España Doña Isabel II, oda /e/ himno. 4.—Diadema regia: a la jura de la princesa heredera. 5.—A los días de S. M. la Reina Doña Isabel Segunda, oda. 6.—A los días de S. M. la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbón: La Ambarina. 7.—Al cumpleaños de S. M. la Reina Gobernadora. 8.—A los días de S. M. la Reina Doña Isabel Segunda: La sombra de Pelayo, oda. 9.—Al cumpleaños de S. M. la Reina Gobernadora de España Doña María Cristina de Borbón. 10.—A S. M. Doña Isabel II, en su día, soneto. 11.—A los días de S. M. la Reina Gobernadora, soneto. 12.—A los días de S. M. la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbón, so-

neto. 13.—A los días de S. M. la Reina Doña Isabel Segunda, soneto. 14.—Al señor D. Manuel Francisco de Jáuregui, en su día: La Guirnalda. 15.—Duelo de la amistad, en la muerte del capitán de caballería D. G. O.: El ciprés. 16.—A mi amigo Doris, soneto. 17.—A mi amigo en la muerte de Fela, soneto. 18.—En los días de Fela, después de su muerte, soneto. 19.—Al aniversario de la muerte de Napoleón, soneto. 20.—A D. Eduardo Torres, en el aria de Asur, soneto. 21.—La sombra de Mina delante de Bilbao, soneto. 22.—A mi amigo Nicolás Ayala, en la muerte de Fela, soneto. 23.—Al Sr. D. Francisco Chacón, por la protección que dispensó a un amigo durante su prisión, epístola. 24.—La concha marina, a D. Eduardo Torres, en justa celebridad de su mérito artístico. 25.—A las señoras Pantanelli y Rossi, soneto. 26.—A mi amigo J. de la C. C. en la muerte de Fela, anacreónica. 27.—A la muerte de mi amigo G. de C., décimas. 28.—A D. Antonio Hermosilla, soneto. 29.—A P. G. en la muerte de Fela. 30.—Utilidad del trabajo, dedicada al Dr. D. Manuel González del Valle, octavas. 31.—A los natales de Dello, romance. 32.—Al Sr. D. Antonio Buitrago y Blake, en su nombramiento de “Mariscal de Campo”: La sombra del Cid. 33.—A mi amigo A. A. R. en la muerte de Fela, epístola. 34.—A Desval, en su día: El sueño. 35.—Al Sr. D. Francisco Chacón, en su día, oda. 36.—A la Escma. Sra. Dña. Francisca del Castillo, condesa de O-Reylli, en su día, oda. 37.—Al Señor marqués de Casa-Calvo, en el restablecimiento de su salud, epístola. 38.—A mi amigo Dóris, en la prisión, epístola. 39.—Al nacimiento de N. Chacón, soneto. 40.—A un amigo en la muerte de su niña, soneto. 41.—A la sentida y prematura muerte de la señorita doña Juana Ruiz de la Plaza, acaecida el 5 de enero de 1839. 42.—Consejos a Fábio, soneto. 43.—Al Sr. D. Fernando de Rojas, residente en la villa de S. Juan de los Remedios, epístola. 44.—A la señorita doña Virgina Pardi, por su inimitable ejecución de los caprichos del arpa. 45.—A Dña. Inocencia Martínez, dama joven, por su inimitable desempeño del papel de María, en la comedia “La niña abandonada”: El suspiro. 46.—A la Señora Teressina Rossi, por su inimitable desempeño en la ópera “La loca por amor”. 47.—A mi amigo D. Buenaven-

tura Romero, en la muerte de su hijo. 48.—Muerte de César, soneto. 49.—Gicotencal, romance. 50.—Cora, romance. 51.—Muerte de Gesler, soneto. 52.—Al Sr. D. Ignacio Valdés Machuca: Dedicatoria /y/ Al Yumurí. 53.—Al Sr. D. M. de A., soneto (Improvisado). 54.—A los días del Sr. D. M. de A., soneto. 55.—A la Sra. Dña. C. E., en momentos de cantar ésta la hermosísima canción habanera, titulada “La bella imagen”. 56.—A la Sra. Dña. C. E. en su día, soneto. 57.—A la misma, después de haber cantado cierta canción, soneto. 58.—A mi amada en su día, soneto. 59.—Atala, canción. 60.—Llanto de despedida. 61.—A la ingratitud de Zelmira, canción. 62.—El eco de la gruta. 63.—Epístola: Al perjurio de Celia. 64.—Letrilla: La luna de Enero. 65.—La ausencia. 66.—A los ojos de mi amada. 67.—Letrilla. 68.—A Dorila del Almendar, en su día, soneto. 69.—Lo que yo quiero, soneto. 70.—Consejos a un amigo. 71.—Las flores del sepúlcro, a la sentida y prematura muerte de mi más cara amiga María de las Mercedes Socarraz. 72.—A T . . . en su día, soneto. 73.—El canario: A los días de Selmora, soneto. 74.—La luna de Octubre, en el cumpleaños de Fela. 75.—Romance: Despedida. 76.—A Amira. 77.—La flor de la cera. 78.—La flor del café. 79.—Décima /y/ Al mismo objeto. 80.—En un álbum: La transformación. 81.—El pescador de San-Juan, romances. La fragata y la barquilla. Las dos olas. 82.—El cólera en la Habana. 83.—A el Pan. 84.—Leyenda caballeresca: El hijo de maldición. 85.—A mi cumpleaños, soneto. 86.—Las faltas, soneto. 87.—El loco cuerdo, soneto. 88.—Sobre la El amor y el carnero, fábula. 91.—Compañía peligrosa, íasepultura de Rocinante, soneto. 89.—El usurero, soneto. 90.—bula. 92.—El amor pescando, fábula. 93.—El evangelio, fábula. 94.—El año nuevo. 95.—Un remedio, fábula. 96.—Amores mosquitos. 97.—Imitación. (De incierto autor). 98.—Anacreóntica. 99.—El cernícalo y la abeja, fábula. 100.—El cántaro de Juana. 101.—El zorro orador, fábula. 102.—Los bobos, fábula. 103.—El perro, fábula. 104.—El grumete retórico, fábula. 105.—La escuela del diablo, fábula. 106.—El Jaque-tón. 107.—El pastor y el mico, fábula. 108.—A un criticastro. 109.—Especulación moderna. 110.—Nueva jeneración /sic/, fábula. 111.—La inocencia. 112.—Cada uno arrima la brasa

a su sardina. 113.—La rosa inglesa, fábula. 114.—Cementerio ideal: portada. 115.—Epigramas. 116.—Décimas. 117.—A la muerte del Redentor, dedicado al Sr. Cura Párroco Dr. Don Manuel Francisco García. 118.—A la muerte de Jesucristo, soneto. 119.—La Resurrección, oda. 120.—La Resurrección, soneto. 121.—El juramento, soneto. 122.—La fatalidad, soneto. 123.—Adiós a mi lira. 124.—Despedida a mi madre, soneto. 125.—Plegaria a Dios.

(10) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Poesías*. Nueva York, Roe Lockwood and Son /c1854/ 2v. en 12o. xvii, 466 p. 10 cm.

Índice, p. 459-466.

En la anteportada dice: *Poesías de Plácido*.

Según Trelles (*Bibliografía . . . siglo XIX*, t. 2, p. 177) “es la 1a. ed. de Vingut con el disparatado prólogo de la ed. de Palma de Mallorca. Viene a ser una reimpresión de dicha ed., adicionada con varias poesías inéditas”.

Francisco Javier Vingut, nacido en Trinidad, pero radicado en los Estados Unidos, también editó las poesías de Heredia.

El prólogo dice que incluye 18 composiciones inéditas, marcadas en el índice con un asterisco. Sin embargo, no reproduce varias composiciones que están en la colección de Mallorca, y algunas de las señaladas como inéditas no lo son. Eligio de la Puente reduce a doce las composiciones nuevas, dos de ellas sin asterisco.

Es la edición que más circuló en su época; no hemos podido, sin embargo, localizar ningún ejemplar de la misma, a pesar de que la citan todos los bibliógrafos de Plácido.

(11) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Poesías*. New York, Roe Lockwood and Son /c1855/ xxvii, 479 p. 98x58 mm. Tiene índice.

Esta es la segunda ed. de Vingut. En ella aparecen ocho nuevas composiciones, tres omitidas de la edición de Palma: *La sombra de Padilla*, *A los días de S. M. la Reina Doña Isabel II*, y *El amor y el carnero* (Elegio de la Puente, op. cit. p. xxv) y cinco coleccionadas por primera vez: *Al joven Don Francisco Javier Foxá*, *A un amigo en sus natales*, *El*

hombre y el canario, Décima improvisada (o somos libres o no?) y *Al general mejicano, hijo de Cuba, don Andrés de la Flor*. Los datos han sido tomados por referencias, pues no hemos localizado ningún ejemplar de esta edición.

- (12) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Poesías de Plácido* (Gabriel de la Concepción Valdés). Nueva York, Roe Lockwood & Son, París, Chez Boudry /c1857/ 2 t. 15.5 cm. T. 1: xxvi, 333 p. T. 2: 324 p.

“Tercera edición de las Poesías de Plácido, corregida y aumentada en dos tomos”. /Datos de la anteportada/.

En una advertencia previa, fechada en noviembre de 1856, el editor expone los cambios efectuados, que hacen de esta edición la mejor de la tres de Vingut. Reproduce el prólogo, corregido, de lo que Vingut llama edición de Barcelona, que es la que hemos identificado como edición de Mallorca. Sin embargo, el prólogo repite el error que Plácido nació en Matanzas, y que murió el 29 de junio, cuando murió el 28. A la vuelta de la anteportada lleva los mismos versos de la ed. de Mallorca (Véase ficha No. 9).

Es la más completa de estas ediciones, aunque no incluye muchas de las poesías de Plácido. Reproduce la 2a. ed. de Vingut, aumentada con cincuenta composiciones de la ed. de Nueva Orleans y con la *Oda a la condesa de Merlín*.

Tiene índice.

En el índice se señalan con un asterisco, las composiciones no incluidas en la edición de Mallorca.

El t. 1 comprende 129 piezas y el t. 2, 76.

CONTIENE las siguientes composiciones: T. 1: 1.—*A una ingrata, soneto. 2.—*A mi amada, soneto. 3.—En la muerte de Jesucristo, soneto. 4.—El juramento, soneto. 5.—La palma y la malva, fábula. 6.—*Los dos gallos. 7.—Jicotencal, romance. 8.—*La partida del pirata, romance. 9.—La muerte de Gesler, soneto. 10.—*El conde y su arriero. 11.—*Mi amor. 12.—El perro de Amarilis. 13.—*Mi casa. 14.—*El garrafón de Juana. 15.—*Letrilla. 16.—*Un consejo a las bellas. 17.—*El águila y los palomos. 18.—*La flor de la caña. 19.—*Ya me caso. 20.—*A Selmira. 21.—*El egoísta. 22.—A mi amigo Dóris, soneto. 23.—La sombra de Mina, delante de Bilbao, soneto. 24.—A mi amigo A. A. R., en la

muerte de Fela, epístola. 25.—La luna de Enero, letrilla. 26.—A Amira. 27.—El cántaro de Juana. 28.—Compañía peligrosa, fábula. 29.—El año nuevo. 30.—Cumpleaños de S. M. la Reina Gobernadora de España, D. María Cristina de Borbón: El ángel de la gloria. 31.—Romance: Despedida. 32.—La flor de la cera. 33.—Decepción, soneto. 34.—A mi amigo, en la muerte de Fela, soneto. 35.—En los días de Fela, después de su muerte, soneto. 36.—Al aniversario de la muerte de Napoleón, soneto. 37.—A Don Eduardo Torres, en el aria de Asur, soneto. 38.—A Desval, en su día: El sueño. 39.—Letrilla. 40.—Especulación moderna. 41.—Décima. 42.—A un criticastro. 43.—Nueva jeneración /sic/, fábula. 44.—A Nicolás Ayala, en la muerte de Fela, soneto. 45.—En la proclamación de Isabel II, Reina de España, oda, /e/ himno. 46.—Diadema rejia /sic/, a la jura de la princesa heredera. 47.—La Ambarina, a los días de la Reina Gobernadora de España, Doña María Cristina de Borbón. 48.—Al cumpleaños de S. M. la Reina Gobernadora. 49.—A los días de la Reina de España, Doña Isabel II: La sombra de Pelayo, oda. 50.—Al cumpleaños de S. M. la Reina Gobernadora. 51.—A la muerte de mi amigo C. de G., décimas. 52.—A Don Antonio Hermosilla, soneto. 53.—A Doña Isabel II, en su día, soneto. 54.—En los días de la Reina Gobernadora de España, soneto. 55.—A los días de S. M. la Reina Doña Isabel II, soneto. 56.—En los días de la Reina Gobernadora, soneto. 57.—Al Sr. D. Francisco Chacón, por la protección que dispensó a un amigo durante su prisión, epístola. 58.—A las señoras Pantanelli y Rossi, soneto. 59.—La concha marina, al artista Don Eduardo Torres. 60.—Al Sr. D. Manuel F. de Jáuregui, en su día: La Guirnalda. 61.—Duelo de amistad, en la muerte del capitán de caballería D. G. O.. El ciprés. 62.—Al Sr. D. Francisco Chacón, en su día, oda. 63.—A la Excma. Sra. Doña María Francisca del Castillo, condesa de O-Reilly, en su día, oda. 64.—Utilidad del trabajo; dedicada a Don Manuel González del Valle, octavas. 65.—Al Sr. D. Antonio Buitrago y Blake, en su nombramiento de "Mariscal de Campo": La sombra del Cid. 66.—A los natales de Delio, romance. 67.—En la muerte de la Señorita Doña Juana Ruiz de la Plaza. 68.—Consejos a Fabio, soneto. 69.—Muerte de

César, soneto. 70.—Al nacimiento de N. Chacón, soneto. 71.—A un amigo, en la muerte de su niña, soneto. 72.—La rosa inglesa, fábula. 73.—Décima. 74.—Al Sr. marqués de Casa-Calvo en el restablecimiento de su salud, epístola. 75.—Décima. 76.—La ausencia. 77.—A mi amigo Dóris, en la prisión, epístola. 78.—Al Sr. D. Ignacio Valdés Machuca, Dedicatoria /y/ Al Yumurí. 79.—Cora, romance. 80.—En los días del Sr. Don M. de A., soneto. 81.—Al Sr. D. Martín de Arredondo, soneto. 82.—Al Sr. D. Fernando de Rojas, residente en S. Juan de los Remedios, epístola. 83.—A la Señorita Doña Virginia /sic/ Pardi, por su inimitable ejecución de los Caprichos en el arpa. 84.—A Doña Inocencia Martínez, dama joven, por su inimitable desempeño del papel de María, en la comedia "La niña abandonada": El suspiro. 85.—A la Señora Teressina Rossi, en la ópera "Loca por amor". 86.—Consejos a un amigo. 87.—Las flores del sepulcro, a la sentida y prematura muerte de mi más cara amiga María de las Mercedes Socarráz. 88.—A T... en su día, soneto. 89.—El canario, en los días de Selmora, soneto. 90.—A mi amigo Don Buenaventura Romero, en la muerte de su hijo. 91.—A la Señora Doña C. E., en su día, soneto. 92.—A la Señora Doña C. E., con motivo de haber cantado cierta canción, soneto. 93.—A mi amada, en su día, soneto. 94.—A la Señora Doña C. E., en momentos de cantar la hermosa canción habanera La bella imagen /sic/ 95.—Atala, canción. 96.—El eco de la gruta. 97.—A Dorila de Almendar, en su día, soneto. 98.—A los ojos de mi amada. 99.—El perjurio de Celia, epístola. 100.—A la ingratitud de Zelmira, canción. 101.—A mi cumpleaños, soneto. 102.—Las faltas, soneto. 103.—El loco cuerdo, soneto. 104.—Sobre la sepultura de Rocinante, soneto. 105.—El usurero, soneto. 106.—Anacreónica. 107.—Cada uno arrima la brasa a su sardina. 108.—La inocencia. 109.—El zorro orador, fábula. 110.—Los bobos, fábula. 111.—El pastor y el mico, fábula. 112.—El grumete retórico, fábula. 113.—La escuela del diablo, fábula. 114.—La flor del café. 115.—El perro. 116.—El jaquetón. 117.—Un remedio, fábula. 118.—La luna de Octubre, en el cumpleaños de Fela. 119.—Amores mosquitos. 120.—A P. G., en la muerte de Fela. 121.—A mi amigo J. de la C. C. en la muer-

te de Fela, anacreónica. 122.—La flor de la piña, anacreónica. 123.—Llanto de despedida. 124.—En un álbum: La transformación. 125.—El pescador de S. Juan, romances: El cangrejo y la garza. El consejo. La fragata y la barquilla. Las dos olas. 126.—La Resurrección, soneto. 127.—*El hombre y el canario, fábula. 128.—*Décima improvisada. 129.—*Al jeneral /sic/ Mejicano (hijo de Cuba) D. A. de la Flor, en el acto de su partida a Méjico, encargándole que no leyera esta composición hasta llegar a aquella República. (Despedida). —Tomo 2: 1.—*A la Señora Doña María de las Mercedes Santacruz y Montalvo, Condesa de Merlín. 2.—*La fortuna del malo es ilusoria. 3.—*Letrilla. 4.—*La pomarrosa y el canistel. 5.—*Romance morisco. 6.—*El loro maestro. 7.—*Fantasmas, duendes y brujas. 8.—*Una ocurrencia. 9.—*La rosa de Trinidad, dedicada al señor Don José A. Hernández. 10.—*Letrilla. 11.—*El desengaño. 12.—*La satisfacción, romance cubano. 13.—*Un cuento. 14.—Letrilla. 15.—*Mi prisión. 16.—*El león y el cordero. 17.—*Con su pan se lo coma, letrilla. 18.—*El pensamiento de Inés. 19.—*El parará. 20.—*La veguera inocente. 21.—*El invierno. 22.—*Nuevo entretenimiento. 23.—*El consejero mentido. 24.—*Los hombres y las aves. 25.—*Romance morisco. 26.—*Es porque no tiene harina, letrilla. 27.—*Mi barquilla. 28.—*A nadie le falta su qui . . . quiriquí, letrilla. 29.—*Al Señor oidor honorario teniente gobernador de Matanzas, Don Juan Vinageras, soneto. 30.—*Los dos zapatos. 31.—*Quien hace un cesto, hace un ciento, si le dan mimbres y tiempo, letrilla. 32.—*El juez advertido. 33.—*La estrella del diablo. 34.—*Otros tiempos. 35.—*Modas. 36.—*El hombre de la guagua. 37.—*Contra tristeza abundancia. 38.—*A mi trigueña. 39.—*El gallo letrado. 40.—*El acreedor advertido. 41.—*Una lágrima de sangre, soneto. 42.—*A Celina, soneto. 43.—*A Polonia, soneto. 44.—*A Grecia, soneto. 45.—*A una joven, soneto. 46.—*A Venecia, soneto. 47.—*Recuerdos, soneto. 48.—*A la primera sensación de amor, soneto. 49.—*La envidia, soneto. 50.—*A Nuestra Señora del Rosario, soneto. 51.—*Epigramas (11). 52.—*La despedida. 53.—*Una súplica, soneto. 54.—Epigramas (20). 55.—El cernícalo y la abeja, fábula. 56.—Ce-

menterio ideal. 57.—Imitación. 58.—En la muerte del Redentor. 59.—La Resurrección, oda. 60.—El evangelio /sic/, fábula. 61.—Leyenda caballeresca: El hijo de maldición. 62.—El ruiseñor y el cerdo, fábula. 63.—La estrella del Pan. 64.—A el Pan. 65.—*La siempreviva, en loor de D. Francisco Martínez de la Rosa, octavas. 66.—*Al joven D. Francisco Javier Foxá, autor del drama histórico "Don Pedro de Castilla", soneto. 67.—*A un amigo en sus natales, octavas. 68.—*El amor y el carnero, fábula. 69.—A S. M. la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbón, en su día: La sombra de Padilla. 70.—A los días de S. M. la Reina Doña Isabel II, oda. 71.—El cólera en la Habana. 72.—El amor pescando, fábula. 73.—Adiós a mi lira. 74.—La fatalidad, soneto. 75.—Despedida a mi madre, soneto. 76.—Plegaria a Dios.

Se hicieron tres reimpresiones de esta edición, según José María Eligio de la Puente (*op. cit.*) p. xxviii: la que él llama A, cuyo pie de imprenta no lleva los datos de la librería de París, la cual no hemos podido localizar y otras dos descritas a continuación:

- (13) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Poesías de Plácido* (Gabriel de la Concepción Valdés). Nueva York, J. Durand /1856 ie, c1857/ 2 t. 15.5 cm.

Es exactamente igual a la 3a. ed. de Vingut /New York, Roe Lockwood, 1857/ pero con distinto pie de imprenta. Coincide hasta en el número de páginas. Otra diferencia es que no tiene fecha de copyright. El año 1856 lo tomamos de la introducción.

La Biblioteca Nacional posee solamente el t. 1: xxvi, 333 p. 16 cm.

Trelles lo cita como 3ª ed. de Vingut, (Véase ficha No. 12) sin dar razón de la edición original (*Bib. Plac.*, p. 18).

- (14) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Poesías de Plácido* (Gabriel de la Concepción Valdés). Nueva York, Roe Lockwood & Son, París, Chez Boudry, /c1857/ 2 t. 15.5 cm. T. 1: xxvi, 333 p. T. 2: 324 p.

La anteportada y su vuelta están en blanco, en el Tomo 1. El Tomo 2 tiene los datos "Tercera edición de Plácido, corregida y aumentada. En dos tomos, Tomo II", igual que la

edición original, pero en el pie de imprenta no aparecen los datos de París, Chez Boudry. Los datos de este segundo tomo coinciden con los de la reimpresión "A" citada (Véase ficha No. 12).

(15) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN, *Poesías de Plácido*. Méjico, Mellado y Contreras, 1856. 387 p. En 12o.

Datos tomados por referencia. Trelles (*Bibliografía cubana del Siglo XIX*, t. 2, p. 178) la cita de Pezuela, pero no vio ningún ejemplar. Coronado (*Las ediciones de Plácido*, *op. cit.*) nos dice que esta edición constaba de 150 composiciones y que fue reproducida en New York en 1860, con la adición de un prólogo y una biografía de Plácido.

José María Eligio de la Puente (*op. cit.* p. xxvi) describe esta ed. en la siguiente forma:

"*Poesías completas /de/ Plácido* (Gabriel de la Concepción Valdés) / (Viñeta) / En casa de Mme. C. Denné Schmitz / Librería Española, calle de Provence, 12/ Méjico / Librería Hispanoamericana / De Mellado, Contreras y Ca. / 1856/. Mide 130 x 73 mm. 4 hojas sin numerar con la anteportada, portada y una noticia sobre Plácido; y 394 páginas de texto e índice. Aquél acaba en la 387 y éste comienza en la 389".

Según Eligio de la Puente esta edición reproduce la 1a. de Vingut (Véase Ficha N^o 10). De acuerdo con estos datos, esta es la 1a. ed. de la Librería Española de Mme. Denné.

(16) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Poesías completas de Plácido*. /seud./ última ed. corr. y aum. con algunas composiciones inéditas. París, C. D. Schmitz, 1857. /4/ h. 418 p. 17 cm. (Biblioteca americana).

En la anteportada dice: Biblioteca americana; en la vuelta aparece la estrofa: "Flores son de un ingenio sin cultura"...

Según Coronado (*Las ediciones de Plácido... op. cit.*) a quien cita Trelles, ésta es la segunda edición de París de la Librería Española de Mme. C. Denné. Coronado no vio la 1a. ed. Esta 2a. edición no la vio Trelles, pero hay un ejemplar en la Sociedad Económica de Amigos del País.

Está precedida de un prólogo que difiere del de Vingut. Índice, p. /413/-418.

Reproduce el texto de la ed. de Vingut de 1855, cambiando de lugar entre sí los sonetos *El juramento* y *La fidelidad* (Eligio de la Puente, *op. cit.*, p. xxviii).

CONTIENE 153 composiciones de género muy diverso: 1.—A una ingrata, soneto. 2.—A mi amada, soneto. 3.—En la muerte de Jesucristo, soneto. 4.—Fatalidad, soneto. 5.—La palma y la malva, fábula. 6.—Los dos gallos, improvisación. 7.—Jicotencal, romance. 8.—La partida del pirata, romance. 9.—La muerte de Gesler, soneto. 10.—El conde y su arriero. 11.—Mi amor. 12.—El perro de Amarilis. 13.—Mi casa. 14.—El garrafón de Juana. 15.—Letrilla. 16.—Un consejo a las bellas. 17.—El águila y los palomos. 18.—La flor de la caña. 19.—Ya me caso. 20.—A Selmira. 21.—El egoísta. 22.—A mi amigo Dóris, soneto. 23.—La sombra de Mina delante de Bilbao, soneto. 24.—A mi amigo A. A. R. en la muerte de Fela, epístola. 25.—La luna de Enero, letrilla. 26.—A Amira. 27.—El cántaro de Juana. 28.—Compañía peligrosa, fábula. 29.—El año nuevo. 30.—Cumpleaños de S. M. la Reina Gobernadora de España, D. María Cristina de Borbón: El ángel de la gloria. 31.—Romance: Despedida. 32.—La flor de la cera. 33.—Decepción, soneto. 34.—A mi amigo, en la muerte de Fela, soneto. 35.—En los días de Fela, después de su muerte, soneto. 36.—A Don Eduardo Torres, en el ária de Asur, soneto. 37.—Al aniversario de la muerte de Napoleón, soneto. 38.—A Desval, en su día: El sueño. 39.—Letrilla. 40.—Especulación moderna. 41.—Décima. 42.—A un criticastro. 43.—Nueva Jeneración /sic/, fábula. 44.—A Nicolás Ayala, en la muerte de Fela, soneto. 45.—En la proclamación de Isabel II, Reina de España, oda /e/ himno. 46.—Diadema réjia /sic/, a la jura de la princesa heredera. 47.—La Ambarina; a los días de la Reina Gobernadora de España, Doña María Cristina de Borbón. 48.—Al cumpleaños de S. M. la Reina Gobernadora. 49.—A los días de la Reina de España, Doña Isabel II: La sombra de Pelayo, oda. 50.—Al cumpleaños de S. M. la Reina Gobernadora. 51.—A la muerte de mi amigo, C. D. G. 52.—A don Antonio Hermosillo, soneto. 53.—A Doña Isabel II, en su día, soneto. 54.—En los días de la Reina Gobernadora de España, soneto. 55.—A los días de S. M. la Reina Doña Isabel II, soneto. 56.—En los días de la

Reina Gobernadora de España, soneto. 57.—Al Sr. D. Francisco Chacón, por la protección que dispensó a un amigo durante su prisión, epístola. 58.—A las señoras Pantanelli y Rossi, soneto. 59.—La concha marina, al artista D. Eduardo Torres. 60.—Al Sr. D. Manuel F. de Jáuregui, en su día: La Guirnalda. 61.—Duelo de amistad, en la muerte del capitán de caballería D. G. O.: El ciprés. 62.—Al Sr. D. Francisco Chacón, en su día, oda. 63.—A la Escma. /sic/ Sra. Doña María Francisca del Castillo, Condesa de O-Reilly, en su día, oda. 64.—La utilidad del trabajo, dedicada a D. Manuel González del Valle, octavas. 65.—Al Sr. D. Antonio Buitrago y Blake, en su nombramiento de Mariscal de Campo: La sombra del Cid. 66.—A los natales de Délio, romance. 67.—En la muerte de la Señorita Doña Juana Ruiz de la Plaza. 68.—Consejos a Fabio, soneto. 69.—Muerte de César, soneto. 70.—Al nacimiento de N. Chacón, soneto. 71.—A un amigo en la muerte de su niña, soneto. 72.—La rosa inglesa, fábula. 73.—Décima. 74.—Al Sr. Marqués de Casa-Calvo, en el restablecimiento de su salud, epístola. 75.—Décima. 76.—La ausencia. 77.—A mi amigo Dóris, en la prisión, epístola. 78.—A Don Ignacio Valdés Machuca, dedicatoria. 79.—Al Yumurí. 80.—Cora; romance. 81.—En los días del Sr. Don M. de A., soneto. 82.—Al Sr. Don Martin de Arredondo, soneto improvisado. 83.—Al Sr. Don Fernando de Rojas, residente en S. Juan de los Remedios, epístola. 84.—A la Señorita Doña Virginia /sic/ Pardi, por su inimitable ejecución de los Caprichos en el arpa. 85.—A Doña Inocencia Martínez, dama joven, por su inimitable desempeño del papel de María, en la comedia "La niña abandonada": El suspiro. 86.—A la Sra. Teressina Rossi, en la ópera "La loca por amor". 87.—Consejos a un amigo. 88.—Las flores del sepulcro, a la sentida y prematura muerte de mi cara amiga María de las Mercedes Socarraz. 98.—A T . . . , en su día, soneto. 90.—El canario; a los días de Selmora, soneto. 91.—A mi amigo Don Buena Ventura Romero, en la muerte de su hijo. 92.—A la Sra. C. E. en su día, soneto. 93.—A la Sra. Doña C. E. con motivo de haber cantado cierta canción, soneto. 94.—A mi amada, en su día, soneto. 95.—A la Sra. Doña C. E., en momentos de cantar la hermosa canción habanera La bella imagen /sic/.

96.—Atala, canción. 97.—El eco de la gruta. 98.—A Dorila del Almendar, en su día, soneto. 99.—A los ojos de mi amada. 100.—Al perjurio de Celia, epístola. 101.—A la ingratitud de Zelmira, canción. 102.—A mi cumpleaños, soneto. 103.—Las faltas, soneto. 104.—El loco cuerdo, soneto. 105.—Sobre la sepultura de Rocinante, soneto. 106.—El usurero, soneto. 107.—Anacreónica. 108.—Cada uno arrima la brasa a su sardina. 109.—La inocencia. 110.—El zorro orador, fábula. 111.—Los bobos, fábula. 112.—El pastor y el mico, fábula. 113.—El grumete retórico, fábula. 114.—La escuela del diablo, fábula. 115.—La flor del café. 116.—El perro. 117.—El jaquetón. 118.—Un remedio, fábula. 119.—La luna de Octubre, en el cumpleaños de Fela. 120.—Amores mosquitos. 121.—A P. G. en la muerte de Fela. 122.—A mi amigo J. de la C. en la muerte de Fela, anacreónica. 123.—La flor de la piña. 124.—Llanto de despedida. 125.—En un álbum: La transformación. 126.—El pescador de San Juan: romance. 127.—La Resurrección, soneto. 128.—El cólera en la Habana. 129.—A el Pan. 130.—El amor pescando, fábula. 131.—Epigramas. 132.—El cernícalo y la abeja, fábula. 133.—Cementerio ideal: portada. 134.—Imitación (de cierto autor). 135.—En la muerte del Redentor. 136.—La Resurrección, oda. 137.—El Evangelio, fábula. 138.—Leyenda caballeresca: El hijo de maldición. 139.—El ruiseñor y el cerdo, fábula. 140.—La estrella del Pan. 141.—Adiós a mi lira (en la capilla). 142.—El juramento, soneto. 143.—Despedida a mi madre, soneto (desde la capilla). 144.—Plegaria a Dios. 145.—La Siempreviva, en loor a don Francisco Martínez de la Rosa. 146.—Al joven D. Francisco Javier Foxá, autor del drama histórico Don Pedro de Castilla, soneto (inédito). 147.—A un amigo en sus natales, octavas. 148.—El amor y el carnero, fábula. 149.—A S. M. la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbón; en su día: La sombra de Padilla. 150.—A los días de S. M. la Reina Doña Isabel II, oda. 151.—El hombre y el canario, fábula. 152.—Décima improvisada, habiéndosele dado el pie forzado ¡Habaneros! ¡Libertad! 153.—Al general mejicano (hijo de Cuba, D. A. de la Flor) en el acto de su partida a Méjico encargándole que no leye-

ra esta composición hasta llegar a aquella República: Despedida.

- (17) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Colección de las nuevas poesías de Plácido*. Edición económica. New York /i. e. Habana/ Impr. de Sebastián Falet, 1858. /4/ 100 p. 14.5 cm.

Carece de índice.

Contiene 93 composiciones. En esta edición se coleccionó por primera vez *La égloga cubana*.

No hemos podido localizar ningún ejemplar. Datos tomados de Eligio de la Puente (*op. cit.* p. xxviii).

- (18) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Poesías completas de Plácido* (Gabriel de la Concepción Valdés). 3ª ed. corr. y aum., con algunas composiciones inéditas y versos alemanes con la versión castellana sobre la muerte de Plácido. París, Librería Española de Mme. C. Denné Schmitz e hijo, 1862. /4/ 418 p. 17 cm.

Esta edición es la tercera de tres publicadas por los mismos editores. (Véanse fichas Nos. 15 y 16). Coronado, *Las ediciones de Plácido*, *op. cit.*

El prólogo es idéntico al de la 2a. edición. En la anteportada dice: Poesías de Plácido. Al final presenta en su texto alemán y la traducción española en prosa de un poema sobre la muerte de Plácido, compuesto por C. Trebitz, que se publicara en el "*Viaje de Francia y España*", por A. C. de Rochan, p. 405-411. Este escrito diferencia esta edición de la anterior, de la cual es una reimpresión, aunque la portada y la anteportada difieren. En la edición de 1857, las páginas dedicadas al trabajo de Trebitz incluyen el catálogo de la librería Denné Schmitz. El ejemplar de la Biblioteca Nacional tiene pegado un recorte del Diario de la Marina, de 8 de agosto de 1879, donde aparece una poesía inédita de Plácido: *En los días de D. José Florencio García*.

Índice, p. /413/-418.

Contiene: Véase edición anterior. (Ficha No. 16).

- (19) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Poesías completas de Plácido* —Gabriel de la Concepción Valdés— Tradui-

tes par D. Fontaine, avec une préface de Louis Jourdan.

París, Ferdinand Sarterius, 1863. xxiv, 356 p. 22 cm.

Contiene 199 composiciones: 34 (de la 1 a la 34 inclusive) de las cuales están traducidas en verso por D. Fontaine, poeta que vivió en Cuba de 1839 a 1848. Las traducciones en prosa reflejan mejor el estilo de Plácido.

Incluye una colección bastante completa de Plácido y entre éstas, *El hijo de maldición*, la obra más larga del poeta.

El prólogo está lleno de errores. Jourdan nos dice que Plácido nació en Matanzas, que su padre se apellidaba Valdés, y que su infancia se vio protegida por los tiernos cuidados de su madre. Además habla del poeta "mexicano" José Ma. Heredia.

Calcagno considera esta edición un honor para Plácido como poeta, a pesar de los errores que contiene.

Índice, p. /351/-356.

Las composiciones tomadas de la edición de Matanzas, 1842, están indicadas con un asterisco en el texto.

CONTIENE: 1.—L'ombre de Pélage, pour l'anniversaire de Sa Majesté la reine d'Espagne, Isabelle II. 2.—L'immortelle, ode á M. Martínez de la Rosa. 3.—La fleur du cirier. 4.—La rose anglaise, fable. 5.—Les adieux á Zelmire. 6.—Pour ma fête, sonnet. 7.—Stances á un enfant mort en naissant. 8.—A un coquillage. 9.—La mort de Gessler, sonnet. 10.—A Amira. 11.—Le coq lettré, fable. 12.—L'absence. 13.—Les deux souliers, fable. 14.—A la Grèce, sonnet. 15.—A la Pologne, sonnet. 16.—A Venise, sonnet. 17.—Les hommes et les oiseaux, fable. 18.—L'ombre de Padilla, ode á la reine régente, Doña Marie Christine de Bourbon, le jour de sa fête. 19.—La fleur de café. 20.—Le roi et le lion, fable. 21.—Le fou et la foule, fable. 22.—Le départ du pirate. 23.—La mauve et le palmier, fable. 24.—Le remède. 25.—Gicotencal. 26.—Au Pan. 27.—La lune d'octobre, élégie aux mânes de Féla. 28.—Le rossignol et la colombe, fable. 29.—Au Yumuri, á don Ignacio Valdés Machuca. 30.—Le fils maudit, poëme du temps des croisades. 31.—A la justice. 32.—Adieu á ma mère, sonnet. 33.—A la fatalité, sonnet. 34.—Prière á Dieu. 35.—L'utilité du travail, ode au docteur don Manuel Gonzá-

lez del Valle. 36.—Ma case. 37.—La lune de janvier, chanson. 38.—L'excuse. 39.—Le nouvel an, fable. 40.—L'amour pêchant, fable. 41.—La campagnarde innocente. 42.—L'écho de la grotte, fragment d'un poëme dédié à Hérédia, 1833. 43.—Le choléra à la Havane, 1833. 44.—Épître à mon ami Antonio Abad R..., sur la mort de Féla. 45.—Larmes d'adieu, 24 octobre. 46.—A Pilar G..., sur la mort de Féla. 47.—Épître à M. le marquis de Casa-Calvo, qui venait d'échapper au choléra, 1833. 48.—La guirlande, A don Manuel F. de Jauregui. 49.—L'étoile du Pan. 50.—Le perroquet professeur, fable. 51.—Fantômes, lutins et sorcières. 52.—Une heureuse inspiration, fable. 53.—Épître à don Fernando de Rojas, habitant de San-Juan de los Remedios. 54.—Glose: "Sur le bord d'une fontaine". 55.—La rose de Trinité, dédiée à don José Hernandez. 56.—Conte moresque. 57.—Les yeux de ma brune, chanson. 58.—La félicité. 59.—A ma brunette. 60.—L'ombre de Mina devant Bilbao, sonnet. 61.—Dangereuse compagnie. 62.—Pour l'anniversaire de la naissance de Délio. 63.—Chanson: "Alors que Roland dispute". 64.—La raison du plus fort, fable. 65.—Le désabusement. 66.—Le rossignol et le porc, fable. 67.—La mode. 68.—Conseils aux belles. 69.—Le songe, a Desval, pour le jour de sa naissance. 70.—J'ai dit, chanson. 71.—Épître à mon ami Doris, de ma prison. 72.—Ma prison. 73.—Le lion et l'agneau, fable. 74.—Chanson: C'est son affaire. 75.—La pensée d'Agnès. 76.—El parará. 77.—Sur le parjure de Zélie. 78.—Dizains. 79.—La mort de César, sonnet. 80.—Épître à don Francisco Chacon, sur la protection qu'il accorda à un ami pendant sa détention. 81.—Sur la mort de Jésus-Christ, sonnet. 82.—Pour l'anniversaire de la mort de Napoleón, sonnet. 83.—A mon ami don Buenaventura Romero, sur la mort de son fils. 84.—A la résurrection; sonnet. 85.—*A un pédant. 86.—*Spéculation moderne. 87.—*L'école du diable. 88.—*Glose: "Fleurs, apprenez de moi". 89.—Ce que je veux, sonnet. 90.—*Le renard orateur, fable. 91.—L'égoïste. 92.—*Le pot de Jeanne. 93.—*Le faux brave, fable. 94.—*L'usurier, sonnet. 95.—*Les sans-souci, fable. 96.—*Le pâtre et le singe, fable. 97.—*L'innocence. 98.—Le chien, fable. 99.—L'arlequin, fable. 100.—*Glose: Un jardinier d'amour. 101.—A don Antonio Hermo-

silla, sonnet. 102.—Dizains. 103.—Cora. 104.—Pour la fête de Féla après sa mort, sonnet. 105.—Le cyprès, chant funéraire sur la mort du capitaine de cavalerie D. Gabriel O. 106.—A don Francisco Chacon, pour sa fête. 107.—La fleur d'ananas. 108.—*L'écho, a mes amis de Villa-Clara. 109.—*Le veguero. 110.—*Inés et Rosa. 111.—*Glose: Ainsi tu t'éloignes de moi. 112.—Les fleurs de la tombe, sur la morte regrettable et prématurée de mas plus chère amie Maria de las Mercedes Socarraz. 113.—Conseils à Fabio, sonnet. 114.—C'est vouloir des dents aux poules, chanson. 115.—Ce qui manque, sonnet. 116.—Sur l'ingratitude de Zelmire. 117.—A Zelmire. 118.—Atala. 119.—*Chacun prêche pour son saint. 120.—*Le serin, sonnet. 121.—*Le mousse rhétoricien. 122.—Sur la mort de mademoiselle Jeanne Ruiz de la Plaza. 123.—*Pièce anacréontique. 124.—*Le cimetière imaginaire, epigrammes: frontispice. 125.—Le succès des méchants est éphémère, fable. 126.—A mademoiselle Virginie Pardi, sur son inimitable exécution des "Caprices" sur la harpe. 127.—Chanson: Ainsi va le monde, tante Pepa! 128.—A Nicolas Ayala, sur la mort de Féla, sonnet. 129.—La pomme-rose et le canistel, fable. 130.—A mon ami J. de la C., vers anacréontiques sur la mort de Féla. 131.—A un ami, sur la mort de sa fille, sonnet. 132.—L'hiver. 133.—Nouveau métier. 134.—Le donneur d'avis qui se dément, fable. 135.—Conte mauresque. 136.—Chanson: C'est tout bonnement, qu'elle n'a pas le sou. 137.—Ma petite barque. 138.—Le qui . . . quiri qui, chanson. 139.—Une larme de sang, sonnet. 140.—A Céline, sonnet. 141.—La créancier avisé. 142.—Le pêcheur du San-Juan, fables. 143.—Le carafon de Jeanne, fable. 144.—Fuis!, chanson. 145.—L'aigle et les pigeons, fable. 146.—Enfin je me marie. 147.—A mon ami Elino, sur la mort de Féla, sonnet. 148.—L'épervier et l'abeille, fable, 149.—A madame Térésina Rossi, sur l'opéra: "La folle par amour". 150.—Imitation d'un certain auteur. 151.—A M.M. de A . . . , pour sa fête, sonnet. 152.—La transformation, vers écrits sur un album. 153.—A mon ami Doris, sonnet. 154.—A Térésita, sonnet. 155.—A madame C. E . . . , qui avait chanté une certaine chanson, sonnet. 156.—A ma maîtresse, sonnet. 157.—Conseils à un ami. 158.—A son Excellence doña María Francisca del Castillo, comtesse de

O.Reilly. 159.—A don Eduardo Torres, dans le rôle d'Asur, sonnet. 160.—La conque marine, a l'artiste don Eduardo Torres. 161.—Déception, sonnet. 162.—A ma bien-aimée, sonnet. 163.—Les deux coqs, fable. 164.—Mes amours. 165.—Le chien d'Amarillis, fable. 166.—A don Martin Arredondo, sonnet improvisé. 167.—Une parole d'évangile, fable. 168.—A une jeune fille, sonnet. 169.—Souvenirs, sonnet. 170.—A la première sensation d'amour, sonnet. 171.—Qui fait un panier en fait cent, chanson. 172.—Le juge avisé, fable. 173.—L'étoile du diable. 174.—Autres temps. 175.—A Dorila de l'Almendar, sonnet. 176.—Les yeux noirs de ma bien-aimée. 177.—L'amour et les moustiques, fable. 178.—L'ombre du Cid, a don Antonio Buitrage y Blake, sur sa nomination au grade du maréchal de camp. 179.—Le comte et son muletier, fable. 180.—Le pique-assiette. 181.—Contre tristesse, abondance. 182.—La fleur de la canne. 183.—Sur la mort de mon ami C. de G. 184.—A mesdames Pantanelli et Rossi, sonnet. 185.—A madame C. E., au moment où elle allait chanter la belle chanson havanaise "La bella imagen". 186.—Glose: Je suis triste car j'ai perdu. 187.—Sur la mort du Rédempteur. 188.—La résurrection, ode. 189.—La couronne royal, ode sur la serment prêté à la princessa héritière. 190.—Ode à l'occasion de la proclamation d'Isabelle II, reine d'Espagne. 191.—A Isabelle II, sonnet. 192.—Autre. 193.—A la reine régente d'Espagne, sonnet. 194.—Autre. 195.—Pour l'anniversaire de Sa Majesté la reine régente, cantate. 196.—L'ambrette, ode à la reine régente d'Espagne Marie Christine pour l'anniversaire de sa naissance. 197. L'ange de la gloire, ode a la reine régente d'Espagne Marie Christine. 198.—A S. M. la reine régente Marie Christine de Bourbon, pour l'anniversaire de sa naissance. 199.—Adieux à ma lyre.

(20) *Plácido, su biografía, juicio crítico y análisis de sus más escogidas poesías*, por el doctor Pedro Laso de los Vélez. Barcelona, Impr. Barcelonesa, 1875. 1 v. En 16o. (Biblioteca Hispanoamericana: Colección de los mejores autores americanos).

Eligio de la Puente (*op. cit.*, p. xxiv) ofrece los siguientes datos de esta edición: "En la cubierta trae el año 1877".

“Contiene prólogo del editor; Biografía de Plácido y un estudio muy superficial de sus poesías, las cuales agrupa, reproduciendo algunas, bajo los epígrafes siguientes: Sonetos, Letrillas, Romances y Canciones, Poesía satírica, Fábulas, Décimas, Epigramas, Poesía épica, Poesía religiosa, Leyenda caballeresca, Poesía elegíaca. Como apéndice trae una poesía inédita de Plácido titulada El Cometa”.

Citado por Coronado (*Las ediciones de Plácido*, op. cit.). No hemos podido localizar ningún ejemplar.

(21) *El Parnaso cubano*. Colección escogida de las mejores poesías del inolvidable Plácido. Nueva ed., Bruselas /s.l., s.a./ 192 p. En 8o. M.

“Se imprimió en la Habana de 1855 a 1890”.

No hemos encontrado ningún ejemplar de esta edición.

Citado por Trelles (*Bibliografía placidiana*, op. cit., p. 18), quien cree se imprimió en la Habana.

Eligio de la Puente, (*op. cit.*, p. xxix) dice que la edición circuló con dos cubiertas, que difieren en el pie de imprenta: Una, la que se describe, y otra: /Habana/ Librería La Publicidad, de Pozo e Hijo. Se repartió por cuadernos. Contiene 108 poesías. Carece de índice.

(22) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Plácido*. (Gabriel de la Concepción Valdés). Poesías completas con doscientas diez composiciones inéditas, su retrato, y un prólogo biográfico, por Sebastián Alfredo de Morales. Habana, La Primera de Papel, 1886. xix, 679 p. (retr.). 22 cm.

Prólogo fechado a 27 de junio de 1888.

Notas a los poemas al terminar cada sección.

Notas de los sonetos, p. 39-40; notas de los romances, p. 212; notas de las poesías varias, p. 331; notas de las letrillas, p. 486; notas de los epigramas, p. 501; notas de las epístolas, p. 535; notas de las elegías, p. 664; notas de las odas, p. 668; notas generales, p. 669.

Índice, p. /671/-678.

Esta edición incluye composiciones inéditas de Plácido, aunque no lo son todas las señaladas por el editor. Sin embargo, como bien dijera Enrique José Varona al comentar

esta obra, son tan mediocres, que nunca debieron ser incluidas (*Revista cubana, notas editoriales*, t. iv, 1886, p. 372-74). El segundo gran defecto de esta compilación, según Varona, consiste en el retoque que Morales diera a los versos de Plácido, erróneamente guiado por la amistad que lo uniera al poeta.

No aparecen algunas composiciones de Plácido incluidas en colecciones anteriores.

El asterisco (*) señala los poemas que Morales considera inéditos, por no haber sido coleccionados anteriormente.

Hay un retrato de Plácido dibujado por Rojas.

CONTIENE: I. Sonetos: 1.—*Invocación. 2.—*La Primavera. 3.—La primera sensación de amor. 4.—A Doris, en la muerte de Fela.—5.—Recuerdos. 6.—A una ingrata. 7.—A mi amada. 8.—En los días de Fela, después de su muerte. 9.—A mi amigo Nicolás Ayala, en la muerte de Fela. 10.—*Adiós. 11.—A Dámaso García: La partida. 12.—A mi cumpleaños. 13.—*A Elino, en la muerte de Fela. 14.—*A Villaclara. 15.—*¡Tristes memorias!, a Doris. 16.*Los tres anatemas. 17.—A una joven. 18.—El canario, a los días de Selmira. 19.—A la Virgen del Rosario. 20.—*A una hermosa. 21.—*A la Srta. Juana Ruiz de la Plaza. 22.—Decepción, improvisado. 23.—A un individuo que triunfó de sus adversarios en una contienda judicial. 24.—Sobre la sepultura de Rocinante. 25.—Un usurero. 26.—A Celina. 27.—El loco cuerdo. 28.—*Imitación del portugués. 29.—Las faltas. 30.—La envidia. 31.—A los pasajeros del vapor "Natches", improvisado. 32.—A mi amada, en su día. 33.—A Dorila de Almendar, en su día. 34.—Consejos a Fabio. 35.—A Doña Isabel Segunda, en su día. 36.—*A Amira. 37.—En los días de S. M. la Reina Gobernadora. 38.—Una súplica. 39.—En los días de Doña Cristina de Borbón. 40.—*Desencanto. 41.—*Al Sr. D. Manuel Francisco García, cura párroco. 42.—A Don Francisco Javier Foxá, autor del drama histórico "Don Pedro de Castilla". 43.—*El Aguinaldo, a Amira. 44.—*A José Jacinto Milanés, autor de "El Conde Alarcos". 45.—A D. Antonio Hermosilla. 46.—*El entusiasmo, al pianista Miró. 47.—A D. Eduardo Torres, en el aria de Asur. 48.—*A un amigo, en sus natales. 49.—*A

la Sra. Da. Teresa Rossi, en el papel de Fausta. 50.—*A la Sra. Rossi. 51.—A las Sras. Rossi y Pantanelli, en el tercer acto de "Montechi". 52.—*A Clorinda Corradi Pantanelli. 53.—A las Sras. Pantanelli y Rossi. 54.—*A Marieta Albini de Vellani. 55.—*A Da. Vicenta de la Puerta, en el papel de Ginebra. 56.—*A Da. Manuela Martínez, en "Raquel". 57.—*A Da. Luisa Martínez, en el papel de la Gitana de "El Trovador". 58.—*A Da. Vicenta de La Puerta, en "El Conde Alarcos". 59.—*A la actriz Da. Manuela Martínez, en la comedia "Un año después de la boda". 60.—Muerte de Jesucristo. 61.—A la resurrección. 62.—Al aniversario de la muerte de Napoleón. 63.—Muerte de Gesler. 64.—La sombra de Mina delante de Bilbao. 65.—A Grecia. 66.—A Polonia. 67.—A Venecia. 68.—Una lágrima de sangre. 69.—Muerte de César. 70.—*A Terevisa, en sus natales. 71.—*La fatalidad. 72.—Despedida a mi madre. 73.—*A la Sra. Da. Carlota Armenta, en el desempeño de la protagonista en el drama "Catalina Howard". 74.—A la Sra. Da. C. E., después de haber cantado cierta canción. II.—Leyendas: 75.—El hijo de Maldición, leyenda caballeresca del tiempo de las cruzadas. 76.—*El bardo cautivo. III.—Romances: 77.—*A los natales de Delio. 78.—El Evangelio. 79.—Compañía peligrosa. 80.—Cora. 81.—El pescador de San Juan. 82.—*Inés y Rosa. 83.—*El desengaño. 84.—La satisfacción. 85.—*El santo de Nise. 86.—Fajardo, morisco. 87.—Especulación moderna. 88.—El jaquetón. 89.—Un año y un día, morisco. 90.—Rebato de Granada, morisco. 91.—El acreedor advertido. 92.—Mi prisión. 93.—Otros tiempos. 94.—Mi casa. 95.—*La Guirnalda hurtada. 96.—*Amor curado. 97.—*A D. Francisco Martínez de la Rosa. 98.—Un remedio. 99.—Jicotencal. 100.—*El amor viajando, imitación de una poesía castellana de cierto autor. 101.—Mi amor. 102.—*Las cosas de Juan José. 103.—*Agudeza de un borracho. 104.—El garrafón de Juana. 105.—*Los consejos. 106.—*El desafío. 107.—*Las burlas vienen a veras. 108.—*Ociosidad. 109.—*Encuentro fatal. 110.—*A Fabricio. 111.—*No siempre es temible el fuerte. 112.—*El novio soñado. 113.—*El profesor finjido /sic/. 114.—*La respuesta de un curro. 115.—*El prestigio. 116.—*El consejo de un anciano. 117.—*La peor furia. 118.—*La sol-fa-a-si. 119.—*A Elino, un consejo. 120.—Nue-

vo entretenimiento. 121.—*A una concha marina. 122.—*Con la vara que mides . . . 123.—*A Laura. 124.—*La felicidad. 125.—*A Lince, en sus días. 126.—*Ejemplos, a Selmira. 127.—*Pequeñez del hombre. 128.—A un criticastro. 129.—La inocencia. 130.—Un consejo a las bellas. 131.—Desengaño. 132.—El parará. 133.—A mi trigueña. 134.—*El pajarillo. 135.—Fantasmas, duendes y brujas. 136.—*Un cubo. 137.—*La falta imperdonable. 138.—*El beso de Selmira. 139.—Ya me caso. 140.—El hombre de la guagua. 141.—*El porvenir. 142.—*Consejos a un poeta. 143.—La estrella del diablo. 144.—*El signo. 145.—*Nombres cambiados. 146.—*Comparaciones. IV.—Poesías varias: 147.—*A una flor, canción. 148.—*La Guirnalda, al Sr. Claudio Martínez de Pinillos. 149.—*A Carmina, en sus días. 150.—*Declaración de amor. 151.—*Recuerdos á una Conchita. 152.—*Una súplica, a las Sras. Pantanelli y Rossi. 153.—*Juicio del año 1838. 154.—*Despedida; a las Sras. Da. Inocencia y Da. Manuela Martínez, primeras actrices de nuestro teatro, canción. 155.—*Las palmas del Yumurí, a la Srta. Ursula Deville. 156.—*La fama. 157.—*Al Sr. Ignacio Martínez. 158.—*Juicio del año de 1841. 159.—*Despedida a Selmira, canción. 160.—*El poeta. 161.—*Un sueño, a un amigo. 162.—*A la reina de la hermosura, improvisado. 163.—El eco de la gruta. 164.—A la Sra. Da. C. E., con motivo de cantar la canción habanera "La bella imagen". 165.—A los ojos de mi amada. 166.—*A Lesbia, la separación. 167.—*El sí, a Lesbia. 168.—La Atala, canción. 169.—A la ingratitude de Selmira, canción. 170.—La concha marina, a don Eduardo Torres, artista. 171.—La ausencia. 172.—Las venturas del trabajo dedicada al doctor don Manuel González del Valle. 173.—El sueño, a Desval (en su día). 174.—A la Sra. Teresina Rossi, en la ópera "Nina loca por amor". 175.—A "El Pan". 176.—A D. Ignacio Valdés Machuca: dedicatoria /y/ Al Yumurí. 177.—En los días del Sr. Antonio Buitrago, gobernador de Matanzas. 178.—*A la Sra. Da. Josefa Galindo, por la ejecución del papel de Leonor en "El Trovador". 179.—*A un pez. 180.—*Una flor, a la corona de la actriz doña Vicenta Lapuerta. 181.—*Un recuerdo, a Selmira. 182.—*Despedida del año. 183.—*A mi guajirilla. 184.—*Meditación. 185.—*Vanidad del hombre.

186.—*A Desval, para Dorila. 187.—*El tiempo no se va. 188.—*No afirmar ni dudar. 189.—*A un cometa. 190.—*Las dos edades. 191.—*Los dos extremos. 192.—*Súplica, escrita en la prisión. 193.—*A Silvia. 194.—*La gloria. 195.—*Recuerdos, a Elpidio. 196.—*A un niño dormido. 197.—*A una adormidera. 198.—El cementerio ideal, portada. 199.—*La reconciliación. 200.—*A Idalia. 201.—La despedida, canción. 202.—*A la justicia, amor platónico. 203.—La flor de la cera. 204.—La ambarina, en los días de S. M. la Reina Gobernadora. 205.—La veguera inocente. 206.—La rosa de Trinidad, dedicada al Sr. José A. Hernández. 207.—La partida del pirata, primera parte. 208.—*El pirata en la mar, segunda parte. 209.—*El veguero: El eco /y/ El veguero. 210.—*Egloga cubana: Plácido, Elino, Poeta. 211.—A mi amigo J. de la C. C. en la muerte de Fela. V.—Fábulas: 212.—El perro. 213. Los hombres y las aves. 214.—*El ruiseñor y la tórtola. 215.—Los dos gallos. 216.—El gallo letrado. 217.—*Quid pro quo. 218.—El ruiseñor y el cerdo. 219.—El loro maestro. 220.—La poma-rosa y el canistel. 221.—La fortuna del malo es ilusoria. 222.—El león y el cordero. 223.—La malva y la palma. 224.—El juez advertido. 225.—El conde y su arriero. 226.—*La mujer y la mar. 227.—El pastor y el mico. 228.—El zorro orador. 229.—*La estatua de piedra. 230.—*El cordero de Filis. 231.—El cernícalo y la abeja. 232.—*El interés, la verdad y la justicia. 233.—*El loco enfermo. 234.—*El gato bravo. 235.—El águila y los palomos. 236.—*El mono, el zorro y el tigre. 237.—*La hoja del "purio" y la verdolaga. 238.—Los dos zapatos. 239.—*El diablito. 240.—*Nueva generación. 241.—La escuela del diablo. 242.—El cántaro de Juana. 243.—Los bobos. 244.—Cada uno arrima la brasa . . . 245.—Contra tristeza abundancia. 246.—*El chivo héroe. 247.—*El león profeta. 248.—El pensamiento de Inés. 249.—El egoísta. 250.—El amor carnero. 251.—*El burro músico. 252.—*El último mono siempre se ahoga. 253.—*La cotorra y el buey. 254.—*Las hormigas nombrando rey. 255.—*El regalo de un celoso. 256.—*Los dos perros. 257.—*Moralidad. 258.—*Siempre hay algo que aprender. 259.—*Un símil. 260.—*La justicia. 261.—*El gallo sabio. 262.—*A nadie le falta Dios. 263.—El perro de Amarilis. 264.—*La verdad. 265.—*La

protección. 266.—*Mi no sé que ha richo. 267.—*La fortuna. 268.—*La cotorra sabia. 269.—*La capa y las botas. 270.—*La corona de Inés. 271.—*El falso pintor. 272.—*El guapo. 273.—*El gato pedante. 274.—*El mono escarmentado. 275.—*El sombrero y la media. 276.—*El remedio de la jaba. 277.—*No hay peor cuña. 278.—*La figura de un alma. 279.—El grumete retórico. 280.—El hombre y el canario. 281.—La rosa inglesa. 282.—*El ciego agudo. 283.—*Lo mismo son. VI.—Letrillas: 284.—*A Mirta. 285.—La flor de la caña. 286.—La estrella del Pan. 287.—A nadie le falta su qui... quiri qui. 288.—El consejero mentido. 289.—Con su pan se lo coma. 290.—¡Digo...! 291.—Quien hace un cesto hace un ciento, si le dan mimbres y tiempo. 292.—No hay por donde pasar. 293.—¡Así vá el mundo, tía Pepa! 294.—Los ojos de mi morena. 295.—*Es pedir muelas al gallo. 296.—El año nuevo. 297.—La luna de Enero. 298.—*La calentura no está en la ropa. 299.—*La lagartija. 300.—*Quéjense que no hay cacao, pero chorote se bebe. 301.—*¡Dios nos asista! 302.—¡Zafa! 303.—*A Nise. 304.—*El avaro. 305.—*Lo más cuerdo. 306.—Que busque quien se lo crea. 307.—*A un pajarillo. 308.—¿Conque ya tenemos nuestro Salomón? caramba, que sabio ¡cuanta ilustración! 309.—*El consuelo. 310.—*Esa no la trago yó. 311.—*A que nó. 312.—*El mundo abanico. 313.—La flor de la piña. 314.—La flor del café. 315.—El que no tiene harina, no camina. 316.—* Que se lo cuente a su abuela. 317.—*Al que mentiras arroja... 318.—*¡Qué toro tan bravo! VII.—Epigramas: 319.—Viendo Celina el amor... 320.—Por un melón al mercado... 321.—Persigue el gato al ratón... 322.—Quiere cierto caballero... 323.—*Paseando, Rosalía... 324.—Un doctor no pudo hacer... 325.—Con semblante placentero... 326.—El ciudadano Faustino... 327.—*Don Poca no tiene nada... 328.—*De día, de noche, siempre... 329.—*Viendo de hierro una cara... 330.—*A Silvia Fabio encontró... 331.—*Ya mi tierra está muy rica... 332.—Muestra D. Numa alegría... 333.—Se estrenó Juan un sombrero. 334.—*¡Muchacho, aquél caballero... 335.—Con mis consejos de amor... 336.—*Viendo Fabio que ya es Don... 337.—Yendo Pedro a misa un día... 338.—No ves aquel que desdeña... 339.—*Moya, los hados fatales... 340.

Un verso a los ojos tiernos... 341.—¿Conque te vas a casar... 342.—¿De dónde Antón sacará... 343.—En el feliz siglo de oro... 344.—Sin duda tenido había... 345.—El presumido Tristán... 346.—Queriendo Juana pescado... 347.—Una carta escribió Antonio... 348.—*Lucina toma licor... 349.—D. Simplicio, dijo Bruna... 350.—Tiene Guillen comenzadas... 351.—¿Tú vés aquel figuron... 352.—Casóse Lesbia, y ganó... 353.—Padece melancolía... 354.—¿En qué demonios se emplea... 355.—Cuenta el poetastro Doria... 356.—*Si a todos, Arcino, dices... 357.—*Reza luz cuatro rosarios... 358.—*Queriendo Lisio elogiar... 359.—*A Ligerea con grave... 360.—Dice Tomás con candor... 361.—Rosalía se caso... 362.—Está Pascual en pelota... 363.—Envidia tengo, y no poca... 364.—*Aquel caduco usurero... 365.—*Si ni con pluma ni acero... 366.—*Aquel necio que va allí... 367.—¿Por qué dará don Manuel... 368.—Miente Andrés tan sin guarismo... 369.—Compró un billete Matías. VIII.—Anacreónticas: 370.—*El amor pescando. 371.—*A unos ojos. 372.—*El desdén. 373.—A mi barquilla. 374.—A Amira. 375.—El amor y la abeja. 376.—Los amores mosquitos. 377.—*A Lésbia, en su día. 378.—*La nave del amor. IX.—Epístolas: 379.—*A Lince, desde la prisión. 380.—A Lisie. 381.—A mi amigo Antonio Abad Ramos, en la muerte de Fela. 382.—Al Sr. Francisco Chacón, por la protección que dispensó a un amigo durante su prisión. 383.—Al marqués de Casa-Calvo en el restablecimiento de su salud. 384.—A mi amigo Doris (desde mi prisión). 385.—Al Sr. Fernando de Rojas, residente en la villa de San Juan de los Remedios. 386.—A mi amigo Castro, que pide consejos para ganar la voluntad de una dama. X.—Elegías: 387.—El cólera en la Habana. 388.—A la bendición del nuevo cementerio de "San Carlos" de Matanzas (al Dr. Manuel Francisco García). 389.—A mi amigo R. H... en la muerte de su deudo el Sr. D. Francisco Roselló. 390.—A la muerte de la joven Srita. Juana Ruiz de la Plaza. 391.—*A la memoria de la Srita. Juana Ruiz de la Plaza (aniversario de su muerte). 392.—*En la muerte del joven Néstor Trelles. 393.—*A la memoria de un hermano. 394.—La luna de Octubre (en el cumpleaños de Fela).—395.—*La malva azul, en la sentida

muerte del poeta cubano José María Heredia. 396.—*A la memoria del Sr. Tomás Gener, dedicado a su hijo Don Benigno. 397.—A la memoria del valiente capitán don Francisco de Jústiz. 398.—*Una lágrima en la tumba del Sr. Francisco Giménez. 399.— Llanto de despedida, 24 de octubre. 400.—A P. G. en la muerte de Fela. 401.—*La estrella del sepulcro, en la muerte del Sr. Juan Ignacio Rendón. 402.—*El llanto de la amistad, en la tumba del Sr. José María Otero. 403.—*El lirio, a la memoria del señor Laborde. 404.—El ciprés, duelo de la amistad en la muerte del Sr. G. O. 405.—En la muerte de G. de C. 406.—*Una virgen muerta, (5 de enero de 1839). 407.—Las flores del sepulcro, en la prematura muerte de mi más cara amiga María de las Mercedes Socarráz. 408.—Al Sr. Buenaventura Romero, en la muerte de su hijo. 409.—*En la muerte de la Srta. Agustina Gomar. XI.—Poesías sagradas: 410.—A la Resurrección de Jesús. 411.—Muerte del Redentor, dedicada al Sr. Cura Párroco de Matanzas, Dr. D. Manuel Francisco García. 412.—*A la colocación de la primera piedra de la iglesia parroquial de Matanzas (al Sr. D. Manuel Francisco García). 413.—*A la bendición de la nueva nave construída en la iglesia parroquial de Matanzas. XII.—Odas: 414.—*La inspiración. 415.—*Al Sr. Claudio M. de Pinillos. 416.—A Ma. de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, condesa de Merlín. 417.—A los jóvenes alumnos de la cátedra de filosofía de la ciudad de Matanzas. 418.—Al Girasol, al licenciado D. Ignacio Valdés Machuca. 419.—El invierno. 420.—A Selmira. 421.—A la aurora de un amigo, al Sr. Fernando de Rojas. 422.—La siempreviva, al Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa. 423.—El ángel de la gloria. 424.—La sombra de Padilla, a la Sra. Da. María Cristina de Borbón. 425.—A la proclamación de S. M. Doña Isabel II. 426.—Diadema regia, a la jura de la princesa heredera. 427.—La profecía de Cuba a España, en los días de Da. Isabel de Borbón. 428.—La sombra de Pelayo. 429.—A la Sra. Da. María Francisca del Castillo, en su día. 430.—A la Srta. Virginia Pardi, por su ejecución de los Caprichos del arpa. 431.—El suspiro, a Doña Inocencia Martínez, en el papel de María de la comedia "La niña abandonada".

432.—Adiós a mi lira, (escrita pocos momentos antes de marchar al suplicio) en la capilla. 433.—Plegaria a Dios.

(23) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Poesías de Plácido* /seud./ Nueva ed. París, Vda. de Ch. Bouret, 1894. XIV-/15/-353 p. 18 cm. (Biblioteca de Poetas americanos).

Parece que es una nueva edición de la 2a. ed. de Vingut, (Véase ficha No. 11), pues en la advertencia inicial, la anuncian como una nueva edición de la que llaman edición de Barcelona, adicionada con composiciones tomadas de los periódicos de la Isla, las cuales se identifican por medio de un asterisco. Las composiciones marcadas y el prólogo coinciden con la edición de Vingut.

Esta edición es poco conocida, ni Trelles ni Coronado la mencionan, aunque sí la describe Eligio de la Puente (*op. cit.*, p. xxx-xxxI).

CONTIENE: 1.—*A una Ingrata, soneto. 2.—*A mi amada, soneto. 3.—En la muerte de Jesucristo, soneto. 4.—El juramento (improvisación), soneto. 5.—*La palma y la malva, fábula. 6.—*Los dos gallos. 7.—*Jicotencal, romance. 8.—*La Partida del pirata, romance. 9.—La muerte de Gesler, soneto. 10.—*El conde y su arriero. 11.—*Mi amor. 12.—*El perro de Amarilis. 13.—*Mi casa. 14.—*El garrafón de Juana. 15.—*Letrilla. 16.—*Un consejo a las bellas. 17.—*El águila y los palomos. 18.—*La flor de la caña. 19.—*Ya me caso. 20.—*A Selmira. 21.—*El egoista. 22.—*A mi amigo Dóris, soneto. 23.—*La sombra de Mina, delante de Bilbao, soneto. 24.—A mi amigo A. A. R., en la muerte de Fela, epístola. 25.—La luna de enero, letrilla. 26.—A Amira. 27.—El cántaro de Juana. 28.—Compañía peligrosa, fábula. 29.—El año nuevo. 30.—Cumpleaños de S. M. la Reina Gobernadora de España, Da. María Cristina de Borbón: El Angel de la Gloria. 31.—Romance, despedida. 32.—La flor de la cera. 33.—Decepción, soneto. 34.—A mi amigo, en la muerte de Fela, soneto. 35.—En los días de Fela, después de su muerte, soneto. 36.—Al aniversario de la muerte de Napoleón, soneto. 37.—A Don Eduardo Torres, en el aria de Asur, soneto. 38.—A Desval, en su día: El sueño. 39.—Letrilla. 40.—Especulación moderna. 41.—Décima. 42.—A un

criticastro. 43.—Nueva generación, fábula. 44.—A Nicolás Ayala, en la muerte de Fela, soneto. 45.—En la proclamación de Isabel II, Reina de España, oda /e/ himno. 46.—Diadema regia, a la jura de la princesa heredera. 47.—La Ambarina, a los días de la Reina Gobernadora de España. 48.—Al cumpleaños de S. M. la Reina Gobernadora. 49.—A los días de la Reina de España, Doña Isabel II: La sombra de Pelayo, oda. 50.—Al cumpleaños de S. M. la Reina Gobernadora. 51.—A la muerte de mi amigo C. de G. 52.—A Don Antonio Hermosilla, soneto. 53.—A Doña Isabel II en su día, soneto. 54.—En los días de la Reina Gobernadora de España, soneto. 55.—A los días de S. M. la Reina Doña Isabel II, soneto. 56.—En los días de la Reina Gobernadora, soneto. 57.—Al Sr. D. Francisco Chacón, por la protección que dispensó a un amigo durante su prisión, epístola. 58.—A las Señoras Pantanelli y Rossi, soneto. 59.—La concha marina, al artista Don Eduardo Torres. 60.—Al Sr. D. Manuel F. de Jáuregui, en su día: La Guirnalda. 61.—Duelo de amistad, en la muerte del Capitán de caballería D. G. O.: El ciprés. 62.—Al Sr. D. Francisco Chacón, en su día, oda. 63.—A la Excm. Sra. Doña María Francisca del Castillo, condesa de O'Reilly, en su día, oda. 64.—Utilidad del trabajo, dedicada a Don Manuel González del Valle, octavas. 65.—Al Sr. D. Antonio Buitrago y Blake, en su nombramiento de "Mariscal de Campo": La sombra del Cid. 66.—A los natales de Delio, romance. 67.—En la muerte de la señorita Doña Juana Ruiz de la Plaza. 68.—Consejos a Fabio, soneto. 69.—Muerte de César, soneto. 70.—Al nacimiento de N. Chacón, soneto. 71.—A un amigo en la muerte de su niña, soneto. 72.—La rosa inglesa, fábula. 73.—Décima. 74.—Al Sr. Marqués de Casa-Calvo, en el restablecimiento de su salud, epístola. 75.—Décima. 76.—La ausencia. 77.—A mi amigo Doris, en la prisión, epístola. 78.—Al Sr. D. Ignacio Valdés Machuca: Dedicatoria. 79.—Al Yumurí. 80.—Cora, romance. 81.—En los días del Sr. Don M. de A., soneto. 82.—Al Sr. D. Martín de Arredondo, soneto improvisado. 83.—Al Sr. D. Fernando de Rojas, residente en San Juan de los Remedios, epístola. 84.—A la Señorita Doña Virginia Parodi, por su inimitable ejecución de los "Caprichos" en el

arpa. 85.—A Doña Inocencia Martínez, dama joven por su inimitable desempeño del papel de María, en la comedia “La Niña abandonada”: El suspiro. 86.—A la Señora Teressina Rossi, en la ópera “La loca por amor”. 87.—Consejos a un amigo. 88.—Las flores del sepulcro, a la sentida y prematura muerte de mi más cara amiga María de las Mercedes Socarraz. 89.—A T . . . , en su día, soneto. 90.—El canario, en los días de Selmora, soneto. 91.—A mi amigo D. Buenaventura Romero, en la muerte de su hijo. 92.—A la Señora Doña C. E., en su día, soneto. 93.—A la Señora Doña C. E., con motivo de haber cantado cierta canción, soneto. 94.—A mi amada, en su día, soneto. 95.—A la Señora Doña C. E., en momentos de cantar la hermosa canción habanera “La bella imagen”. 96.—Atala, canción. 97.—El eco de la gruta. 98.—A Dorila de Almendar, en su día, soneto. 99.—A los ojos de mi amada. 100.—El perjurio de Celia, epístola. 101.—A la ingratitud de Zelmira, canción. 102.—A mi cumpleaños, soneto. 103.—Las faltas, soneto. 104.—El loco cuerdo, soneto. 105.—Sobre la sepultura de Rocinante, soneto. 106.—El usurero, soneto. 107.—Anacreóntica. 108.—Cada uno arri- ma la brasa a su sardina. 109.—La inocencia. 110.—El zorro orador, fábula. 111.—Los bobos, fábula. 112.—El pastor y el mico, fábula. 113.—El grumete retórico, fábula. 114.—La escuela del diablo, fábula. 115.—La flor del café. 116.—El perro. 117.—El jaquetón. 118.—Un remedio, fábula. 119.—La luna de Octubre, en el cumpleaños de Fela. 120.—Amores mosquitos. 121.—A P. G., en la muerte de Fela. 122.—A mi amigo J. de la C. C. en la muerte de Fela, anacreónica. 123.—La flor de la piña, anacreóntica. 124.—Llanto de despedida. 125.—En un álbum: La transformación. 126.—El pescador de San Juan, romance. 127.—La Resurrección, soneto. 128.—El cólera en la Habana. 129.—A el Pan. 130.—El amor pescando, fábula. 131.—Epigramas (20). 132.—El cer- nicalo y la abeja, fábula. 133.—Cementerio ideal: portada. 134.—Imitación (de incierto autor). 135.—En la muerte del Redentor. 136.—La Resurrección, oda. 137.—El evangelio, fábula. 138.—Leyenda caballeresca: El hijo de maldición. 139.—El rruiseñor y el cerdo, fábula. 140.—La estrella del Pan. 141.—Adiós a mi lira (en la capilla). 142.—Fatalidad,

soneto. 143.—Despedida a mi madre, soneto (desde la capilla). 144.—Plegaria a Dios. 145.—La Siempreviva, en loor de D. Francisco Martínez de la Rosa, octavas. 146.—*Al joven D. Francisco Javier Foxá, autor del drama histórico "Don Pedro de Castilla", soneto. 147.—A un amigo en sus natales, octavas. 148.—El amor y el carnero, fábula. 149.—A S. M. la Reina Gobernadora Doña María Cristina de Borbón, en su día: La sombra de Padilla. 150.—A los días de S. M. la Reina Isabel II, oda. 151.—El hombre y el Canario, fábula. 152.—*Décima improvisada, dándosele el pie forzado: Habaneros; Libertad! 153.—*Al general Mejicano (hijo de Cuba) D. A. de la Flor en el acto de su partida a Méjico, encargándole que no leyera esta composición hasta llegar a aquella república (Despedida).

- (24) VALDES, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Poesías completas con doscientas diez composiciones inéditas* /por/ Plácido (Gabriel de la Concepción Valdés). Nueva ed. ilustrada por ocho láminas fotográficas y en color. Buenos Aires, Casa Editorial Maucci Hermanos e Hijos, 1903. 391 p. ilustrada. 19 cm.

Es una nueva edición de las poesías compiladas por Morales (Véase ficha No. 22), con las notas de éste, aunque no incluye la introducción ni le da crédito al editor.

Fue impreso en la Habana, por José López Rodríguez. Contiene: Véase ficha No. 22.

- (25) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Poesías de Plácido* (Gabriel de la Concepción Valdés). Nueva edición. París, Libr. de la Vda. de Ch. Bouret, 1904. XII/13/-353 p. 18 cm. (Biblioteca de poetas americanos).

El material incluido es el mismo de la edición de 1894 (Véase ficha No. 23).—La diferencia en el número de páginas se debe a la tipografía.

- (26) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Poesías completas, con doscientas diez composiciones inéditas*. Habana, Cultural, S. A. /s.a./ 429 p. 23 cm.

Otra impresión de la edición de Morales (Véase ficha No. 22), sin la introducción ni el crédito debido al autor.

(27) VALDES, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Plácido*. Colección escogida de poesías. Barcelona, Seix, editor/cir. 1910/xvi, 174 p. 12.5 cm.

Reproduce la edición del Dr. Pedro Laso de los Vélez. (Véase ficha No. 20).

Datos tomados de José María Eligio de la Puente (*op. cit.*, p. xxxi-xxxii).

(28) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Musa cubana*. París, Casa Editorial Franco-Ibero Americana /s.a./ 205 p. 9.5 cm.

Contiene treinta y cinco poesías agrupadas en Poemas varios, Flores, Fábulas y Lira Póstuma.

Datos tomados de José María Eligio de la Puente *op. cit.*, p. xxxii).

(29) VALDÉS, GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN. *Poesías selectas de Plácido*. Introducción por A. M. Eligio de la Puente. Habana, Cultural, 1930. xi, 313 p. front. 21 cm. (Colección de libros cubanos, v. xix).

Precedida de una introducción biográfica y bibliográfica muy buenas, esta edición recopila las poesías más representativas de Plácido, respetando el título y el texto de las ediciones primitivas, sin las alteraciones que hicieron editores posteriores. Las poesías incluídas tomadas de la compilación de Morales, mantienen el texto de esta edición por no haber sido posible obtener el original que Morales enmendara.

Índice, p. /311/-313.

CONTIENE: I. Poesías satíricas y humorísticas: 1.—Soneto. 2.—Un usurero. 3.—Decepción. 4.—Las faltas. 5.—Esa no la trago yo. 6.—A que no. 7.—El mundo abanico. 8.—La calentura no está en la ropa 9.—A mi cumpleaños. 10.—¡Cuánta ilustración! 11.—Es pedir muelas al gallo. 12.—No hay por donde pasar. 13.—¡Digo...! 14.—¡Quéjense que no hay cacao, pero chorote se bebe! 15.—Epigramas (7). II.—Fábulas y epístola: 16.—El ruiseñor y el cerdo. 17.—La malva y la palma. 18.—El novio soñado. 19.—La estatua de piedra. 20.—El último mono siempre se ahoga. 21.—Los dos perros. 22.—El chivo héroe. 23.—Las hormigas nombrando

rey. 24.—Un símil. 25.—La fortuna del malo es ilusoria. 26.—A Lince, desde la prisión. III.—Egloga: 27.—Egloga cubana. IV. Romances, leyenda, fragmento épico. 28.—Inés y Rosa. 29.—El veguero. 30.—Amor curado. 31.—Romance morisco. 32.—Cora. 33.—Jicotencal. 34.—El hijo de maldición, poema del tiempo de las cruzadas. 35.—A Villaclara, por su acrisolada lealtad a la madre patria, durante la invasión de esta Isla y toma de la Habana por los ingleses en 1776 /sic/. V. Poesías líricas: 36.—La primavera. 37.—Lo que yo quiero. 38.—En los días de Fela, después de su muerte. 39.—El canario, a los días de Selmira. 40.—Muerte de Gessler. 41.—Muerte de César. 42.—Al aniversario de la muerte de Napoleón. 43.—A Grecia. 44.—A Polonia. 45.—A la muerte de Jesucristo. 46.—La resurrección. 47.—La satisfacción. 48.—El pajarillo. 49.—A una concha. 50.—A una adormidera. 51.—El beso de Selmira. 52.—La luna de enero. 53.—Los ojos de mi morena. 54.—La estrella del Pan. 55.—La flor del café. 56.—La flor de la caña. 57.—La flor de la piña. 58.—La flor de la cera. 59.—A unos ojos. 60.—A un pajarillo. 61.—A Mirta. 62.—A mi guajirilla. 63.—A mi barquilla. 64.—Canto del cautivo. 65.—A Nise. 66.—A un pez. 67.—El poeta. 68.—El consuelo. 69.—El invierno. 70.—Súplica (escrita en la prisión). 71.—La siempreviva. 72.—Las venturas del trabajo, al Dr. don Manuel González del Valle. 73.—A la condesa de Merlín. 74.—A la bendición de la nueva nave de la iglesia de Matanzas. 75.—El llanto de despedida. 76.—La luna de octubre. 77.—Las flores del sepulcro, a la sentida y prematura muerte de mi más cara amiga María de las Mercedes Socarraz, acaecida el 10. de agosto de 1838. 78.—La malva azul, en la sentida muerte del poeta cubano José María Heredia. 79.—A la memoria del señor don Tomás Gener. 80.—El juramento. 81.—A la fatalidad. 82.—A la justicia y amor platónico. 83.—Adiós a mi lira, en la capilla. 84.—Despedida a mi madre, en la capilla. 85.—Plegaria a Dios.

PLACIDO

Bibliografía pasiva (Selección)

- Actas de las sesiones de la Real Sociedad de Amigos del País, referentes a la expulsión de Mr. Trumbull de dicha Corporación. En: *Revista Cubana*, t. VII, p. 152.
- El Album. Número extraordinario en obsequio de Plácido. Matanzas, 28 de junio de 1904. Año 1, No. 9.
- Bachiller y Morales, Antonio. Plácido. En: "Revista cubana", t. II, 1885, p. 547-561.
- Bar-Lewaw, Itzhak. Plácido; vida y obra. México, Eds. Botas, 1960.
- Bernal, Emilia. Los poetas mártires: Gabriel de la Concepción Valdés; su vida y su obra. En: *Cuba contemporánea*, T. XXXV, 1924, p. 216-232.
- Betancourt y Hernández, R. Nuevas noticias acerca de la vida de Plácido. Carta a J. A. E. En: *El Album*, Matanzas, 28 de junio de 1904.
- Cabarrocas Horta, José. Zenea y Plácido ante la historia. Conferencia leída en el Ateneo de la Habana. Habana, A. Dorrbecker, 1927.
- Cabrera, Raimundo. Cuba y sus jueces. Habana, Imp. El Retiro, 1887. [Hay varias ediciones].
- Calcagno, Francisco. Plácido (Gabriel de la Concepción Valdés). En: *Diccionario biográfico cubano*. New York, Imp. y Librería de N. Ponce de León, 1878, p. 513-515.
- Calcagno, Francisco. Poetas de color. Habana. Imp. Militar, 1878; Habana, Imp. Mercantil, 1887.
- Carrión, T. Haití, Plácido y Manuel Sanguily. Habana, Imp. La Constancia, 1894.



Pláido

- Casals, Jorge. Plácido como poeta cubano. Ensayo biográfico crítico. Habana, Dirección de Cultura del Ministerio de Educación, 1944.
- El centenario de Plácido. Plácido y la crítica. En: La Discusión. Habana, 20 de marzo de 1909.
- Cervantes, Carlos A. Bibliografía Placidiana. En: Revista cubana. t. VIII, abril-junio 1937, p. 155-186.
- Cervantes, Félix L. Una composición inédita de *Plácido* y su historia. En: Revista histórica, crítica y bibliográfica de la literatura cubana. Matanzas, Imp. de Tomás González, 1916, p. 428-431.
- Colección de los fallos pronunciados por una sección de la Comisión Militar establecida en la ciudad de Matanzas para conocer de la causa de conspiración de la gente de color. Matanzas, Imp. del Gobierno de S. M., 1844.
- Cortina, José Antonio. Defensa del Palenque Literario. Plácido. En: Revista de Cuba, t. XII, 1882, p. 74-87.
- Cruz, Manuel de la. Reseña histórica del movimiento literario de la isla de Cuba (1790-1890). En: Literatura cubana. Madrid, Ed. Saturnino Callejas, 1924. (Obras, III).
- Chacón y Calvo, José María. Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido). En: Las cien mejores poesías cubanas, 2a. ed. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1958, p.66-78. La 1ª ed. se publicó en Madrid, Edit. Reus, 1922.
- Escoto, José Augusto. Una polémica, de *Plácido* relegada al olvido. En: Revista histórica, crítica y bibliográfica de la literatura cubana. Matanzas, Imp. de Tomás González, 1916, p. 170-188.
- Esténger, Rafael. Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido). En: Cien de las mejores poesías cubanas. 2ª ed. Habana, Ediciones Mirador, 1948, p. 104-111.
- Feijóo, Samuel. Sobre los movimientos por una poesía cubana hasta 1856. Habana. Ed. Universidad Central de Las Villas, 1961.
- Figarola Caneda, Domingo. Plácido, poeta cubano; contribución histórico-literaria. Habana, Imp. El Siglo XX, 1922.

- Figarola y Caneda, Domingo. Plácido y el doctor Morales. En: Revista cubana. Habana, est. tip. de Soler, Alvarez y Comp., 1887. Tomo V, p. 27-43, p. 153-160, 259-266, 347-355, 432-443, 550-558.
- Figarola Caneda, Domingo. Milanés y Plácido. Réplica al Sr. Federico Milanés. Habana, Imp. El Siglo XX, 1914.
- Figarola Caneda, Domingo. El retrato de Plácido. Carta de Domingo Delmonte. Habana, 1909.
- Fornaris, José; y Luaces, Joaquín Lorenzo. Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido). En: Cuba poética. Habana, Imp. y Papelería de la viuda de Barcina, 1858, p. 44-54.
- Fuentes y Betancourt, Emilio de los Santos. Aparición y desarrollo de la poesía en Cuba. Lima, Imp. de la Opinión Nacional, 1877.
- García Garófalo y Mesa, Manuel. Plácido, poeta y mártir. México, Edit. Botas, 1938.
- González del Valle, Francisco. Bibliografía. Plácido, por Domingo Figarola-Caneda. En: Cuba contemporánea, t. XXXI, 1924, p. 355-357.
- González del Valle, Francisco. La conspiración de la escalera. Habana, Imp. El Siglo XX, 1925.
- González del Valle, Francisco. ¿Es de Plácido la Plegaria a Dios? Habana, Academia de la Historia de Cuba, 1923.
- González del Valle, Martín. La poesía lírica en Cuba. Oviedo, Vallina y Cía., 1882. [Hay varias ediciones].
- Guiteras, Pedro J. Estudios de literatura cubana. Gabriel de la Concepción Valdés. En: El Mundo Nuevo, Enciclopedia ilustrada. Nueva York, vol. IV, enero 1º de 1874, núm. 60, p. 6; enero 15 de 1874, núm. 61, p. 22-23; febrero 1º de 1874, núm. 62, p. 42-43.
- Horrego Estuch, Leopoldo. Plácido, el poeta infortunado. Habana, Edit. Mecenas, 1949.
- Horrego Estuch, Leopoldo. Plácido, el poeta infortunado. Habana, Ministerio de Educación, Dirección Nacional de Cultura, 1960. (Los Contemporáneos).

- Hostos, Eugenio María de. Biografía de Plácido. Santiago de Chile, 1872.
- Hostos, Eugenio María de. Plácido. En sus Obras completas. Edición conmemorativa del Gobierno de Puerto Rico, Habana, Cultural S. A., 1939. Vol. IX, Temas cubanos, p. 7-109.
- Laso de los Vélez, Pedro. Plácido; su biografía, juicio crítico y análisis de sus más escogidas poesías. Barcelona, Imp. Barcelonesa, 1875. (Biblioteca hispano-americana, 1).
- López Prieto, Antonio. Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido). En: Parnaso cubano, Habana, Ed. Miguel de Villa, 1881, p. 124-144.
- Machado y Gómez, Eduardo. Plácido, Dichter und Martyr. Hannover, 1865.
- Márquez, José de Jesús. Plácido y los conspiradores de 1844. Habana, Imp. La Constancia, 1894.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. Antología de poetas hispano-americanos. Madrid, Real Academia Española, 1893. t. II.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. Historia de la poesía hispano-americana. Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1911, tomo I.
- Mitjans, Aurelio. Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba. Habana, Imp. de A. Alvarez y Cía., 1890.
- Mitjans, Aurelio. Historia de la literatura cubana. Prólogo de Rafael Montoro. Madrid, Edit. América, 1918. (Biblioteca Andrés Bello).
- Monte, Domingo del. Plácido y Manzano. En: "Liceo de la Habana", Año I, núm. 11, viernes 9 de septiembre de 1859, p. 84.
- Reproducido en la Revista de Cuba, t. IV, 1878, p. 476-477, y en sus escritos, Habana, Cultural S. A. 1929, t. II p. 149.

Morales, Sebastián Alfredo de. Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido). Historia completa del poeta mártir, cuyo sacrificio sirvió para intensificar los anhelos de libertad. En: Magazine de la Lucha, dedicado a Matanzas, 1924? p. 122-127.

Es el prólogo a su edición.

Morales, Sebastián Alfredo de. Plácido. Fragmento de una obra inédita por el Sr. D. S. Alfredo de Morales. En: El Pensamiento. Matanzas, Imp. del Diario de Matanzas, 1879, Año I, tomo I, 30 de septiembre de 1879, núm. 4 p. 49.

* Morales, Vidal. Iniciadores y primeros mártires de la Revolución cubana. Habana, Imp. Avisador Comercial, 1901.

Nueva ed: Habana, Cultural S. A., 1931, 3 v.

(Colección de libros cubanos, XXIV-XXVI).

Orihuela, Andrés Avelino. El sol de Jesús del Monte. Novela de costumbres cubanas. París, I. Boix y C^a, 1852.

Piñeyro, Enrique. Gabriel de la Concepción Valdés. En: Revista del pueblo. Habana, Imp. del Tiempo, segunda Epoca, número 22, 30 de agosto de 1866, p. 179-180. [Reproducido en: Estudios y conferencias de historia y literatura. Nueva York, Imp. de Thompson y Morcau, 1880, p. 202-207].

Piñeyro, Enrique. Gabriel de la Concepción Valdés (Plácido). En: Biografías americanas. París, Garnier Hermanos, 1906, P. 329-359.

La poésie de Cuba et le poète Plácido. París, Le Magazin de la libraire, 1858.

Portuondo, José Antonio. Bosquejo histórico de las letras cubanas. Habana, Dirección General de Cultura del

Remos, Juan J. Historia de la literatura cubana. Habana, Imp. Cárdenas y Cía., 1945, 3 v. t. II.

Ministerio de Educación, 1960. (Colección Pueblo); Habana, Ministerio de Relaciones Exteriores, Departamento de Asuntos Culturales, 1960.

* Morales y Morales, Vidal. El retrato de Plácido. Borrador autógrafo de "La Plegaria" y del soneto "La Fatalidad". En: El Fígaro, año V, Núm. 39, Habana, 22 de octubre de 1899, p. 394-395.

Remos, Juan J. Valores poéticos de Plácido. En: Revista Cubana. t. XVIII, ene-dic. 1944, p. 86-104.

Salas y Quiroga, Jacinto de. Viages de D. Jacinto de Salas y Quiroga; Isla de Cuba. Madrid, Boix Editor, 1840, Tomo I, p. 173-182.

Salazar y Roig, Salvador. Historia de la literatura cubana. Habana, Imp. Avisador Comercial, 1929.

Sanguily, Manuel. "Un improvisador cubano". (El poeta Plácido y el juicio de Menéndez Pelayo). En: Hojas literarias, Habana, A. Miranda y C^a, Impresores. Año II, tomo III, febrero 8, 1894, núm. II, p. 93-120. [Reproducido en: Obras completas de Manuel Sanguily. tomo VII, Juicios literarios, Libro Primero. Habana, Molina y C^a Impresores, 1930, p. 215-236].

Sanguily, Manuel. "Una opinión asendereada". En: Hojas literarias, Habana, A. Miranda y C^a Impresores. Año II, tomo V, noviembre 30, 1894, núm. III, p. 411-429.

[Reproducido en: Obras completas de Manuel Sanguily. tomo VII, Juicios literarios, Libro Primero. Habana. Molina y C^a Impresores, 1930. p. 259-273].

Sanguily, Manuel. "Una opinión en contra de Plácido". Notas críticas. En: Hojas literarias, Habana, A. Miranda y C^a Impresores, año II, tomo IV, agosto 31, 1894, núm. IV, p. 425-435.

Sanguily, Manuel. "Otra vez Plácido y Menéndez Pelayo" (Reparos á censuras apasionadas). En: Hojas literarias, Habana A. Miranda y C^a, Impresores, año II, tomo III, Marzo 31, 1894, núm. III, p. 227-254.

[Reproducido en: Obras completas de Manuel Sanguily. Tomo VII, Juicios literarios. Libro Primero, Habana, Molina y C^a Impresores, 1930, p. 237-257].

- Sanguily, Manuel. "El poema perdido de Plácido". En: El Fígaro, marzo 21 de 1909.
 [Reproducido en: Obras completas de Manuel Sanguily. Tomo VII, Juicios literarios. Libro Primero. Habana, Molina y C^a Impresores, 1930, p. 275-283].
- Suárez y Romero, Anselmo. Prospecto para una biblioteca de escritores cubanos. En: Revista de Cuba, año II, tomo III, 30 de abril de 1878. Núm. 4, p. 294.
- Varona, Enrique José. La nueva edición de Plácido. En: Revista cubana, Habana, Est. tip. de Soler, Alvarez y Comp., 1886. Tomo IV, p. 372-373. Reproducido en: Artículos y discursos, Habana, Imp. de Alvarez y C^a, 1891.
- Vingut, Javier. Joyas de la poesía española. Gems of Spanish Poetry, New York. J. F. Vingut and. C^o, 1855.
- Tejera, Diego Vicente. La muerte de Plácido. Cuadro dramático. New York, Imp. de N. Ponce de León, 1875.
- Trelles, Carlos M. Bibliografía placidiana. En: Cuba y América, 3 de julio de 1904. Reproducida en: Bibliografía cubana del siglo XIX, Matanzas, Imp. de Quirós y Estrada, 1911, t. II, p. 176.
- Vitier, Cintio. Lo cubano en la poesía. Habana, Ed. Universidad Central de Las Villas, 1958.
- Ximeno y Cruz, Dolores María de. La conspiración.—Plácido Cap. V de Aquellos tiempos... Memorias de Lola María. Prólogo de Fernando Ortiz. Habana, Imp. y Papelería El Universo, 1928, p. 47-58.
- Zambrana, Ramón. Diferentes épocas de la poesía en Cuba. En: Obras literarias, filosóficas y científicas. Tomo I. Habana, Est. tip. La Cubana, 1858.

*Bibliografía esquemática
de Plácido
(Según Itzhak Bar-Lewaw)*

| Año (s) | D a t o s | E s c r i t o s |
|---------|--|-----------------|
| 1809 | Nacimiento de Grabiél de la Concepción Valdés, el 18 de marzo, en la calle Bernaza en La Habana. Padres: Diego Ferrer Matoso y Concepción Vázquez. | |
| 1809 | En el día de 6 de abril, bautismo del niño en la Real Casa de Maternidad, situada en la calle de Ricla (hoy Muralla en la esquina a la de Oficial) en La Habana. | |
| ? | Su padre Diego Ferrer Matoso extrae a su hijo de la dicha institución para dejar a Gabriel al cuidado de su abuela. | |

| Año (s) | D a t o s | E s c r i t o s |
|---------|---|---|
| 1819 | Dos años de primera enseñanza en la Habana bajo la dirección del maestro y poeta Pedro J. de Sol; pasa al colegio Belén y al fin se encuentra en el Colegio "El Angel" con el profesor Francisco Bandarán. | A la edad de 12 años, el futuro poeta compone sus primeros versos: el soneto "Una Hermosa". |
| 1821 | Se interrumpen sus estudios elementales. La necesidad económica le hace entrar en una carpintería, cuyo aprendizaje dura poco. En el mismo año ingresa como alumno en el taller del retratista don V. Escobar. | |
| 1823 | Deja el taller de Escobar para aprender la tipografía en la imprenta de don José Severino Boloña. | |
| 1824 | | Soneto "Invocación" que aparece en muchas ediciones sin fecha. |
| 1825 | A los 16 años abandona a Gabriel la tipografía para | |
| 1826 | dedicarse a la industria de peinetas. | |

| Año (s) | D a t o s | E s c r i t o s |
|---------|---|---|
| 1819 | Dos años de primera enseñanza en la Habana bajo la dirección del maestro y poeta Pedro J. de Sol; pasa al colegio Belén y al fin se encuentra en el Colegio "El Angel" con el profesor Francisco Bandarán. | A la edad de 12 años, el futuro poeta compone sus primeros versos: el soneto "Una Hermosa". |
| 1821 | Se interrumpen sus estudios elementales. La necesidad económica le hace entrar en una carpintería, cuyo aprendizaje dura poco. En el mismo año ingresa como alumno en el taller del retratista don V. Escobar. | |
| 1823 | Deja el taller de Escobar para aprender la tipografía en la imprenta de don José Severino Boloña. | |
| 1824 | | Soneto "Invocación" que aparece en muchas ediciones sin fecha. |
| 1825 | A los 16 años abandona a Gabriel la tipografía para dedicarse a la industria de peinetas. | |
| 1826 | | |

| Año (s) | D a t o s | E s c r i t o s |
|-------------------|---|---|
| 1838 | Estancia en la cárcel durante 7 días, por una deuda. | En la cárcel compone la epístola "A Doris desde la prisión". |
| 1838 Nov. | | Primera edición de su obra. Matanzas, Imprenta de Gobierno y Marina. |
| 1839 | Entrevista de Plácido con Andrés de la Flor, cubano de origen y general en el Ejército mexicano. | Plácido dedica a De la Flor la "Despedida al general mexicano, hijo de Cuba, don Andrés de la Flor". |
| 1840 | Viaje a tierra-adentro. Se traslada a Trinidad y a Santa Clara; visita Cienfuegos, Remedios y Sagua la Grande. Colabora en el periódico "El Eco de Villa Clara". La policía, que vigila a Plácido, lo reduce a prisión. Debe su libertad a la intervención del potentado Antonio Mesa Santa María. | Los sonetos: "A Grecia", "A Polonia", "Una lágrima de sangre", "A Venecia". En el "Eco de Villa-Clara" se insertan entre otras producciones: "A Villa-Clara", "La Envidia", "El Santo de Nise", "La flor de Café". |
| Fin de 1840 | Regresa de Matanzas. | |
| 1841 | | Edición de "El Veguero". Poesías cubanas dedicadas por Plácido a sus amigos de Villa-Clara. Matanzas, Imprenta de Comercio. |

| Año (s) | D a t o s | E s c r i t o s |
|---------|---|---|
| 1842 | | Segunda edición de "El Veguero". Matanzas. |
| 1842 | El 27 de noviembre contrae nupcias con María Gila Morales en Matanzas. | Festiva poesía: "Ya me caso". |
| 1843 | El 2 de marzo efectúa su segundo viaje por tierra adentro, sin su esposa. Corta detención en Villa Clara. Pasando por Trinidad, lo arrestan el 6 de abril. Seis meses en la cárcel. | En la prisión escribe entre otros: "A la muerte de Cristo", "A Lince", "La Resurrección", "Mi Prisión", "La Veguera inocente", "La Rosa de Trinidad", "El bardo cautivo", "Las Pasiones". |
| 1843 | Noviembre. Regreso a Matanzas. | Edición de "El Hijo de Maldición". Poema del tiempo de las Cruzadas. Matanzas. Imprenta de Gobierno. |
| 1844 | 30 de enero. Encarcelamiento de Plácido en Matanzas. "La Escalera". Proceso entre los días 3-5 de junio. 12 de junio. La condena a pena de muerte. 22 de junio. Aprobación de la sentencia por el general O'Donnell. 28 de junio. Fusilamiento de Plácido a la edad de 35 años, 3 meses y 10 días. | Escribe en la prisión: "A la Justicia", "Despedida a mi madre", "Adiós a mi lira", "Plegaria a Dios". |

Crítica bibliográfica

HÉROES DE CUBA (los héroes del desastre) por Ricardo Fernández de la Reguera y Susana March. Barcelona, Planeta [1963] 569, /5/ p. 17 cm.

(Episodios nacionales contemporáneos, 1)

Con la lectura de estas páginas nos acercamos a los héroes españoles de Cuba por medio de la historia novelada. Personalmente el género nos entusiasma, pero además es ésta una muy buena novela histórica aun teniendo en cuenta su origen y los puntos de vista que esto supone.

La obra se desenvuelve en los últimos meses de la guerra de independencia de Cuba, de febrero de 1898 hasta agosto del mismo año, es decir, el período en que la participación norteamericana era ya franca y efectiva; aunque a través de los diálogos se insertan acontecimientos cubanos y españoles anteriores, como de la Guerra de los Diez Años, y del proceso de Montjuich.

Los autores han integrado acertadamente el material histórico con el narrativo, logrando reconstruir la vida de las tropas españolas en Santiago de Cuba y la de los políticos en Madrid, con extraordinaria vivacidad.

Es abundante la interpolación de textos y documentos de fuentes españolas, lo cual resulta valioso para la historiografía cubana. Es de señalar que una de las fuentes que más siguen los autores es *La Escuadra española en Santiago de Cuba* de Francisco Arderius, debido a la variedad de anécdotas que la misma ofrece. Pero hay algo muy singular en el aprovechamiento de esta fuente, y es que los detalles que dicho autor ofrece sobre el trato caballeroso y buen comportamiento que los oficiales y autoridades norteamericanas ofrecen a Cervera y sus oficiales tanto aquí como en su estancia en Annapolis, son omitidos, destacándose sin embargo, la ofensa, el rencor que sienten todos los españoles por el

aprovechamiento que de la situación hizo la nación de los comerciantes.

El libro trata de demostrar como lo dice su título, que los verdaderos héroes de Cuba, mirado desde España, fueron los soldados, marinos y oficiales españoles que soportaron el miedo, la enfermedad, la falta de alimentación, las incomodidades, las añoranzas y la muerte de una guerra injusta, absurda y desproporcionada. Para esto hilvanan una serie de diálogos, situaciones y narraciones que van pintando la psicología del soldado que llegaba aquí por un sorteo del cual no podía librarse, si no tenía las 1,500 pesetas que costaba la redención del servicio.

Toda la acción se desenvuelve a nivel de pueblo, las clases privilegiadas están ausentes, aparecen solamente para explicar su actuación como poder en España, donde con mano maestra está pintada la burocracia en la figura de don Herminio Busto Cordón. El neocristianismo español reconoce los errores, comprende la injusticia, pero continúa achacándosela a los hombres como individuos, no insinúa siquiera la responsabilidad del sistema en la reacción de los mismos.

Es notable en esta novela la equidad con que sus autores tratan las figuras de los cubanos y los acontecimientos más sobresalientes de la guerra, como la muerte de Martí y de Maceo y la actuación de Weyler, aunque el enfoque de estas cuestiones no sea todo lo acertado que quisiéramos. Con respecto a la muerte de Martí, se considera que éste se arriesgó a la muerte por creerse obligado a hacer honor al grado militar que se le había concedido, lo cual implica falta de conocimiento de las características del Apóstol, que miraba siempre al futuro y no al presente. Lo que Martí buscaba en Dos Ríos era la autoridad moral que le permitiera ser el elemento de cohesión que aglutinara las fuerzas impetuosas que toda revolución desata. En cuanto a Weyler, justifica su crueldad basándose en la guerra sin cuartel que hacían los mambises y tratando de comparar la destrucción de propiedades o de guarniciones españolas que hacían éstos con el desalojo y muerte por inanición de los campesinos indiscriminadamente, y a pesar de que señala el saldo te-

rrible de muertes que la reconcentración dejó, no relata ninguno de los episodios dantescos de la misma, que fueron del mismo tipo de los que se usan en otros lugares del libro para dar colorido a la narración.

Para tramar algunos episodios románticos se imaginan lances entre los soldados y las negras y mulatas de la población de Santiago y aunque se narran episodios de emboscadas y asesinatos de soldados como venganza y parte de la lucha, lo cual dudamos, se reconoce la lealtad de las mujeres a las fuerzas insurrectas.

En resumen, la obra resulta bien escrita, medular y placentera, y no se le puede pedir más a una novela histórica.

Amalia Rodríguez

FRANCO, JOSÉ LUCIANO. *Plácido, una polémica que tiene cien años, y otros ensayos*. Habana, Ediciones Unión — Ensayo, c1964. 72 p. 21 cm.

En los Cuadernos de Historia Municipal, en periódicos, revistas, conferencias; a través de ya más de setenta años de vida pujante y saboreada, hecha a fuerza de espíritu y batalla, José Luciano Franco ha abordado el tema diario y el tema excepcional de nuestra historia. Sabio en lo erudito y en lo cotidiano, su criterio no ha desatendido ningún aspecto, ningún tajazo de lo nuestro y de lo ajeno.

Esta edición de la UNEAC es una muestra efectiva y entusiástica de la versatilidad creadora de su autor: seis ensayos añejos y presentes que van, desde una reiteración en Plácido hasta una quema de libros en Santiago, desde otra vez Santiago con Esteban Salas y los palenques, hasta el ámbito americano de negros recién arraigados y de conspiradores arrepentidos de finales del *siglo de las luces*.

El primer ensayo, que da título a la publicación, es un intento de renovar una polémica más que secular: conmemoramos el CXX aniversario del fusilamiento de Plácido. El trabajo se desarrolla presentando —en confrontación indispensable y sugestiva— párrafos entresacados de estudios eruditos, escritos de ocasión, prólogos, comentarios de quienes, ya en Cuba, ya en otros paisajes, se vieron en la necesidad de decir algo más de la vida cada vez más enigmática de nuestro infeliz poeta. Moviéndose entre estas opiniones, el autor ofrece, sin proponérselo, en una cronología del estudio de Plácido, el desarrollo de la exégesis de nuestra literatura, y proponiéndoselo, las distintas facetas que presenta la vida del poeta, desde la poco exacta apariencia servil y adulatora que le imputaran, “para atacarle o defenderle” algunos de sus contemporáneos, hasta los tampoco ciertos valor

y patriotismo con que, en la última década del siglo XIX, le quisieron honrar hombres de la condición de Juan Gualberto Gómez.

Salas, el compositor olvidado fue escrito en ocasión del sesquicentenario de su muerte. Anterior a los estudios definitivos de Pablo Hernández Balaguer, este ensayo logra ofrecernos una biografía sintética y documentada no sólo con los hallazgos de Alejo Carpentier, sino con los datos obtenidos, a través de búsquedas en el Archivo Nacional y en la iglesia del Santo Cristo de la Habana, por el propio autor. Superada su novedad por los aportes de PHB, continúa siendo interesante por la forma escueta en que nos presenta la vida de Salas y por ser una muestra más de la calidad de su autor.

Máxima autoridad en la materia —hace años que esperamos la historia de los *palemques* que sólo él puede darnos—, José Luciano Franco presenta en este ensayo, *Palenques del Frijol, Bumba y Maluala*, la lucha sostenida en la segunda década del siglo XIX por los negros cimarrones apalencados y los personajes de la Colonia, amedrentados por los éxitos, aún frescos en el recuerdo, de los negros haitianos y por la presencia impostergable de la lucha independentista en Tierra Firme. En forma de relato, describe la vida en los *palenques*: sus cultivos, armamento, producciones artesanales —cera— y relaciones comerciales, y sus formas de lucha contra los *ranchadores* y sus feroces perros de presa. Así va refiriéndose, primero, a *El Frijol*, palenque establecido en Moa y que reunía a más de 400 cimarrones, de los que, al tomarlo después de un largo asedio, sólo pudieron capturar a tres. Luego, a *Bumba y Maluala*, palenques de gran extensión, que bajo el mando de sus jefes —Coba y Gallo— conservaron su resistencia por muchos años, frente a la desesperación de gobernantes y pobladores de las aterrorizadas villas orientales. La beligerancia de estos *palenques* hace recordar, forzosamente, la de aquellos que, en los años terribles de la guerra del 68, sirvieron de ayuda indispensable a las exhaustas tropas mambisas.

La presencia africana, desde Nueva Escocia hasta el Río de la Plata, en bateyes, ciudades, plantaciones cañeras, de

algodón, en mestizaje con blancos —españoles, franceses, ingleses, portugueses— y con indios —aztecas, incas, mayas, amazónicos, seminolas— es rastreada con tenacidad en *Variaciones sobre temas afroamericanos*. Basado en una conferencia pronunciada por el autor con motivo de cumplirse el primer centenario de *La Cabaña del tío Tom*, este ensayo constituye una interesante contribución al conocimiento de la cultura africana en América. A más de señalar la diversidad de formas con que el negro contribuyó al florecimiento de nuevos cultivos en América, estudia su papel en las luchas independentistas y en la cultura de sus nuevas naciones. Las figuras del peruano Santiago Rosales, “el Alarife Mulato, Maestro Mayor de la Catedral de Lima en 1741, Arquitecto director de las obras del Convento de San Juan de Dios y del San Agustín” y del brasileño Antonio Francisco Lisboa, el Aleijadinho, tal vez el más famoso escultor colonial americano, son ejemplo preciso del vigor que esta raza aportara a países nacientes y con culturas —la europea y la autóctona— sin una síntesis posible. Al abordar el estudio de la obra de la señora Stowe, José L. Franco hace hincapié en la reacción suscitada por su publicación, que tomara cuerpo en los *Argumentos en defensa de la esclavitud* donde fueron recogidos todos los argumentos esgrimidos a favor de la esclavitud, desde los meramente económicos hasta los bíblicos —con respecto a estos últimos nos es indispensable mencionar el ensayo del compañero Roberto Friol, de próxima aparición, en el que se estudia la presunta justificación bíblica al régimen esclavista norteamericano en *La Cabaña del tío Tom*.

Bajo el título de *Los Revolucionarios arrepentidos* el autor nos representa a un *Victor Hugues* mallorquín, digno personaje de *El Siglo de las luces*. Juan Mariano Picornell, así se llama nuestro héroe, fue dirigente de la conspiración de San Blas, descubierta en Madrid en 1795. De ideología masónica y republicana, pretendía establecer una Convención Nacional en Madrid. Dispuesta su prisión, llegó a La Guaira en 1796, pero a través de artimañas y valiéndose de la lástima que inspirara a sus carceleros, se le permitió, junto con sus compañeros de celda, abandonar aquella y

pasearse con cierta libertad por la ciudad. Conspiró nuevamente y esta vez logró escapar. Estuvo en Curazao y en la Guadalupe, conspirando igualmente. Años más tarde apareció en Baltimore donde trabajó como físico. Regresa a Venezuela en 1810 y es Intendente de Policía de la primera República. Tiene que abandonar Caracas y va a parar a Texas donde se convierte en Presidente del Gobierno Republicano. Pero de pronto arroja por la borda su actitud revolucionaria y, en 1825, muere en nuestro pueblo de Nuevitas el Regidor Juan Mariano Picornell, que habiendo abjurado de sus doctrinas, merece el perdón y la fraternidad de los gobernantes de la Colonia.

El último ensayo *Hoguera de libros en Santiago de Cuba*, también se desenvuelve en estos principios del siglo XIX. Aunque ya estaba prohibida la entrada de cuanta publicación atentara contra la seguridad del régimen español, en 1824 el capitán general Dionisio Vives insistía expresamente en la prohibición "de cierto periódico que sale en New York con el título del *Habanero*". Pero como quiera que no existía el reglamento imprescindible para llevar a feliz término la sin par ejecución, se remitió desde la Habana un pliego con las instrucciones precisas. De esta forma, el primer cargamento de libros que llegó a Santiago fue incinerado dentro de la más rigurosa ceremonia, sin olvidar ningún detalle.

En este siglo, a diferencia del anterior, el ensayo histórico ha superado, en rigor científico y profundidad, los trabajos de la crítica o el ensayo literarios. La publicación, por Ediciones Unión, de estos ensayos de José Luciano Franco, constituye un acierto esperanzador, una promesa de ediciones similares que serían, como ésta, de interés inapreciable. En este sentido, nos es preciso señalar —a fin de que en el futuro se rectifique— más que un error, un lamentable olvido: la ausencia total de fechas, ya de publicación, ya de realización, al pie de cada ensayo, que por la naturaleza misma de la eterna controversia histórica —más aún en este período de revalorización— se hacen absolutamente necesarias.

Luisa Campuzano

LE RIVEREND, Julio. *Historia económica de Cuba*. [La Habana] 1963. (Escuela de Comercio Exterior MINCEX). 264 p. ilustr. 22.5 cm.

No cabe duda que la obra de Julio Le Riverend marcará con una piedra miliar la historiografía cubana; por fin tenemos un texto coherente, rico en materia y pensamiento. Como afirma Sergio Aguirre (*Cuba Socialista*, abril de 1964, p. 134-36): "Abordada con obligado espíritu de síntesis, ofrece el panorama de nuestro isleño desenvolvimiento —desde el ángulo de acontecimientos económicos fundamentales— enmarcándolo en el proceso del acontecer europeo, cuyos básicos lineamientos son puestos al alcance del lector, cuidadosamente, como antecedentes indispensables... Hay aquí a todas luces, añade Aguirre, el producto de un pensamiento reposado y maduro, formulado a nivel, ¿cómo escapar a tal expresión?, visiblemente universitario". ¿Nivel universitario? El director de la Escuela de Historia de nuestra Universidad me permitirá que respetuosamente discrepe. Apretada síntesis, de acuerdo, más no se podía hacer en 264 páginas en 8º, a las cuales, por añadidura, la preocupación por situar nuestro proceso económico en un marco más amplio les roba considerable espacio. La obra, muy al contrario, responde perfectamente a lo que su autor dice en la *Nota preliminar*: "Una versión de las clases de Historia Económica de Cuba impartidas en la Escuela de Cuadros del Ministerio de Comercio Exterior y en la Escuela de Economía de la Universidad de la Habana". Es decir, a un alumnado ajeno al quehacer histórico y de floja, por no decir ayuna, preparación en este campo.

Donde sí estamos de acuerdo con el profesor Aguirre, es en que la obra refleja una gran madurez de pensamiento e inusitada riqueza de análisis crítico, resultado de más de

treinta años de estudio y meditación sobre estos temas. La extensa bibliografía de Le Riverend es hartamente conocida aquí y en el extranjero, para que sea preciso recordar los principales títulos: mencionemos sin embargo *Orígenes de la economía cubana*, México, 1945 y *La Habana, biografía de una provincia*, La Habana, 1960, entre cuyos cinco lustros se despliega una fecundísima labor de *mise á point* de nuestro desarrollo económico. Marxista desde los años treinta, Le Riverend domina con soltura el materialismo histórico y no necesita citar a los clásicos a cada paso; su pensamiento está presente sin que su presencia estorbe, y esto le da a su obra la agilidad que tanto añoramos en otros textos. Pero esto dicho, los alumnos de la Escuela de Historia y el público a quien guste la erudición, son acreedores de una obra mucho más amplia, de *verdadero nivel universitario*, donde se ahonden ciertas cuestiones, se discutan criterios y actitudes y donde el "encuadre" quede reducido a simples referencias a hechos y procesos ya supuestamente conocidos. Para la realización de ese libro, que necesitamos con urgencia, nadie tiene mayor aval, y es pensando en esa nueva *Historia económica del pueblo de Cuba*, en varios tomos, que queremos seguir dialogando con su autor.

La materia está dividida en seis partes de desigual extensión. La primera (32 p.) estudia los antecedentes y orígenes económicos del descubrimiento, situando además al "Hombre Colón" frente a su obra; la segunda parte destinada a describir la conquista es mucho más breve (p. 33-46) y el autor esquivo con maestría la trampa en que caen casi todos los historiadores, que seducidos por el tema, le dan desmedida importancia a la conquista y a la población indígena. Los capítulos que comprenden la tercera parte: Europa y América en los siglos XVI y XVII están entre los más originales de la obra, y por primera vez tenemos un cuadro sistematizado de los orígenes de nuestro desarrollo económico. Son en particular excelentes los breves párrafos destinados a exponer el proceso de apropiación del suelo cubano por la oligarquía latifundiaría, se aclara aquí perfectamente la cuestión, y sentimos que nos hallamos en presencia de un verdadero especialista. Pero quedamos con el

deseo de saber más, de ver tratado el tema con más amplitud y puestas en su lugar tantas rapazadas como se han escrito sobre la materia. La fecha escogida para cerrar el período —1659, Tratado de los Pirineos— es muy acertada; sitúa de plano nuestro desarrollo económico en el marco de la expansión del capitalismo mercantil: el *Navigation Act* y la política americana de Colbert. La mayoría de nuestros historiadores, hasta hace unos pocos años, había tomado demasiado en serio el hecho de que seamos una isla, y de ahí que pretendieran enfocar su historia ignorando la correlación mundial de fuerzas, y sus profundas implicaciones en el Caribe. Conocidos son, por otra parte, los estragos que entre nosotros hizo el determinismo geográfico. Le Rive-*rend* sitúa correctamente nuestra Isla en el mundo, y ese es uno de los mayores méritos de la obra.

Prosiguiendo el análisis, señalemos que en la cuarta parte —1659-1886—, otro corte heterodoxo, se aborda a grandes rasgos el desarrollo y decadencia de la economía colonial (p. 114-188). Tal vez nos hubiese gustado más como “fecha bisagra”, el fin de la guerra de los Diez Años que la adoptada por el autor —extinción legal de la esclavitud—, pues en realidad después de 1880 el trabajo servil ya casi no tuvo efectividad económica y, no habiendo funcionado realmente el Patronato, la fecha verdadera de la abolición de la esclavitud es 1880 y no 1886. En estos apretados capítulos asistimos al nacimiento y desarrollo de la economía de plantación, cuyo auge el autor sitúa en 1860, de acuerdo con Moreno Fragnals. La fecha no admite discrepancias y señala el comienzo de la agonía de la servidumbre como sistema. El capítulo XVII (p. 146-158), consagrado a estudiar el problema de la fuerza de trabajo en el marco del sistema esclavista, está trazado con mano maestra y, a pesar de su concisión, aporta numerosas y sugestivas ideas nuevas. Moreno en *El Ingenio* tratando el mismo asunto en triple espacio no podrá ahondarlo más, lo cual demuestra la enjundia de esas páginas.

La quinta parte de la obra analiza la economía cubana en la fase imperialista (1886-1958); el tema resulta más nuevo, pero la documentación aún no ha sido suficientemente

elaborada, y es perceptible que el autor marcha con menos garbo sobre un terreno más movedizo. Las 62 páginas consagradas al período más importante de nuestra historia avivan el deseo de saber aún más, despertado desde los primeros capítulos. Es obvio que no se podía darle mayor extensión a esta parte sin desequilibrar la arquitectura de la obra, y *Le Riverend, marxista-cartesiano*, se cuida mucho de las proporciones. Sabemos que en el Instituto de Historia de la Academia de Ciencias se trabaja intensamente en el acopio de materiales sobre el siglo XX, pero nada nos consuela ni calma nuestra impaciencia por la segunda edición, *en dos volúmenes* y sin erratas ¡por favor! La última parte, y no la menos esperada, comprende los años 1959-61: el tránsito hacia la economía socialista. Son sólo 12 páginas en las que se señalan las etapas del tránsito de la revolución pequeñoburguesa al socialismo. Estamos aún demasiado cerca de estos acontecimientos históricos para poder situarlos con la debida perspectiva, pero el lector encontrará un análisis ponderado y lúcido de la secuencia de los hechos que, en su aspecto económico, condujeron a la realidad actual.

Sorprenderá a muchos la forma novedosa en que se ha dividido nuestra historia, algo habrá que discutir aún sobre ello, pero nos parece que a la postre el autor ganará la controversia, y que sus criterios pronto serán incorporados a los programas académicos. Es obvio que la periodicidad de la historia tiene que ser precaria, está en el acontecer de cada generación histórica el revisarla según sus propias vivencias.

El compañero Sergio Aguirre concluye la crónica que comentábamos al principio, destacando el servicio que esta obra viene a prestar a la Revolución: "Sin duda ha de ser discutida, como todos los textos que hoy revisen nuestro pasado, cabe garantizar sin embargo que la controversia será fecunda, pues el libro no contiene puerilidades ni usa malas artes vocingleras para llamar la atención". De ninguna manera podía caracterizarse mejor este gran libro, escrito con serenidad, moderación y valentía, transido en cada página de amor a Cuba y a su Revolución socialista.

Juan Pérez de la Riva.

Libros del Trimestre

Geografía - Historia - Economía - Marxismo-leninismo
Crítica literaria

Miguel Jiménez

LAWSON, JOHN HOWARD. *Teoría y técnica del guión cinematográfico* /Traducido del inglés por Tomás Gutiérrez Alea/ La Habana, Ediciones ICAIC, 1963. 118 p. /8/ h. ilus; fotos; retr. 22 cm.

Contiene: Introducción: p. 5-9.— Estructura del film: p. 11-12.— El conflicto en el movimiento: p. 13-29.— La acción cinematográfica: p. 31-37.— La banda sonora: p. 39-43.— La unidad en la progresión dramática: p. 45-53.— El ámbito social: p. 55-59.— La composición cinematográfica: p. 61-62.— El hilo narrativo: p. 63-71.— La introducción al conflicto (La exposición): p. 73-80.— La progresión: p. 81-91.— La Escena de rigor: p. 93-99.— El clímax dramático: p. 101-109.— La creación del personaje: p. 111-118.— Ilustraciones: p. /119-126/.—Índice de ilustraciones: p. /127/.—Índice de nombres citados: p. /129-130/.—Índice de films citados: p. /131/.—Índice: p. /133/.

LENIN, VLADIMIR ILICH. *La emancipación de la mujer*. La Habana, Editora Política /c 1963/ 154 p. tablas. 19 cm. Pr. \$0.50.

Tomado de acuerdo con la 4ª ed. en ruso. Prólogo de N. K. Krupskaja: p. 7-17. Apéndice: Recuerdos de Lenin, por Clara Zetkin: p. 101-138.—Notas: p. 141-149.

En el prólogo dice su compañera N. K. Krupskaja: (30 de nov. de 1933). "A lo largo de su actuación revolucionaria, Lenin, escribió y habló mucho en sus discursos sobre la emancipación de la mujer trabajadora, de la obrera y la campesina. Naturalmente, la causa de la emancipación de la mujer está ligada de manera indisoluble a toda lucha por la causa obrera, con toda la lucha por el socialismo. Conocemos a Lenin como guía de las masas trabajadoras, como organizador del Partido, como organizador del Poder Soviético, lo conocemos

como combatiente y como constructor. Cada obrera y cada Koljosiana deben conocer toda la labor de Lenin, toda su actividad en su conjunto, y no sólo lo que Lenin dijo sobre la situación de los trabajadores y sobre su emancipación, pero precisamente porque existe una vinculación más íntima entre la lucha de clase obrera y el mejoramiento de la situación de la mujer V. I. se detuvo con frecuencia en sus discursos y artículos a examinar esta última cuestión..."

LENIN, VLADIMIR ILICH. *Ideología y cultura socialista*. La Habana, Editora Política /c 1963/ 71 p. 19 cm.

Contiene: El socialismo y la religión: p. 5-11.—Actitud del Partido Obrero ante la religión: p. 13-26.—Actitud de las clases y de los partidos ante la religión y la iglesia: p. 27-38.—Tareas de las juventudes comunistas. Discurso pronunciado en el II Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas de Rusia, el 2 de oct. de 1923: p. 39-60.—La cultura proletaria: p. 61-63.—Notas: p. 65-69.

LENIN, VLADIMIR ILICH. *Sobre la literatura y la prensa*. La Habana, Editora Política /c 1963/ 42 p., /3/ h. 19 cm. Pr. \$0.20.

Bibliografía y notas al pie de páginas.—Tomado de las obras completas de Lenin; Buenos Aires, Editorial Car-

tago, que fue traducida de la 4ª ed. en ruso.

LE ROY GÁLVEZ, LUIS FELIPE. *Fray Gerónimo Valdés, Obispo de Cuba: su vida y su obra /y/ La Iglesia Parroquial del Espíritu Santo de La Habana, reseña histórica. /Por/ Mons. Angel Gaztelu Gorriti*. La Habana, 1963. 103 p., /13/ h. ilus., láms., facsms., fotos. 22 cm.

MANSILLA, LUCIO V. *Una excursión a los indios ranqueles*. /La Habana/ Casa de las Américas /1963/ xi, 11-417 p. /2/ h. 19 cm. (Colección literatura latinoamericana, 5) Pr. \$1.75. 5,000 ej.

Con prólogo de *Calvert Casey*: p. vii-xi.—

Relato sobre la vida de los indios ranqueles, una de las más grandes tribus araucanas. Este trabajo apareció por vez primera en el periódico "La Tribuna" de Buenos Aires.

"...El coronel Mansilla lleva una misión pacificadora que le ha sido encomendada por el Pres. Sarmiento cuando penetra en el inmenso territorio de los ranqueles, parte del antiguo imperio araucano. Los araucanos no se sometieron nunca al colonizador español y la joven república Argentina necesitaba firmar con esta tribu un tratado de paz que ponga fin a sus incursiones por territorios que deberá atravesar el ferrocarril trasandino, que la unirá con Chile..."

MAO TSE-TUNG. *Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo*. La Habana, Editora Política /c 1963/ 69 p., /1/ h. 19 cm. Pr. \$0.25.

Contiene: Dos tipos de contradicciones de carácter diferente: p. 5-23.—La eliminación de los contrarrevolucionarios: p. 23-27.—Cooperación agrícola: p. 28-32.—La cuestión de los industriales y los comerciantes: p. 32-35.—El problema de los intelectuales: p. 35-38.—La cuestión de las mineras nacionales: p. 38-39.—Planificación total, consideración completa y arreglos apropiados: p. 39-41.—Sobre las orientaciones de que cien flores se abran y compitan cien escuelas ideológicas; coexistencia duradera y mutuo control: p. 41-50.—Acercas de los desórdenes producidos por un pequeño número de personas: p. 50-53.—¿Puede una cosa mala transformarse en buena?: p. 53-55.—Sobre el régimen de economías: p. 56-58.—El camino de la industrialización de China: p. 58-61.—Notas: p. 65.

MAO TSE-TUNG. *Sobre la contradicción*. La Habana, Editora Política /c 1964/ 64 p., /4/ h. 19 cm. Pr. \$0.25.

c. 1963.—Tomado de Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1962.

Contiene: Las dos concepciones del mundo: p. 8-14.—

La universalidad de la contradicción: p. 14-19.—La particularidad de la contradicción: p. 19-37.—La contradicción principal y el aspecto principal de una contradicción: p. 37-46.—La identidad y la lucha de los aspectos de una contradicción, p. 47-56.—El papel del antagonismo en la contradicción: p. 56-59.—Conclusión: p. 59-61.—Notas p. 63-64.

MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS. *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. /La Habana/ Casa de las Américas /1963/ vii-xiv, 328 p., /5/ h. 15 × 19 cm. (Colección literatura latinoamericana).

Bibliografía y notas al pie de páginas. Primera ed. 1928.

Contiene: Nota preliminar: p. vii-xii.—Advertencia: p. xiii-xiv.—Esquema de la evolución económica: p. 1-22.—El problema del indio: p. 23-32.—El problema de la tierra: p. 33-86.—El proceso de la instrucción pública: p. 87-142.—El factor religioso: p. 143-174.—Regionalismo y centralismo: p. 175-208.—El proceso de la literatura: p. 209-328.

MARINELLO VIDAURRETA, JUAN. *En los sesenta años de Julio Antonio Mella: Mella y el Primer Congreso Nacional de Estudiantes*. /La Habana, Universidad de La Habana, 1963/. 26 p. 22 cm.

"Palabras de Gustavo Aldeguía que antecederon a la conferencia que fue pronunciada el 25 de abril... p. 25-26.

MARTÍ, JOSÉ. *Páginas inéditas; o, dispersas. Introducción y notas por Gonzalo de Quesada y Miranda.* /La Habana/ Universidad de La Habana, 1963. /v/-x, 316 p. /2/ h. facsims. 29 cm. (Biblioteca de autores cubanos, 28).

Bibliografía y notas al pie de páginas.

Contienen estas páginas inéditas o dispersas de Martí, cartas, artículos y dedicatorias que salieron en revistas y periódicos, después de quedar interrumpida en 1949 la Edición Trópico de las Obras completas de Martí. Son inéditos los apuntes de Martí en los famosos debates en el Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa, de su discurso en homenaje al violinista Rafael Díaz Albertini y las traducciones de algunos poemas.

Contiene: Martí en el Liceo de Guanabacoa: p. 1-69.—Martí traductor: p. 71-92.—Artículos desconocidos: p. 93-192.—Epistolario: p. 193-238.—Dedicatoria: p. 239-260.—Fragmentos: p. 261-316.—Se trata de material no incluido en la edición editada por el Archivo Nacional en ocasión del centenario.

MARTÍNEZ ANDREU, ANTONIO. *Plagas agrícolas de Cuba.* /La Habana/ INRA. Departamento de Enseñanza y Di-

vulgación /1963/ 156 p., /2/ h. illus., fotos., fórmulas. 23 cm.

Un verdadero tratado de los insectos que atacan los cultivos económicos de Cuba.

MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL. *En Cuba y al servicio de la revolución cubana.* /La Habana/ Ediciones Unión. Ensayo /c 1963/ 175 p., /2/ h. 22 cm.

Notas al pie de las páginas.

Contiene: Por qué estoy en Cuba y no en otra parte: p. 7-9.—El Deus ex machina: p. 10-11.—Imágenes de Fidel Castro: 1.—El doctor Fidel Castro Ruz preso en la comisaría de Santiago, por asalto al cuartel Moncada: p. 12-15.—Camilo y Fidel entran victoriosos en La Habana: p. 15-18.—El líder de la revolución cubana ante el pueblo, en la proclamación de la Primera Declaración de La Habana: p. 18-22.—El primer ministro del gobierno revolucionario de Cuba habla en la Organización de Naciones Unidas: p. 20-23.—Apostilla al tema de la revolución cubana: p. 24-36.—Guerra sin cuartel al enemigo común: p. 37-38.—Efectos derivados de la revolución cubana: p. 38-42.—La revolución cubana: p. 42-47.—Martí revolucionario: p. 47-57.—Mensaje de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre ante la conferencia Latinoamericana por la Soberanía Nacional, la Emancipación Económica y la Paz;

México, 1961: p. 57-72.—Carta de confraternidad y agradecimiento: p. 73-78.—Che Guevara, capitán del pueblo: p. 79-84.—Mensaje a los estudiantes argentinos: p. 85-88.—Carta a Hugo Gambini: p. 88-89.—Carta a David Tiefenberg: p. 89-93.—Carta a Barletta: p. 93.—Réplica a una declaración intemperante: p. 94-100.—Anverso y reverso: p. 100-102.—Otra vez sobre las lentes: p. 102-105.—U.S.A. Uber Alles: p. 106-122.—Por una cultura popular y socialista cubana: p. 123-164.—El mausoleo de Martí: p. 164-175.

MARX, KARL. *Miseria de la filosofía, respuesta a la "Filosofía de la miseria" del señor Proudhon*. La Habana, Editora Política /1963/ /231/ p. 19 cm. 5,000 ej.

Notas: p. /224/-225.—Índice de nombres: p. 227-/231/.—Tomado de la versión de Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú.

NÚÑEZ JIMÉNEZ, ANTONIO. *Cuba con la mochila al hombro*. /La Habana/ Ediciones Unión. Reportajes /c 1963/ 405, /54/ p. ilustr., fotos 22 cm.

Contiene: Hombres y Paisajes.—Por el Archipiélago de los Canarreos.—La Sierra Maestra.—Viajes por Guamuhaia.—Exploraciones.—El país de las grutas.—Pictografías y petroglifos.—La gran caverna de Santo Tomás.—Primeras

exploraciones espeleológicas.—Defensa de la naturaleza cubana.—Hablan las islas.

El autor ofrece una serie de amenas crónicas sobre los hombres y los paisajes cubanos. Estos trabajos se publicaron en casi toda su totalidad entre los años 1945-50.

ORTIZ FERNÁNDEZ, FERNANDO. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar. Advertencia de sus contrastes agrarios, económicos, históricos y sociales. Su etnografía y su transculturación. Introducción de Bronislav Malinowski*. /Santa Clara/ Universidad Central de las Villas. Dirección de Publicaciones, 1963. /xx/, 540 p., /6/ h. ilustr. 23 cm.

"De la bibliografía de Fernando Ortiz; p. /539/-540.—"Introducción" de Bronislav Malinowski, fdo. jul. 1940: p. /xi/-xix.

"...Es una obra maestra de investigación histórica y sociológica, tan magistralmente condensada y documentada como libre de toda erudición pedante y estéril". Bronislav Malinowski.

Hay reimpresión editada por el Consejo Nacional de Cultura, en 1963 con una tirada de 10,000 ej.

PENTCHEV, P. *Geografía física general*. /Por/ P. Pentchev, V. L. Popov /y/ B. Kostova. La Habana, Editora del Ministerio de Educación, 1963. 248 p., /6/ h. ilustr., láms. (co-

lor); fotos; mapas; diagrs.
22 cm.

En la cubierta: Lecciones
para todos.

Tomado de la versión inglesa de Vesse Nestorova, Editorial del Estado, Sofía, 1961. Adaptado por el Departamento de Geografía de la Dirección de Planeamiento e Inspección Técnica del Ministerio de Educación para los alumnos de Secundaria Básica, narrado de una forma documentada y de fácil comprensión.

PÉREZ DE LA RIVA, JUAN. *Documentos inéditos sobre la toma de La Habana por los ingleses en 1762: El libro de Ordenes de Pago de Albe-marle.—La Campaña de la Escuadra de Blénac.—Cartas diversas.—La Toma de La Habana vista por la Gazette de Hollande. Introducción, notas y cartografía por... Bibliografía por Juana Zurbarán. Traducciones por Renée Méndez Capote.* La Habana, Departamento de Colección Cubana de la Biblioteca Nacional, 1963. 330 p. ilustr., estadísticas., facsím., plano, retr. 22 x 28

A la cabeza del título: Biblioteca Nacional José Martí.
Cartografía y bibliografía:
p. /297/-326.

PÉREZ MARTÍNEZ, MÁXIMO. *Bibliografía de los vinagres* Habana, 1963. 119 p. 22 cm. (Serie bibliográfica).

A la cabeza del título: Ministerio de Industrias. Viceministerio para el Desarrollo Técnico. Departamento de Información Técnica.

En caso de idiomas extranjeros da la traducción al español del título del artículo.

PERLO, VÍCTOR. *El imperialismo norteamericano.* La Habana, Editora Política /1963/ 338 p., /1/ h. diagrs., tablas. 19 cm. Pr. \$1.50.

Tomado de la versión de Editorial Platina, Buenos Aires, 1961. Tradujo del inglés Floreal Nazia. Diagramas de Ellen Perlo.

"Prólogo del autor a la edición argentina": p. /7/-29.—
"Notas": p. 324-334.

PERLO, VÍCTOR. *El imperio de las altas finanzas.* La Habana, Editora Política /1963/ 412 p. diagrs. 19 cm.

Tomado de la versión de Editorial Platina, Buenos Aires, 1962. Tradujo del inglés Floreal Mazia. Diagramas de Ellen Perlo.—Notas al pie de páginas.

"Pero la principal preocupación... consiste en demostrar de qué manera los gigantes monopolistas se agrupan en grandes imperios financieros. Sigue los rastros de tela de araña de complejas relaciones financieras y de corporaciones para revelar la verdadera situación de los principales grupos de interés que se encuentran en la cú-

pide de toda la estructura económica y la dominan..."

PINO DE LA VEGA, MARIO DEL. *Apuntes para la historia de los hospitales de Cuba: 1523 a 1899*. La Habana /Ministerio de Salud Pública/ 1963. 65 p. ilus. 23 cm. (Cuadernos de historia de la salud pública 24).

"Notas": p. /55/—61.—Bibliografía consultada: p. /63/—65.

Un esfuerzo interesante para divulgar la historia sanitaria cubana.

PISARSHEVSKY, OLEG N. *La Conquista de la naturaleza*. /La Habana/ Editorial Nacional de Cuba /1963/ 178 p. /3/ h. ilus., fotos. 20 cm. (Enciclopedia popular, 14) 30,000 ej. Pr. \$0.70.

PORTUONDO, JOSÉ ANTONIO. *Estética y revolución*. [La Habana] Ediciones Unión. Ensayo [c 1963] 103 p. 22 cm.

Contiene: Estética y revolución.—Una exposición insurgente.—La Galería de "Nuestro Tiempo".—La gran lección estética de México.—Ante unos grabados de Leopoldo Méndez.—Diego Rivera.—Carlos Enríquez.—Pedro Arrate, pintor.—Revolución y artes plásticas.—En busca de la expresión estética de una "nación para sí". Ponencia presentada al Primer Congreso Nacional de Escritores y Artis-

tas de Cuba.—Sobre la crítica y el acercamiento recíproco de los artistas y el pueblo. Informe al Primer Congreso Nacional de Escritores y Artistas de Cuba. Agos. 1961.—Más sobre la crítica. Palabras en el Fórum de la crítica organizado por la UNEAC, 1º agosto 1962.—Dos artistas abstraccionistas y un discurso de Jruschov.—Palabras en el Catálogo de la Exposición de Pinturas y Esculturas de Oscar Albuerne y Enrique Gay, mar. de 1963.—Apéndice: Notas para una fisiología de la experiencia estética.

PUCHKOV, IGOR. *Geografía económica*. /La Habana, Tosco e hijos, 1963/ 302 p. /1/ h. tablas 21 cm.

A la cabeza del título: República de Cuba. Ministerio del Comercio Exterior. Escuela de Comercio Exterior.

Análisis del territorio. Situación geográfica y condiciones naturales. Población, características generales de la economía, industria y agricultura de los países socialistas URSS, China, Checoslovaquia, Polonia, Alemania, sus perspectivas económicas futuras. También de los principales países capitalistas. E. U. A., Gran Bretaña, Canadá, República Federal Alemana, Francia, Japón e India.

RODRÍGUEZ EXPÓSITO, CÉSAR. *Dr. Ramón L. Miranda, médico de Martí*. La Habana

/Ministerio de Salud Pública/ 1963. 117 p. ilustr., fotos., facsim., retr. 23 cm. (Cuadernos de historia de la salud pública 22).

"Bibliografía del Dr. Ramón L. Miranda": p. /115/-117.

"...El Ministerio de Salud Pública rinde homenaje de admiración a Martí, divulgando en este Cuaderno de Historia, la vida de su médico el Dr. Ramón Luis Miranda, quien no sólo tuvo el gran privilegio de cuidar la preciosa vida del Mártir de Dos Ríos, sino que también colaboró eficientemente al triunfo de la causa revolucionaria cubana y fue además uno de los más notables trabajadores científicos dentro del campo de su profesión haciendo importantes y valiosos aportes al progreso de la ciencia".

Tomado del prólogo: p. /7/

RODRÍGUEZ TEJEDA, ALBERTO. *Las artes gráficas. /Santiago de Cuba?/* Universidad de Oriente /1963/ /3/ h. 100 p., ilustr., fotos, facsim., retr. 21 cm.

"Bibliografía": 1 h.—Erratas: 1. h.

Contiene: Historia de las artes gráficas: p. /1/-12.—La Tipografía: p. /13/-39.—La litografía: p. /40/-56.—El huecograbado: p. /57/-63.—Las tintas: p. /64/-70.—El papel: p. /71/-85.—Equipos auxiliares: p. /86/-92.—Principios económicos y generales: p. /93/-100.

ROIG Y MESA, JUAN TOMÁS. *Diccionario botánico de nombres vulgares cubanos. 3ª ed. ampl. y corr. /La Habana/ Estación Experimental de Santiago de las Vegas /1963/ 2 t. ilustr. 20 cm.*

A la cabeza del título: República de Cuba. Instituto Nacional de Reforma Agraria.

Contiene: t. 1: A-L t. 2: LL-Z. Primera ed. 1928.

SHAHNAZAROV, G. *El socialismo y la igualdad. La Habana, Editora Política /1963/ /94/ p., /1/ h. 19 cm. Pr. \$0.40.*

Bibliografía y notas al pie de páginas.—Tomado de la versión de Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1961. Tradujo del ruso: E. Glazatova.

"Quizás no haya ningún problema de la vida social que atraiga tanto la atención como el de la igualdad. Y es fácil de comprender. En la sociedad, los hombres establecen constantemente las más diversas relaciones: de producción, políticas, familiares, etc. Meditan sobre la naturaleza de las mismas, las valoran desde el punto de vista de sus ideas acerca del derecho, el deber y la moral. Pero no comprenden siempre ni enseguida las profundas causas que han determinado un orden u otro de cosas".

El autor hace un análisis de la evolución que ha tenido la igualdad desde los tiempos

primitivos hasta "La fraternidad de los iguales", que comenzó a crearse con el primer estado socialista.

SURET-CANALE, JEAN. *Africa negra: geografía, civilización /e/ historia. /Traducido del francés de Alfredo Vareal/* La Habana, Editora Política. /c 1963/ 221 p. ilustr., mapas 23 cm.

Prefacio de Jean Dresch: p. /7-8/.—Bibliografía: p. /203/-221.

Contiene: Prefacio: p. /7/-8.—Prólogo del autor: p. /9/-10.—El Marco geográfico.—1. El Clima: Condiciones y elementos: p. /11/-19.—2. Las zonas de clima y de vegetación.—El clima ecuatorial: p. 19-20.—El clima guineo: p. 20-21.—El clima sudanés: p. 21-22.—El clima saheliano: p. 22.—El clima montañoso: p. 22.—3. Estructura y relieve: p. 23-24-25/-26-27.—4. Los suelos: p. 27-29.—5. El Modelado del relieve: p. 29.—6. La Hidrografía: p. 29-33.—7. El Litoral: p. 33.—8. El Medio: sus diversos aspectos: p. 33-34.—a) El medio forestal: p. 34.—b) Sabanas y malezales: p. 34-35.—Los Hombres.—1. Razas: p. /37/.—a) Caracteres biológicos: p. /37/-42.—b) El racismo: p. 42-44.—c) Origen de los negros de Africa: p. 44-46.—2. Pueblos y Lenguas: p. 46.—a) Origen de las lenguas negro-africanas: p. 47-48.—b) Familias lingüísticas y lenguas

principales: p. 49-50.—3. Estado social.—Civilizaciones: a) Principios de estudio: p. 50-53.—b) La producción: p. 53-55.—c) División del trabajo. Intercambios. Civilización: p. 55-58.—4. Los Grados de la Organización Social: Sociedades Tribales: p. 58.—a) Comunidades primitivas: p. 58-60.—b) La agricultura y sus consecuencias sociales: p. 60-63.—c) La organización tribal: p. 63-66.—d) La familia: p. 66-70.—e) Contradicción entre el hombre y la mujer: p. 70-71.—f) Contradicción entre generaciones: p. 71-72.—g) Contradicciones entre masa y jefes: p. 72-73.—h) Los pueblos pastores: p. 73-75.—i) Hacia la formación del estado: p. 76-77.—j) Lazos de sangre y lazos del suelo: p. 77-78.—5. Los grados de la organización social: Sociedad de clases antagónicas (relaciones esclavistas y feudales): p. 78-79.—a) La esclavitud: p. 80-82.—b) Hombres libres y gentes de casta: p. 83-84.—c) Los aristócratas: p. 84-85.—d) El Estado: p. 87-90.—e) Efectos negativos de la trata sobre la evolución social: p. 91-93.—6. Las religiones: p. 93-100.—La historia.—1. Prehistoria y antigüedad.—a) La edad de piedra: p. /101/-102.—b) Los contactos exteriores: "Rutas de los carros" y fuentes antiguas: p. 102-109.—2. La edad media.—a) Fuentes.—La edad media superior: p. 109-111.—b) El imperio de Ghana: p.

111-117.—c) El imperio de Mali: p. 117-119.—d) Tombuctú y Yenné: p. 119-120.—e) El imperio de Gao: p. 120-123.—f) Las ciudades haussas: p. 123-124.—g) El imperio de Bornu: p. 125-126.—h) Los reinos mossis: p. 126.—i) El Benín: p. 126.—j) El Congo: p. 126-128.—3. La era de la trata (Siglo XVI, segunda mitad del siglo XIX).—a) La acumulación primitiva y la trata: p. 128-137.—b) La disgregación de los viejos imperios: p. 137-140.—c) Las hegemónicas peules: p. 141-143.—d) El Hadj Omar: p. 143-146.—4. La conquista colonial.—a) La libre-competencia y las primeras exploraciones: p. 146-150.—b) El imperialismo y la colonización moderna: p. 150-156.—c) La apertura hacia el Níger: p. 156-164.—d) La "penetración pacífica" en el Sur: p. 165-167.—e) La conferencia de Berlín y el reparto del Africa. Destrucción de los imperios sudaneses: p. 167-174.—f) Los métodos de guerra: p. 174-181.—g) La conquista del Dahomey: p. 181-188.—h) La consolidación: p. 189-192.—i) La carrera por el Chad: p. 192-202.—Bibliografía: p. /203/-221.

TORROELLA, GUSTAVO. *Estudio de la juventud cubana, aporte de Cuba a la investigación internacional sobre los ideales y valores de las juventudes de Oriente y Occidente. Por...* La Habana,

1963. 156 p., /7/ h. (algs. plegs.) tablas. 20 cm.

A la cabeza del título: Comisión Nacional Cubana de la Unesco.

"...El análisis, interpretación y comparación de las respuestas de los jóvenes de los países orientales y occidentales que han participado en esta encuesta, permitirá empezar a acercarnos al conocimiento científico de las características, de las semejanzas y diferencias entre las juventudes de ambos hemisferios y posibilitará determinar, en qué medida la juventud tiene características distintas según las condiciones de vida de sus respectivos medios sociales y económicos, y en qué medida se reflejan intereses, temas y problemas comunes": tomado de la introducción, p. /7/

Contiene: Introducción: p. /7-12/.—Actividades, reacciones básicas y posición del individuo ante la vida: p. /13/-22.—Actividades ante el mundo histórico: Pasado presente y futuro: p. /23/-29.—Actividades hacia los demás: respecto de las personas y de las colectividades: p. /30/-32.—Actividad hacia la tradición y hacia los cambios: p. /33/-36.—Motivaciones fundamentales de la conducta: p. /37/-42.—Valores e ideales culturales: p. /43/-51.—Conclusiones: p. /52/-145.—A p é n d i c e: p. /146-156/.

Este título se terminó de imprimir
en el mes de julio de 1965 en
la Unidad 205-01 Osvado Sánchez
del Consolidado de Artes Gráficas.